Virginia Woolf

Cuentos completos

Biblioteca Digital Minerd Dominicana Lee

En *Cuentos completos* se reúnen relatos y cuentos escritos por Virginia Woolf. Autora también de novelas y con una vasta producción ensayística, la literatura de Virginia Woolf puede observarse pulida y prolija a través de sus cuentos y relatos breves, como en La sociedad: «Así comenzó todo. Éramos un grupo de seis o siete reunidas después del té. Algunas miraban hacia la sombrerera de enfrente, donde las plumas rojas y las pantuflas doradas seguían iluminadas en la vidriera; otras dejaban pasar el tiempo construyendo pequeñas torres de azúcar en el borde de la bandeja del té. Pasado un momento, según lo recuerdo, nos ubicamos alrededor del fuego y comenzamos, como de costumbre, a elogiar a los hombres. Qué fuertes, qué nobles, qué inteligentes, qué valientes, qué bellos eran; y cómo envidiábamos a aquellas que, por las buenas o por las malas, lograban unirse a uno de por vida. Hasta que Poll, que había permanecido en silencio hasta el momento, rompió a llorar. Poll, debo admitirlo, siempre ha sido algo extraña. Para empezar, su padre era un hombre extraño. Le dejó una fortuna en su testamento, pero con la condición de que leyera todos los libros de la biblioteca de Londres. Intentábamos consolarla lo mejor que podíamos, pero en el fondo sabíamos que era inútil».

Además de *Cuentos completos*, otras obras de Virginia Woolf traducidas al castellano son *La muerte de la polilla y otros ensayos, Leer o no leer y otros escritos*; y *Orlando*.

Virginia Woolf

Cuentos completos

Título original: *Cuentos completos*

Virginia Woolf, 2012

Traducción: Micaela Ortelli

La marca en la pared

Creo que fue a mediados de enero de este año cuando levanté la vista y vi la marca en la pared por primera vez. Para indicar una fecha primero debo recordar lo que vi. Así que ahora pienso en el fuego, en la luz amarilla fija sobre la página de mi libro, en los tres crisantemos en el florero redondo sobre la chimenea. Sí, seguramente era invierno, y recién habríamos terminado de tomar el té, porque recuerdo que estaba fumando un cigarrillo cuando levanté la vista y vi la marca en la pared por primera vez. Miré por entre el humo del cigarrillo y mi vista se detuvo un instante en el carbón ardiendo; se me vino a la mente aquella vieja imagen de la bandera roja flameando en la torre del castillo, y pensé en los caballeros rojos ascendiendo por la ladera de la roca negra. Para mi alivio, ver la marca en la pared interrumpió el pensamiento, pues es una imagen vieja, una imagen automática, que construí de niña tal vez. La marca era pequeña y redonda, negra sobre la pared blanca, situada a unos quince centímetros sobre la chimenea.

Con qué facilidad los pensamientos se lanzan sobre un nuevo objeto; lo elevan unos instantes —como hormigas cargando una brizna de paja con tanta avidez— y luego lo abandonan… Si un clavo había dejado esa marca, no podía haber sido por un cuadro; tendría que haber sido por una miniatura, la miniatura de una dama de rulos blancos, de mejillas empolvadas y labios como rojos claveles. Una falsificación desde luego, pues los que vivían en esta casa antes que nosotros habrían escogido ese tipo de cuadros: un viejo cuadro para una vieja habitación. Esa clase de personas eran: personas muy interesantes. Y pienso en ellos tan a menudo, en lugares tan extraños, pues nunca los volveré a ver, nunca supe lo que pasó después. Dejaban esta casa porque querían cambiar el estilo de los muebles, así dijo él; y estaba por decir que, en su opinión, detrás de todo arte debe haber ideas cuando nos separaron, como nos separamos de la señora que está por servir el té, o del joven que está por golpear la pelota de tenis en el patio trasero de una casa en las afueras al pasar rápido en el tren.

Pero en cuanto a la marca, no estoy segura; no creo que haya sido provocada por un clavo después de todo. Es demasiado grande, demasiado

redonda. Debería levantarme, pero si lo hago y la miro, apuesto diez a uno que no sabría decirlo, pues cuando algo está hecho, nunca nadie sabe cómo sucedió. ¡Oh pobre de mí! ¡Qué misteriosa es la vida! ¡Qué inexacto es el pensamiento! ¡Qué ignorante es la humanidad! Para demostrar cuán poco control tenemos sobre nuestras posesiones, qué fortuita es la vida aun después de todos estos años de civilización, déjenme hacer un recuento de algunas de las cosas que perdemos a lo largo de la vida, comenzando por la que siempre me ha parecido una de las pérdidas más misteriosas… ¿Qué gato mordisquearía, qué rata roería, tres latas celestes con herramientas para encuadernar? Y estaban las jaulas de los pájaros, los aros de hierro, los patines de acero, los cubos para el carbón estilo Queen Anne, la tabla de bagatelas, el órgano, todos perdidos; y las joyas también. Ópalos y esmeraldas yacen bajo las raíces de los nabos. ¡Qué asunto tan trivial por cierto! Lo asombroso es que esté vestida, que esté aquí sentada entre muebles sólidos. Porque… ¡Si uno quiere comparar la vida con algo, habría que hacerlo con salir despedida por el túnel del metro a ochenta kilómetros por hora y aparecer del otro lado sin una sola horquilla en el cabello! ¡Arrojarse a los pies de Dios completamente desnuda! ¡Caer rodando por las praderas de asfódelos como un paquete marrón arrojado por la oficina de correos! Con el cabello al viento, como la cola de un caballo de carrera. Sí, eso parece expresar la rapidez de la vida, el gasto y la renovación constantes; todo tan pasajero, tan arbitrario…

Y después de la vida. Los gruesos tallos verdes tirando suavemente hacia abajo para que el capullo de la flor, al abrirse, nos invada con su luz púrpura y roja. Después de todo, ¿por qué no podríamos nacer allí como nacemos aquí, indefensos, sin poder hablar ni fijar la vista, andando a tientas entre las raíces del césped, entre los dedos de los gigantes? En cuanto a decir qué son los árboles, y qué son los hombres y las mujeres, o si existen tales cosas, no estaremos en condiciones de hacerlo en, digamos, cincuenta años. No habrá nada más que espacios de luz y oscuridad atravesados por gruesos tallos, y más bien en lo alto, tal vez, manchas con forma de rosa de vagos colores, tenues rosas y azules que, con el tiempo, se volverán más definidos, se volverán, no sé qué cosa…

Y aún esa marca en la pared no es en absoluto un agujero. Algo negro y redondo la debe haber dejado, algo así como la hoja de una pequeña rosa que haya quedado allí desde el verano y yo, que no soy un ama de casa demasiado atenta… Mira el polvo sobre la chimenea, por ejemplo, el polvo que, así dicen, enterró a Troya tres veces, tan sólo fragmentos de vasijas que se resistieron a la aniquilación total, lo cual parece ser cierto.

El árbol junto a la ventana golpea suavemente contra el cristal… Quiero

pensar con tranquilidad, con calma, con tiempo, sin que nada me interrumpa, sin tener que levantarme del sillón; deslizarme fácilmente de una cosa a la otra, sin dificultad ni obstáculos. Quiero hundirme más y más profundo, lejos de la superficie y de sus duras verdades. Para recobrar el equilibrio, déjenme atrapar la primera idea que pase… Shakespeare… Bueno, servirá tan bien como cualquiera. Un hombre permanecía horas sentado en el sillón, mirando el fuego, y una lluvia de ideas caía sin cesar desde el alto cielo directo hacia su mente. Llevaba la frente a la mano, y las personas miraban por la puerta abierta (pues esta escena debe haber tenido lugar una noche de verano). ¡Pero qué aburrida es la ficción histórica! No me interesa en absoluto. Desearía dar con una línea de pensamiento agradable, una línea de la que, indirectamente, me sienta orgullosa, pues tales son los pensamientos agradables, muy frecuentes incluso en las personas modestas y sencillas que de veras creen que les desagrada escuchar elogios. No son pensamientos que nos elogien directamente —en ello radica su belleza—; son pensamientos así:

«Entré en la habitación. Discutían sobre botánica. Conté cómo había visto crecer una flor en un montículo de tierra en el terreno de una vieja casa en Kingsway. La semilla, dije, debe haber sido sembrada durante el reinado de Carlos I. ¿Qué flores había durante el reinado de Carlos I?», pregunté (pero no recuerdo la respuesta). Flores altas con capullos púrpura tal vez. Y así sucesivamente. Todo el tiempo intento embellecer la imagen de mí misma en mi mente, cariñosamente, a hurtadillas, sin adorarla abiertamente, pues me descubriría haciéndolo y tomaría instantáneamente un libro para protegerme. Es curioso cuán instintivamente protegemos nuestra imagen de la idolatría o de cualquier otro trato que pudiera ponerla en ridículo, o la hiciera tan diferente de la original que ya no se pudiera creer en ella. ¿No es curioso después de todo? Un asunto de gran importancia. Imaginen que el espejo se rompa en pedazos: la imagen desaparecería; la romántica figura rodeada de verdes y profundos bosques ya no está allí, sino tan sólo la envoltura de una persona tal como es vista por los otros, ¡qué sofocante, superficial, vacío, imponente se vuelve el mundo! Un mundo inhabitable. Cuando cruzamos miradas en los metros y los autobuses vemos el espejo que refleja el vacío, lo vidrioso en nuestros ojos. Y los escritores en el futuro caerán más y más en la cuenta de la importancia de estos reflejos, pues, desde luego, no existe uno solo sino una infinidad de reflejos. Tales son las profundidades que explorarán, los fantasmas que perseguirán; dejarán cada vez más de lado la descripción de la realidad en sus historias, dando por sentado que todos la conocen, tal como lo hicieron los griegos, y Shakespeare tal vez. Pero estas generalizaciones no sirven para nada. El sonido militar en el mundo es suficiente. Nos recuerda a artículos de primera plana, a ministros de estado, a toda una serie

de cosas que, de chico, uno pensaba en sí mismas; la referencia, lo real, de lo que no podía apartarse a riesgo de sufrir una indecible condena. Las generalizaciones, de alguna manera, traen de vuelta los domingos en Londres, las caminatas de domingo por la tarde, los almuerzos de domingo; y también formas de hablar de los muertos, vestimenta y hábitos, como el hábito de sentarse todos juntos en una habitación hasta cierta hora aunque a nadie le agradara. Una regla para cada cosa. La regla de los manteles en ese momento era que fueran bordados, con pequeñas divisiones amarillas, como las de las alfombras de los pasillos de los palacios reales que se ven en las fotografías. Manteles de otro tipo no eran verdaderos manteles. Qué espantoso, y a la vez, qué maravilloso era descubrir que estas cosas reales, los almuerzos de domingo, las caminatas, las casas de campo y los manteles, no eran completamente reales, que en verdad eran casi fantasmas, y la condena para el que no creía en ellos era tan sólo una sensación de ilegítima libertad. ¿Qué ocupa el lugar de esas cosas ahora?, me pregunto. El lugar de esas cosas reales, los puntos de referencia. Los hombres tal vez, si eres mujer; el punto de vista masculino que gobierna nuestras vidas, que marca el parámetro, que establece la Tabla de Precedencias de Whitaker, que desde la guerra se ha convertido, creo yo, en una especie de fantasma para muchas mujeres y hombres y pronto, cabe esperar, causarán gracia e irán a parar a la basura, a donde van a parar los fantasmas, los aparadores de caoba y las impresiones de Landseer, los dioses y los demonios, el infierno y todo lo demás, dejándonos con una embriagadora sensación de ilegítima libertad, si es que la libertad existe…

Bajo ciertas luces la marca pareciera, en efecto, proyectarse desde la pared. Tampoco es completamente circular. No podría asegurarlo pero pareciera proyectar una sombra perceptible que hace creer que, de recorrer con el dedo esa grieta, en determinado punto se elevará y descenderá un pequeño montículo, un montículo suave como los de South Downs que, según dicen, son cementerios y campamentos. De los dos, preferiría que fueran cementerios, con ese gusto por la melancolía tan propio de los ingleses, que nos resulta natural pensar, al final del camino, en los huesos desparramados bajo el césped… Debe haber un libro sobre ello. Algún coleccionista de antigüedades habrá desenterrado esos huesos y les habrá dado un nombre… Me pregunto qué clase de hombre es un coleccionista de antigüedades. Coroneles retirados en su mayoría, diría yo, líderes de partidos de trabajadores retirados, examinando terrones de tierra y piedra, enviándose correspondencia con el clero vecino. Las cartas se abren en el desayuno, lo que las hace parecer importantes; y la comparación de puntas de flecha exige emprender viajes a lo ancho del país, rumbo a los pueblos del condado; algo que los alegra a ellos y a sus ancianas esposas, que desean hacer dulce de ciruela o limpiar el estudio, y tener todas las razones para mantener en perpetuo suspenso la pregunta

sobre los campamentos o las tumbas, mientras el Coronel mismo se siente agradablemente filosófico acumulando evidencia a ambos lados de la cuestión. Es cierto que al final se inclina por creer en los campamentos; y encontrando oposición, redacta un panfleto que está por leer en la reunión trimestral de la sociedad local cuando tiene un derrame cerebral y en lo último que piensa no es en su esposa o en su hijo sino en el campamento y la punta de flecha, que ahora está en una vitrina en el museo junto al pie de un chino asesino, un puñado de uñas isabelinas, unas cuantas pipas de cerámica de los Tudor, una pieza de cerámica romana, y la copa de vino que se bebió Nelson, lo cual es evidencia… No sé de qué verdaderamente.

No, no, ninguna evidencia, nada se sabe. Y si me fuera a levantar en este mismo momento y asegurar que la marca en la pared es en verdad, ¿qué diría?, la cabeza de un clavo gigante, que alguien martilló hace doscientos años y que ahora, debido al paciente trabajo de generaciones de amas de casa, reveló su cabeza sobre la capa de pintura y está echando su primer vistazo de la vida moderna frente a una pared blanca en una habitación con el fuego encendido, ¿qué ganaría? ¿Conocimiento? ¿Qué son nuestros sabios sino los descendientes de brujas y ermitaños que se agachaban en las cuevas y preparaban brebajes de hierbas en el bosque, hablando con las musarañas y escribiendo el idioma de las estrellas? Y cuanto menos los honramos, a medida que disminuye la superstición y aumenta el respeto por la belleza y la salud mental… Sí, uno podría imaginarse un mundo realmente agradable; calmo, espacioso, con flores rojas y azules en los campos. Un mundo sin maestros ni especialistas ni amas de casa con el perfil de policías; un mundo que uno pudiera recortar con el pensamiento, como un pez recorta el agua con su aleta, rozando los tallos de los lirios, suspendidos sobre nidos de blancos huevos de mar… Qué bien se está aquí en el fondo, enclavado en el centro del universo y observando a través de las aguas grises, con repentinos destellos de luz y sus reflejos. ¡Si no fuera por el Almanaque Whitaker, si no fuera por la Tabla de Precedencia!

Debo levantarme y ver por mí misma qué es en verdad la marca en la pared, ¿un clavo, la hoja de una rosa, una grieta?

Aquí está la naturaleza otra vez, con su viejo juego de la propia preservación, creyendo que este tren de pensamiento amenaza con ser un mero gasto de energía, incluso, tal vez, un choque con la realidad, pues ¿quién se atreverá alguna vez a levantar un dedo contra la Tabla de Precedencia de Whitaker? El Arzobispo de Canterbury está por encima del Presidente de la Cámara de los Lores, el Presidente de la Cámara de los Lores está por encima del

arzobispo de York. Todos están por encima de alguien, tal es la filosofía de Whitaker; y lo importante es saber quién está por encima de quién. Whitaker sabe y no se hable más; así la Naturaleza te aconseja, te consuela, no te regaña; y si nada te sirve de consuelo, si debes arruinar esta hora de tranquilidad, piensa en la marca en la pared.

Entiendo el juego de la Naturaleza, cómo nos motiva a entrar en acción de modo que aniquilemos cualquier pensamiento que amenace con alterarnos o causarnos dolor. Así, supongo, comienza nuestro leve desprecio por los hombres de acción. Hombres que no piensan, creemos. Sin embargo, no causa ningún daño ponerle punto final a pensamientos desagradables mirando la marca en la pared.

De hecho, ahora que acabo de fijar los ojos en ella, siento haber dado con una tabla en medio del mar; siento una gratificante sensación de realidad, que de inmediato transporta a los dos Arzobispos y al Presidente de la Cámara de los Lores a las sombras. Aquí hay algo definido, algo real. Así, saliendo de un horroroso sueño de medianoche, rápidamente uno enciende la luz y se queda inmóvil, admirando la cajonera, admirando la solidez, admirando la realidad, admirando el mundo impersonal que es la prueba de la existencia de otras cosas aparte de nosotros mismos. De eso es de lo que queremos estar seguros… La madera es algo bueno en qué pensar. Nace de un árbol, y los árboles crecen, y no sabemos cómo. Crecen durante años y años, sin prestarnos ninguna atención; en praderas, en bosques, al costado de los ríos… Todas cosas en las que nos gusta pensar. La vacas golpean sus colas sobre sus troncos en las tardes de calor; pintan los ríos tan verdes que cuando un pájaro se zambulle uno espera ver sus alas color verde al salir. Me gusta pensar en los peces nadando contra la corriente como banderas flameando; y en los escarabajos de agua atravesando lentamente montículos de lodo sobre las camas de agua. Me gusta pensar en el árbol en sí mismo: primero, en la cercana sensación de sequedad de la madera; después, pensarlo bajo la tormenta; y más tarde en el lento, delicioso rezumar de la savia. Me gusta pensar en él, también, en las noches de invierno, en el campo vacío, con las hojas casi plegadas, sin nada expuesto abiertamente a las balas de acero de la luna; un mástil desnudo sobre una tierra que va dando vueltas y vueltas durante toda la noche. El canto de los pájaros debe sonar muy fuerte y extraño llegado junio; y qué fríos se deben sentir los pies de los insectos mientras caminan, trabajosamente, por las grietas de la corteza, o se tumban al sol sobre las hojas verdes y miran a su alrededor con ojos rojos como diamantes… Una a una las fibras se parten con la inmensa y fría presión de la tierra. Después llega la última tormenta y las ramas más altas, al caer, vuelven a hundirse en la tierra. Así y todo, la vida no se acaba; todavía hay millones de vidas pacientes esperando por un

árbol, por todo el mundo, en habitaciones, en barcos, en la acera, en habitaciones revestidas, donde hombres y mujeres se sientan después de tomar el té a fumar cigarrillos. Está lleno de pensamientos agradables, felices, este árbol. Me gustaría pensarlos de a uno, pero algo se interpone en el camino… ¿Dónde estaba? ¿A qué venía todo esto? ¿Un árbol? ¿Un río? ¿Las Downs? ¿El Almanaque Whitaker? ¿Los campos de asfódelos? No recuerdo nada. Todo se mueve, cae, resbala, desaparece… Son demasiadas cosas. Hay alguien de pie enfrente de mí que dice:

—Voy a comprar el periódico.

—¿Si?

—Aunque de qué sirve comprar el periódico… Nunca pasa nada ¡Maldita guerra!… Como sea, no veo por qué deberíamos tener un caracol en la pared.

Ah, ¡la marca en la pared! Era un caracol.

Jardines de Kew

Del cantero ovalado se elevaban alrededor de cien tallos que, más o menos hacia la mitad, se abrían en hojas con forma de corazón o de lengua, y desplegaban en la punta pétalos rojos, azules o amarillos con manchas de colores. Y de la oscuridad roja, azul o amarilla del centro sobresalía un tallo grueso, recto, rugoso, cubierto de polvo dorado y con terminación compacta. Los pétalos eran lo suficientemente grandes como para agitarse con la brisa de verano y, al moverse, las luces rojas, azules y amarillas se entremezclaban, manchando un pequeño diámetro de la tierra marrón del cantero de un color de lo más intrincado. La luz caía, o bien sobre la superficie suave y gris de una piedra; o bien sobre la caparazón de un caracol, con sus venas circulares color marrón; o sobre una gota de lluvia, ensanchando con tal intensidad las delgadas paredes de agua, de rojo, azul y amarillo, que parecía que iba a explotar y desaparecer. Sin embargo, la gota recuperó en un segundo su tono gris plata habitual, y la luz se posó luego sobre la superficie de una hoja, revelando las nervaduras de la superficie; y otra vez se movió y se posó sobre los vastos espacios verdes bajo el montículo de hojas con forma de corazón o de lengua. Después, la brisa sopló con más intensidad y el color se expandió en el aire, hacia los ojos de los hombres y las mujeres que caminaban por Kew Gardens en julio.

Las figuras de esos hombres y mujeres caminaban lentamente detrás del cantero con un curioso movimiento irregular, no muy diferente del de las mariposas blancas y azules, que atravesaban el césped volando en zigzag de cantero en cantero. El hombre caminaba despreocupado, apenas unos centímetros delante de la mujer; mientras que ella iba a paso decidido, volviéndose sólo de vez en cuando para vigilar que los niños no se hayan alejado demasiado. Él mantenía la distancia deliberadamente, aunque tal vez de modo inconsciente, pues deseaba seguir abstraído en sus pensamientos.

«Hace quince años vine aquí con Lily», pensó. “Nos sentamos por allí junto al lago y durante toda esa tarde calurosa le supliqué que se casara conmigo. La libélula nos sobrevolaba: con qué claridad veo la libélula y el zapato de Lily, con la hebilla de plata cuadrada en la punta. Mientras yo hablaba, miraba su zapato, y si ella movía el pie con impaciencia yo sabía, sin levantar la vista, lo que iba a decir.

Todo su ser parecía estar en el zapato; y todo mi amor, mi deseo, en la libélula. Por alguna razón pensaba que si se posaba allí, en esa hoja ancha con la flor roja en el medio; pensaba que si la libélula se posaba en esa hoja ella diría que sí de inmediato. Pero la libélula volaba y volaba: nunca se detuvo en ninguna parte; desde luego que no, afortunadamente, pues de lo contrario no estaría aquí paseando con Eleanor y los niños.

—Dime Eleanor, ¿piensas a menudo en el pasado?

—¿Por qué lo preguntas, Simon?

—Porque he estado pensando en el pasado. He estado pensando en Lily, la mujer con la que pude haberme casado… ¿Por qué estás callada? ¿Te molesta que piense en el pasado?

—¿Por qué lo haría, Simon? ¿Acaso no todos pensamos en el pasado cuando estamos en un jardín con hombres y mujeres recostados bajo los árboles? ¿No son ellos, acaso, nuestro pasado, todo lo que queda de él, esos hombres y mujeres, esos fantasmas recostados bajo los árboles… nuestra felicidad, nuestra realidad?

—En lo que a mí respecta, una hebilla de plata cuadrada y una libélula.

—En lo que respecta a mí, un beso. Imagina seis niñas sentadas frente a sus caballetes hace veinte años, a la orilla del lago, pintando los nenúfares, los primeros nenúfares rojos que vi en mi vida. Y de repente un beso, justo detrás del cuello. Y la mano temblorosa durante el resto de la tarde que me impedía pintar. Me quité el reloj y fijé la hora en la que me permitiría volver a pensar en el beso durante tan sólo cinco minutos. Qué beso tan preciado, el de una mujer de cabello gris y verruga en la nariz, la madre de todos los besos de mi vida. Vamos Caroline, vamos Hubert.

Pasaron el cantero caminando los cuatro juntos ahora, y pronto se fueron encogiendo entre los árboles hasta verse casi transparentes, mientras la luz del sol y la sombra flotaban a sus espaldas formando grandes y temblorosas manchas irregulares.

En el cantero ovalado, el caracol, con el caparazón teñido de rojo, azul y amarillo durante aproximadamente dos minutos, parecía moverse ahora muy lentamente dentro de su concha. Se empezó a arrastrar sobre los grumos de tierra floja que se desintegraban a medida que les pasaba por encima. Parecía perseguir un objetivo específico, y en ello se diferenciaba del curioso insecto, verde y

anguloso, que intentaba adelantársele. Esperó unos segundos, la antena le temblaba como si vacilara, hasta que de un salto rápido y curioso salió disparando hacia el lado contrario. Barrancos marrones, en cuyos huecos se formaban lagos verdes y profundos; árboles chatos, con hojas como briznas de hierba, se agitaban de la raíz a la punta; cantos rodados grises; superficies rugosas, de textura delgada y quebradiza… Todo esto veía el caracol que iba de tallo en tallo en dirección a su objetivo. Antes de que pudiera decidir si esquivaría la hoja muerta en forma de arco o la treparía, pasaron junto al cantero los pies de otros seres humanos.

Esta vez eran dos hombres. El más joven tenía una expresión de tranquilidad quizás algo artificial. Levantaba la vista y miraba al frente mientras su compañero hablaba; y al hacer silencio éste, la fijaba otra vez en el suelo, separando los labios tras largas pausas y, por momentos, sin abrirlos en absoluto. El mayor caminaba de forma curiosamente inestable, balanceando los brazos y sacudiendo la cabeza, como si fuera un caballo de tiro, impaciente, cansado de esperar en la puerta de una casa. Pero en aquel hombre estos gestos eran indecisos y sin objeto. Hablaba casi incesantemente; sonreía y seguía hablando, como si esa sonrisa hubiera servido de respuesta. Hablaba de espíritus, los espíritus de los muertos que, según él, incluso en ese momento, le contaban acerca de sus extrañas experiencias en el cielo.

—Los antiguos llamaban al cielo Tesalia, William; y ahora, con esta guerra, lo espiritual anda como el trueno entre las colinas.

Hizo una pausa, como si escuchara algo, sonrió, sacudió la cabeza y continuó:

—Tienes una pequeña batería eléctrica y un pedazo de goma para aislar el cable. ¿Aislar se dice? Bueno, ahorrémonos los detalles, de qué sirve entrar en cuestiones que nadie entendería. En fin, la maquinita se coloca en una posición conveniente en la cabecera de la cama, diremos, en un limpio estante de caoba. Una vez que los obreros hayan hecho todos los preparativos de acuerdo a mis indicaciones, las viudas acercarán la oreja y convocarán a los espíritus con la señal acordada. ¡Mujeres! ¡Viudas! Mujeres de negro…

En este momento pareció ver el vestido de una mujer a lo lejos, que a la sombra parecía de un negro violáceo. Se quitó el sombrero, llevó su mano al corazón y se apuró a alcanzarla murmurando y gesticulando febrilmente. Pero William lo sujetó de la manga y tocó una flor con la punta de su bastón para desviar la atención del anciano. Después de contemplarla unos segundos, el

anciano, algo confundido, inclinó el oído hacia la flor y pareció responder a una voz que surgía desde allí, pues comenzó a hablar sobre los bosques de Uruguay que había visitado hacía tantos años acompañado por la joven más bella de Europa. Podía escucháselo murmurar sobre los bosques de Uruguay, cubiertos de pétalos de rosas tropicales, ruiseñores, playas, sirenas y mujeres ahogadas en el mar; y se dejaba conducir por William, sobre cuyo rostro, una expresión de estoica paciencia se iba dibujando lenta y profundamente.

Detrás del anciano, lo suficientemente cerca como para que les llamara la atención sus gestos, venían dos mujeres entradas en edad, de clase media baja, una regordeta a paso lento, la otra ágil y de mejillas sonrojadas. Como la mayoría de las personas de su posición, se sorprendían abiertamente con cualquier signo de excentricidad que señalara algún tipo de desorden mental, sobre todo en los mejor posicionados. Pero estaban muy lejos de poder asegurar si esos gestos eran meramente excéntricos o de veras se trataba de un desequilibrado. Después de observar al anciano un rato en silencio, mirándose con malicia, siguieron caminando enérgicamente, retomando su complicado diálogo:

—Nell, Bert, Lot, Cess, Phil, Pa, dice él, digo yo, dice ella, digo yo, digo yo, digo yo…

—Mi Bert, Sis, Bill, el abuelo, el anciano, azúcar. Azúcar, harina, arenque ahumado, verduras. Azúcar, azúcar, azúcar.

La mujer regordeta miró con expresión de curiosidad entre la catarata de palabras. Las flores que crecían firmes, rectas en la tierra. Las miró como alguien que despierta de un profundo sueño y ve un candelero de metal reflejar la luz de modo extraño, y cierra los ojos otra vez y al abrirlos por segunda vez y ver —ahora sí, habiendo despertado completamente— el candelero todavía allí, lo observa con toda su atención. Así, la pesada mujer se paralizó frente al cantero de forma ovalada, dejando incluso de aparentar estar escuchando lo que la otra mujer decía. Allí se detuvo, dejando que las palabras le cayeran encima, balanceando suavemente la parte superior del cuerpo, hacia adelante y hacia atrás, y mirando las flores. Después sugirió ir a sentarse a tomar el té.

El caracol consideraba ahora todas las formas posibles de llegar a su objetivo sin bordear la hoja seca ni treparla. Dejando de lado el esfuerzo necesario para hacer esto último, dudaba de si la delgada textura, que vibraba con ese alarmante crujido incluso al rozarla con la punta de sus antenas, soportaría su peso. Esto hizo que finalmente decidiera por arrastrarse por abajo, pues en un

punto la hoja se curvaba lo suficiente como para darle lugar. Había metido ya la cabeza y observaba el techo marrón; comenzaba a acostumbrarse a la fresca luz allí abajo cuando dos personas pasaron. Esta vez eran los dos jóvenes, un varón y una mujer; ambos en los primeros años de la juventud, o incluso en la etapa previa a esos años; la etapa previa a que los suaves pliegues rosas de la flor desplieguen su capullo pegajoso, cuando las alas de la mariposa, aunque ya desarrolladas por completo, yacen inmóviles al sol.

—Por suerte no es viernes —observó él.

—¿Por qué lo dices? ¿Crees en la suerte?

—Debes pagar seis peniques los viernes.

—¿Qué son seis peniques de todos modos? ¿Acaso esto no lo vale?

—¿Qué es «esto»? ¿A qué te refieres con «esto»?

—Oh, a lo que sea, quiero decir, tú sabes a lo que me refiero.

Largas pausas les seguían a cada comentario que soltaban con su voz monótona. Se detuvieron en el borde del cantero y presionaron la punta de la sombrilla de ella hasta enterrarla en la tierra blanda. Esta acción, y que él apoyara su mano sobre la de ella, expresaba sus sentimientos de un modo extraño, como esas palabras cortas e insignificantes también expresaban algo, palabras con alas cortas para cargar tanto significado, insuficientes para llevarlos demasiado lejos; y así se posaban con incomodidad sobre los objetos corrientes que los rodeaban; y eran para su tacto inmaduro tan macizas… Pero ¿quién sabe (pensaban mientras presionaban la sombrilla) qué precipicios se hallan ocultos en ellas, o qué laderas de hielo no brillan en el sol del otro lado? ¿Quién sabe? ¿Quién ha visto esto antes? Incluso cuando ella se preguntaba qué clase de té servían en Kew Gardens, él sentía que algo se avecinaba detrás de las palabras de la muchacha, y se mantuvo firme y decidido detrás de ellas. Y la neblina se dispersó lentamente y descubrió (oh, Dios, ¿qué eran esas formas?) pequeñas mesas blancas y meseras que la miraban primero a ella y después a él. Y después habría una cuenta que él pagaría con dos verdaderos chelines. Y era real, todo era real, pensó él tocando la moneda en su bolsillo, real para todos excepto para ellos dos, incluso para él comenzaba a parecer real. Y después —pero era tan emocionante seguir pensando— desenterró la sombrilla de un sacudón, impaciente por encontrar el lugar sonde se tomaba el té junto a las otras personas, como las otras personas.

—Vamos Trissie, es hora de tomar el té.

—¿Dónde se toma el té? —preguntó ella con un dejo de emoción en su voz de lo más extraño, observando a su alrededor y dejándose conducir por el camino de césped, arrastrando la sombrilla, volteándose de un lado al otro, olvidándose del té, deseando ir para allí y para allá, recordando las orquídeas y las aves del paraíso entre las flores salvajes, una pagoda china y un pájaro de copete color carmesí; pero siguió caminando.

Así, una pareja detrás de la otra, a un ritmo bastante similar, a paso irregular e indeciso, pasaban el cantero y terminaban envueltos en un halo de vapor verde azulado en el que, al principio, los cuerpos mantenían la sustancia y algo de color, pero luego se disolvían en la atmósfera verde azulada. ¡Qué calor hacía! Tanto que hasta el zorzal decidía saltar, como un pájaro a cuerda, hacia la sombra de las flores, con largas pausas entre un movimiento y el siguiente. En lugar de deambular sin sentido, las mariposas blancas danzaban una sobre la otra, dibujando con sus blancas escamas superpuestas, la forma de una columna de mármol rota sobre las flores más altas. El techo de cristal del invernadero brillaba como si un mercado repleto de relucientes sombrillas verdes se hubiera abierto bajo el sol. Y entre el zumbido del avión, la voz del cielo de verano descubría su alma abrumadora. Amarillo y negro, rosa y blanco como la nieve; formas de todos estos colores, hombres, mujeres y niños se distinguían por un instante en el horizonte, y después, viendo tanto espacio amarillo sobre el césped, titubeaban y buscaban la sombra bajo los árboles, disolviéndose como gotas de agua en la atmósfera amarilla y verde, manchándola apenas con rojo y azul. Parecía como si todos los cuerpos sólidos se hubieran hundido en el calor y yacieran amontonados sobre la tierra; pero sus voces salían flotando, como llamas saliendo de los gruesos cuerpos de cera de las velas. Voces. Sí, voces. Voces sin palabras, rompiendo el silencio de repente con expresiones de pura satisfacción, de deseo apasionado o, en las voces de los niños, de inocente sorpresa. ¿Rompiendo el silencio? Pero no había silencio, todo el tiempo se escuchaba el motor de los autobuses poniéndose en marcha o cambiando la velocidad; la ciudad murmuraba como un nido gigante de cajas chinas, todas de hierro forjado, girando incesantemente unas dentro de las otras; y en la cima, las voces gritaban y los pétalos de millones de flores esparcían sus colores en el aire.

Objetos sólidos

Lo único que se movía sobre el vasto semicírculo de la playa era una pequeña mancha negra. A medida que se acercaba al esqueleto del bote de sardinas encallado, se advirtió, por una cierta tenuidad en su negrura, que tenía cuatro piernas; y segundo a segundo era más evidente que estaba compuesta de dos hombres jóvenes. Aunque sólo se veían sus contornos sobre la arena, había una inconfundible vitalidad en ellos; un vigor indescriptible en la forma de juntarse y alejarse de los cuerpos; un movimiento sutil, pero que indicaba que de las diminutas bocas en las pequeñas cabezas redondas borboteaba una fuerte discusión. No cabían dudas de esto al observarlos de cerca, al ver el bastón en la mano derecha elevarse una y otra vez. «Quieres decirme… Realmente crees…». Parecía decir el bastón en la mano derecha junto a las olas, y dibujaba largas rayas rectas sobre la arena.

—¡Maldita política! —se le escuchó decir con claridad al de la izquierda.

Y al decir estas palabras, las bocas, narices, mentones, pequeños bigotes, gorras de *tweed*, botas de campo, chaquetas de caza y medias de los dos hablantes adquirieron más y más nitidez. El humo de las pipas flotaba en el aire. Nada era tan sólido, tan vivo, tan consistente, rojo, hirsuto y viril como estos dos cuerpos en miles y miles de kilómetros de mar y arena.

Se sentaron junto al esqueleto del bote de sardinas negro. Es sabido cómo el cuerpo intenta deshacerse de una discusión y disculparse por el exabrupto, dejándose caer, y expresando en esa actitud de relajación, que está listo para cambiar de tema (a cualquiera que esté a mano a continuación). Así Charles, cuyo bastón había estado surcando la playa por al menos un kilómetro, comenzó a raspar los trozos de pizarras sobre el agua, mientras John, que había exclamado «¡maldita política!», enterraba los dedos en la arena. A medida que la arena le llegaba más y más arriba de la muñeca —por lo que debió arremangarse aún más— sus ojos fueron perdiendo intensidad; o más bien fue desapareciendo la marca del pensamiento y la experiencia, que da a los ojos de los adultos una inescrutable profundidad, dejando tan sólo una superficie transparente, que no expresaba sino la sorpresa de los ojos de los niños. Sin duda el acto de escarbar en

la arena tenía que ver con eso. Recordó que, después de cavar un rato, el agua se junta alrededor de los dedos; el agujero se convierte en una fosa, un pozo, un manantial, un canal secreto hacia el mar. Mientras se decidía en qué de estas cosas se convertiría, con los dedos todavía enterrados en la arena, rozó algo duro, algo completamente sólido, y despacio sacó a la superficie un objeto grande e irregular. Al quitarle completamente la arena apareció algo verde. Era un trozo de vidrio, tan grueso que era prácticamente opaco. El roce del mar había desgastado los bordes quitándole la forma, de manera que era imposible decir si había sido una botella, un vaso, o el cristal de una ventana; era tan sólo vidrio, casi una piedra preciosa. Sólo había que incrustarlo en un anillo de oro o atravesarlo con un alambre y se convertiría en una joya: un collar, o una luz verde y apagada sobre un dedo. Tal vez sí era una joya después de todo, una que haya usado una oscura princesa, con los dedos en el agua, sentada en la popa del bote, escuchando a los esclavos cantar mientras la cruzaban al otro lado de la bahía. O quizás un cofre de roble Isabelino hundido en el mar se haya quebrado y las esmeraldas hayan rodado y rodado hasta finalmente alcanzar la orilla. John lo tomó en sus manos; lo miró a contraluz; lo sostuvo de manera tal que su cuerpo irregular tapara el brazo derecho extendido de su amigo. El verde se encogía y se agrandaba al sostenerlo contra el cielo o contra el brazo. Estaba impresionado; era tan sólido, tan concentrado; un objeto tan definido a comparación del mar infinito y la orilla desdibujada.

Un suspiro lo desconcentró, un suspiro profundo, terminante, que le hizo notar que su amigo Charles había arrojado todas las pizarras que tenía cerca o había llegado a la conclusión de que no valía la pena hacerlo. Comieron sus sándwiches el uno al lado del otro. Al terminar, se sacudieron las migas y se incorporaron. John tomó el pedazo de vidrio y lo miró en silencio. Charles lo miró también; pero de inmediato vio que no era plano, y llenando su pipa dijo con la energía que echa por tierra una tonta línea de pensamiento:

—Volviendo a lo que decía…

No vio, y de haberlo visto no se habría percatado, que John, tras observar indeciso el trozo de vidrio unos segundos, lo metió en el bolsillo del pantalón. Tal impulso podría haber sido el mismo que lleva a un niño a recoger una piedra en un camino, prometiéndole una vida cálida y segura sobre la repisa de la chimenea de una guardería, regocijándose en la sensación de poder y benevolencia que brinda acción semejante, creyendo que el corazón de la piedra rebosa de felicidad al saberse escogida entre millones iguales; disfrutar de esa bendición en lugar de una vida de frío y humedad sobre una ruta. «Podría haber sido cualquier otra tan fácilmente, ¡pero me escogió a mí, a mí!».

Pensara John esto o no, el hecho es que el trozo de vidrio tenía su lugar sobre la repisa, donde aplastaba una pequeña pila de cuentas y cartas, y se convirtió además, no sólo en un perfecto pisapapeles sino en un lugar de reposo natural de los ojos del joven al desviarse del libro. Al ser observado una y otra vez, casi inconscientemente, por una mente que piensa en otra cosa, cualquier objeto se mezcla tan profundamente con los pensamientos que pierde su forma real y se recompone en otra ideal, algo diferente, que acecha al cerebro cuando menos se lo espera. Así John se veía atraído por las vidrieras de las tiendas de curiosidades cuando salía a caminar, simplemente porque veía algo que le recordaba el trozo de vidrio. Cualquier cosa, basta que sea un objeto de algún tipo, más o menos redondo, quizás con una llama moribunda enclavada en el cuerpo, lo que sea (porcelana, vidrio, ámbar, roca, mármol); hasta el suave huevo ovalado de algún ave prehistórica servía. Llegó, incluso, a caminar con la vista fija en el suelo, sobre todo en basurales, a donde van a parar los desperdicios domésticos. De vez en cuando se encuentran objetos así en la basura, inútiles, sin forma, desechados. En pocos meses había recogido cuatro o cinco objetos que ocuparon su sitio en la repisa. Eran útiles además; un hombre que se presentaba como candidato a Parlamento, a punto de comenzar una brillante carrera, tiene muchos papeles que mantener en orden: direcciones de electores, documentos, peticiones de suscripción, invitaciones a cenas y demás.

Un día que debía reunirse con sus electores, al salir de su despacho en el Colegio de Abogados para tomar el tren, vio un curioso objeto medio escondido en uno de esos pequeños bordes de césped que rodean los inmensos edificios públicos. Sólo podía tocarlo con la punta del bastón por entre las rejas, pero vio que se trataba de un trozo de porcelana de una forma de lo más curiosa. Era una perfecta estrella de mar; parecía que la porcelana había sido tallada, o se había roto por accidente en cinco inconfundibles puntas irregulares. Era azul en su mayor parte, pero rayas o una especie de manchas verdes atravesaban el azul, y unas líneas rojas le daban una vivacidad y un brillo de lo más atractivos. John estaba decidido a recogerla, pero cuanto más la tocaba con el bastón, más lejos la empujaba. Finalmente no tuvo otra opción más que regresar a su despacho e improvisar un aro de alambre que adhirió a la punta de un palo y, con cuidado y destreza, finalmente logró acercar el trozo de porcelana, ante lo cual, soltó un grito triunfal. En ese momento el reloj dio la hora. De ninguna manera llegaría a tiempo a cumplir con su compromiso. La reunión se llevó a cabo sin él. Pero ¿cómo se había partido la porcelana en esa forma tan magnífica? Al observarla con detenimiento concluyó que la forma de estrella había sido accidental, la hacía incluso más extraña, y resultaba prácticamente imposible que hubiera otro objeto igual. Ubicó el objeto en la otra punta del trozo de vidrio que había desenterrado

en la playa; era una criatura de otro mundo, extraña, fantástica, como un arlequín. Parecía hacer piruetas en el espacio, titilando como una estrella intermitente. El contraste entre la porcelana, tan vivaz y alegre, y el vidrio, tan sombrío y contemplativo, lo fascinaba. Y entre sorprendido y maravillado se preguntó cómo los dos podían existir en el mismo mundo; ni hablar de estar ubicados en el mismo delgado borde de mármol en la misma habitación. No encontró respuesta.

Comenzó a frecuentar los lugares donde era más probable encontrar porcelana rota, como terrenos baldíos en los alrededores de las estaciones de ferrocarril, casas derribadas y zonas en las afueras de Londres. Pero rara vez las personas arrojan porcelana desde una gran altura —algo de lo más extraño a decir verdad—. Debe haber al mismo tiempo una casa alta y una mujer bastante imprudente e impulsiva como para arrojar la jarra o la tetera por la ventana sin mirar si hay alguien debajo. Porcelana rota se encontraba a montones, pero rota en algún nimio accidente doméstico, de forma completamente involuntaria. De todos modos, si lo pensaba mejor, a menudo se sorprendía con la inmensa variedad de formas que encontraba únicamente en Londres, e incluso había más razones para sorprenderse y maravillarse con las distintas características y diseños. Los mejores se los llevaba a casa y los colocaba sobre la repisa donde, sin embargo, su función se fue volviendo cada vez más ornamental ya que los papeles para pisar disminuían más y más.

Descuidaba sus tareas, o las cumplía a desgano, y sus electores, cuando iban de visita, se extrañaban de cómo lucía la repisa. De ninguna manera lo escogieron para representarlos en el parlamento, y su amigo Charles, tomándose la situación muy a pecho, corrió a consolarlo pero lo halló tan poco conmovido por el fracaso que supuso que se trataba de algo demasiado serio como para que lo digiriera tan pronto.

Lo cierto es que ese día John había estado en Barnes, donde bajo una aulaga, encontró un extraordinario trozo de hierro. Era prácticamente idéntico al de vidrio en su forma, macizo y redondo; pero tan frío y pesado, tan negro y metálico que, evidentemente, no pertenecía a la tierra y había caído de una estrella muerta, o era él mismo una ceniza de la luna. Le pesaba en el bolsillo, pesaba en la repisa, irradiaba frío. Pero aún así el meteorito fue a parar a la misma repisa que el trozo de vidrio y la porcelana con forma de estrella.

Al recorrerlos todos con la vista, la determinación de recoger objetos incluso más extraordinarios que estos atormentaba al joven. Se dedicaba cada vez con más ímpetu a la búsqueda. De no haber estado enceguecido por la ambición y

convencido de que, algún día, un nuevo descubrimiento echado a la basura lo recompensaría, las desilusiones que había sufrido —ni hablar del cansancio y la burla—, lo habrían hecho abandonar la búsqueda. Con una bolsa y una vara larga con un gancho adaptable, revolvía todos los terrenos baldíos, escarbaba entre los matorrales, buscaba en todos los callejones y espacios entre paredes donde sabía que podía encontrar objetos de este tipo arrojados a la basura. Al volverse más exigente en la búsqueda y menos flexible en su gusto, las desilusiones se volvieron innumerables, pero la esperanza de encontrar algún trozo de porcelana o vidrio, marcado o roto de forma curiosa, lo animaba. Pasaron los días. Ya era un adulto. Su carrera —esto es, su carrera política— era parte del pasado. Ya nadie lo visitaba. Era demasiado introvertido como para invitarlo a cenar. Nunca hablaba con nadie acerca de sus verdaderas ambiciones; era evidente, por cómo se comportaban los demás, que no lo comprendían.

Apoyó la espalda contra el respaldo del sillón y miró a Charles tomar con indiferencia los objetos de la repisa una y otra vez y volverlos a apoyar enfáticamente para remarcar lo que decía acerca de la conducción del Gobierno.

—Dime la verdad, John —dijo Charles de repente, volviéndose y mirándolo a los ojos—. ¿Qué ha sucedido para que abandonaras todo de un día para el otro?

—No he abandonado —contestó John.

—Pero ya no tienes la más mínima oportunidad —dijo Charles con severidad.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo John con convicción.

Charles lo miró con profunda incomodidad; estaba completamente confundido. Tenía la extraña sensación de que hablaban de cosas distintas. Miró alrededor para encontrar algún tipo de sosiego ante ese horrible pesar, pero con el desorden de la casa se sintió aún más abatido. ¿Qué significaban esa vara y esa vieja bolsa de arpillera colgada en la pared? ¿Y esas piedras? Miró a John: algo duro y distante en su expresión lo alarmó. Estaba completamente seguro de que jamás integraría una plataforma electoral.

—Lindas piedras —dijo tan alegremente como pudo. Y diciendo que tenía un compromiso por cumplir, se despidió de John para siempre.

Una novela no escrita

Semejante expresión de tristeza bastaba por sí sola para hacer que los ojos se deslizaran del borde del periódico hacia el rostro de la pobre mujer, insignificante sin esa mirada, casi un símbolo del destino de la humanidad con ella. La vida es lo que se ve en los ojos de las personas; la vida es lo que se aprende, y una vez aprendido, nunca, aunque se intente ocultarlo, se olvidará… ¿Qué cosa? Que la vida es así, al parecer. Cinco rostros enfrentados, cinco rostros adultos, y lo que cada uno sabe. ¡Pero qué extraño cómo intentan ocultarlo! En todos ellos hay dibujada una expresión de reticencia: los labios apretados, los ojos entrecerrados; cada uno de los cinco hace algo para esconder o reprimir eso que saben. Uno fuma; otro lee; el tercero consulta la agenda; el cuarto observa el mapa de trenes colgado en frente; y el quinto… Lo terrible del quinto es que no hace nada en absoluto. Contempla la vida. ¡Oh, pero mi pobre y desdichada mujer, únete al juego, por el amor de Dios, intenta ocultarlo!

Como si me hubiera escuchado, levantó la vista, se acomodó en el asiento y suspiró. Parecía disculparse y, al mismo tiempo decirme: «¡Si tan sólo supieras!». Y siguió contemplando la vida. «Pero sí lo sé», respondí en silencio, ojeando el Times para disimular. «Lo sé todo. La paz entre Alemania y los Aliados fue firmada oficialmente ayer en París… Signor Nitti, el Primer Ministro italiano… Un tren de pasajeros chocó con uno de carga en Doncaster… Todos lo sabemos, el Times lo sabe, pero fingimos que no». Mis ojos se escurrieron otra vez hasta el borde del periódico. La mujer se estremeció; llevó el brazo en forma muy extraña hacia el medio de la espalda y sacudió la cabeza. Otra vez me sumergí en mi gran manantial de vida. «Toma lo que sea», continué, «nacimientos, muertes, matrimonios, comunicados reales, la vida de los pájaros, Leonardo da Vinci, el asesinato de Sandhilsl, los salarios altos y el costo de vida, lo que sea», repetí. «Todo está en el Times». Otra vez con ese infinito desgano, comenzó a mover la cabeza de lado a lado hasta que, como una tapa cansada de enroscarse, se detuvo sobre el cuello.

El Times no ofrece ninguna protección contra una tristeza como la de ella. Pero los otros impedían el acercamiento. Lo mejor que se podía hacer en contra de la vida era doblar el periódico formando un cuadrado perfecto, grueso,

impermeable incluso a la vida. Hecho esto, levanté la vista de golpe, armada con un escudo de mi propio ser. Ella lo atravesó y me miró a los ojos como buscando algún sedimento de coraje en lo profundo de ellos y humedecerlo hasta convertirlo en barro. El mismo movimiento brusco de su brazo negó toda esperanza, descartó cualquier ilusión.

Pasamos Surrey y cruzamos la frontera en dirección a Sussex. Pero con los ojos concentrados en la vida no vi que los otros pasajeros se habían bajado, uno a uno, hasta que, salvo por el hombre que leía, nos habíamos quedado solas. Habíamos llegado a la estación Three Bridges. El tren aminoró la marcha hasta detenerse completamente. ¿Se iría? Deseaba tanto lo uno como lo otro. Al final rogué que se quedara. En ese momento se puso de pie, abolló el periódico con desdén —como a algo que ha perdido toda utilidad—, abrió la puerta de golpe y nos dejó solas.

La triste mujer, inclinándose hacia adelante, pálida y descolorida, comenzó a hablarme. Habló de estaciones y vacaciones, de hermanos en Eastbourne, y el momento del año que era, no recuerdo ahora si era principios o fines. Pero al final, mirando por la ventana y contemplando —yo lo sabía— tan sólo la vida, suspiró. «Vivir lejos, ese es el problema». Oh, la catástrofe era inminente. «Mi cuñada…». La acidez de su voz era como limón sobre acero frío, y dirigiéndose —no a mí sino a sí misma— murmuró: «Tonterías, diría ella, es lo único que dicen todos». Y mientras hablaba se movía con nerviosismo, como si la piel de su espalda se sintiera como la de una gallina desplumada en una pollería.

«¡Oh, esa vaca!», dijo con desazón, como si la gran vaca de madera en la pradera la hubiera sorprendido, evitándole así cometer una indiscreción. Se estremeció, y luego hizo ese torpe movimiento angular que ya le había visto antes, como si, después del espasmo, algún punto entre los hombros le quemara o picara. Luego, su rostro recuperó la expresión más infeliz del mundo, y otra vez se lo reproché, aunque no con la misma convicción, pues si había una razón, y si yo sabía la razón, el estigma sería eliminado. «Cuñadas…», dije.

Frunció los labios como si fuera a escupir veneno al mundo; y así permaneció. Todo lo que hizo fue quitarse el guante y rascar con avidez una mancha en el cristal de la ventanilla. Frotó como si quisiera quitar algo para siempre, una suciedad, una imborrable impureza. Pero la mancha no desapareció a pesar del esfuerzo, y otra vez se hundió en el asiento, con el estremecimiento y el movimiento en el brazo que ya me había acostumbrado a esperar. Algo me impulsó a quitarme el guante y rascar mi lado de la ventanilla. Allí también había

una pequeña mancha. Tampoco desapareció al frotarla. Un escalofrío me hizo estremecer y llevé el brazo al medio de la espalda. Mi piel también se sentía como la húmeda carne desplumada del pollo. Un punto entre los hombros me picaba y parecía irritado; me sentí avergonzada, enrojecida. ¿Lo alcanzaría? Lo intenté de golpe. Ella me vio. En su rostro se dibujó una sonrisa de infinita ironía, infinita tristeza, que enseguida se esfumó. Pero se había comunicado, había compartido su secreto y, pasado el hechizo, no volvería a hablar. Apoyándome en el respaldo del asiento, protegiendo mis ojos de los suyos, viendo tan sólo las laderas y los valles grises y púrpuras del paisaje de invierno, comprendí su mensaje, descifré su secreto, lo leí en su mirada.

Hilda es la cuñada. ¿Hilda? Hilda Marsh, Hilda la exuberante, la de los grandes senos, la matrona. Hilda aguarda con una moneda en la mano junto a la puerta mientras el chofer se detiene. «Pobre Minnie, más pobre que nunca, con esa misma vieja capa del año pasado. Bueno, con dos niños no puedes hacer mucho más en estos tiempos. No, Minnie, lo tengo. Aquí tiene, señor. Entra Minnie. ¡Oh, podría cargarte a ti, imagina a tu maleta!». Entran en el comedor. «Niños, la tía Minnie».

Lentamente los cuchillos y tenedores empiezan a hundirse. Bajan (Bob y Bárbara), extienden los brazos con formalidad; regresan a sus sillas, miran entre un bocado y otro. [Pero esto lo obviaremos; los adornos, las cortinas, la vajilla de porcelana, los rectángulos de queso amarillo, los bizcochos cuadrados, lo obviaremos, pero ¡espera! A mitad del almuerzo vuelve a estremecerse; Bob la mira con la cuchara en la boca. «Termina tu pudín, Bob». Pero Hilda se opone. «¿Por qué se estremece de esa forma?». Haremos como si nada, como si nada, hasta que lleguemos al piso de arriba; las escaleras con barandilla de metal; linóleo gastado; ¡oh sí! La pequeña habitación con vista a los techos de Eastbourne, techos zigzagueantes como el cuerpo de una oruga, para un lado y para el otro, con rayas rojas y amarillas, con empizarrados negros azulados]. Ahora, Minnie, la puerta está cerrada; Hilda baja con pasos firmes; desabrochas las correas de la maleta; sobre la cama, un viejo camisón negro; lado a lado, las pantuflas forradas. El espejo, no, no puedes evitar el espejo. Ordenas cuidadosamente las hebillas para los sombreros. ¿Tendrá algo adentro la cajita de carey? La sacudes; el pendiente de perlas, igual que el año anterior, es todo lo que hay. Y después sollozas, suspiras y te sientas junto a la ventana. Las tres en punto de una tarde de diciembre; afuera llovizna; una luz en la claraboya de la mercería; otra en la habitación de la criada que se apaga enseguida. Ya no tiene nada qué mirar. Un momento de negrura, y después, ¿en qué piensas? (Déjame espiarla; duerme o finge hacerlo. ¿Qué pensará sentada junto a la ventana a las tres de la tarde? ¿Salud, dinero, cuentas, su Dios?).

Sí, sentada bien al borde de la silla, mirando los techos de Eastbourne, Minnie Marsh les reza a los Dioses. Muy bien; y hasta podría frotar el vidrio también, para ver mejor a su Dios; ¿pero qué Dios está viendo? ¿Quién es el Dios de Minnie Marsh, el Dios de los callejones de Eastbourne, el Dios de las tres de la tarde? Yo también miro los techos, miro el cielo, pero ¡mi querida! ¡Ver Dioses! Más parecido al Presidente Kruger que al Príncipe Alberto… Es lo mejor que puedo hacer. Y lo veo en un trono, de levita negra, no demasiado alto. Puedo darle una nube o dos para que se siente; y su mano, atravesando las nubes, sostiene una vara, ¿un garrote? Negro, grueso, lleno de espinas; ¡el Dios de Minnie es un viejo matón! ¿Él envió la picazón, la mancha, el espasmo? ¿Es por eso que reza? Lo que frota en la ventana es la mancha del pecado. ¡Oh, ha cometido un delito!

Puedo elegir entre varios delitos. Las palomas revolotean y vuelan; en verano aparecen las campanillas, y con la primavera, las rosas. Una separación, ¿cierto? ¿Hace veinte años? ¿Una promesa rota? ¡No fue Minnie quien la rompió! Ella fue fiel. ¡Cómo cuidó a su madre! Gastó todos sus ahorros en la lápida, las coronas bajo los cristales, los narcisos en los jarrones… Pero me estoy desviando del punto. Un delito… Ellos dirán que se guardó la tristeza, que ocultó el secreto, su sexo, dirán, los hombres de ciencia. Pero qué tontería cargarla con eso. Caminando por las calles de Croydon hace veinte años, las cintas púrpura en la vidriera de la mercería brillando bajo la luz blanca llamaron su atención. Se detuvo un momento. Eran pasadas las seis. Si se apuraba todavía podía llegar a casa. Empujó la puerta giratoria. Era temporada de descuentos. Los mostradores atestados de cintas. Espera, toma una, toca aquella con las rosas; no es necesario escoger, no es necesario comprar. Cada bandeja tiene sus sorpresas. «No cerramos hasta las siete». Y se hacen las siete. Corre, se da prisa, llega a casa, pero es demasiado tarde. Los vecinos, el doctor, su hermano bebé, la pava con agua caliente, el hospital, la muerte. ¿La sorpresa? ¿La culpa? Pero los detalles no tienen importancia. Es lo que ella lleva consigo; la mancha, el delito, eso que debe enmendar, siempre sobre los hombros. «Sí», parece asentir, «es por lo que hice».

Lo que sea que hayas hecho, si lo hiciste, no me interesa; no es lo que quiero. Las cintas púrpura serpentean en la vidriera de la mercería, eso servirá. Algo fácil, trillado. Pues uno puede elegir entre varios delitos, pero tantos delitos (déjame espiarla otra vez, sigue durmiendo, o finge hacerlo; blanca, cansada, la boca cerrada, algo de obstinación, más de lo que se podría llegar a pensar, no hay rastro de sexo) no son tu delito; tu delito fue ínfimo. Sólo el castigo fue solemne, pues ahora se abren las puertas de la iglesia; los duros bancos de madera la reciben; se arrodilla en las baldosas marrones; todos los días, en invierno, en verano, al anochecer, al amanecer (allí está, rezando). Todos los pecados caen, caen para

siempre. La mancha los recibe. Está levantada, es roja, arde. Y después el estremecimiento. Los niños señalan. «Bob viene a almorzar». Pero las señoras mayores son las peores.

Pero ya no puedes seguir aquí rezando. Kruger se ha hundido bajo las nubes, como barrido por una pincelada gris, y el pintor añade un poco de negro. Hasta el garrote ha desaparecido. ¡Siempre sucede eso! Justo cuando lo ves, lo sientes, alguien interrumpe. Es Hilda ahora.

¡Cómo la detestas! Pone llave hasta a la puerta del baño por la noche, aunque todo lo que quieres es un poco de agua fría; a menudo, si no has pasado una buena noche, un baño ayuda. Y John en el desayuno, y los niños. Y las comidas son la peor parte; suelen venir amigos de visita. Los helechos no los ocultan del todo, ellos lo saben también. Así que sales a caminar por la rambla, donde las olas son grises y los papeles vuelan; y los toldos de cristal son verdes y corre bastante viento; las sillas cuestan dos peniques, demasiado, pues debe haber predicadores en la playa. Allí hay un negro; allá un hombre extraño; aquí un hombre con periquitos, ¡pobres criaturas! ¿No hay nadie aquí pensando en Dios? Justo allí, sobre el muelle, con su caña. Pero no, no hay nada más que gris en el cielo, o si es azul, las nubes blancas lo cubren. Y la música, es música militar; ¿y por qué pescan? ¿De veras pescan algo? ¡Cómo miran los niños! Bueno, volvamos a casa; «¡volvamos a casa!». Las palabras tienen sentido; seguramente lo dijo el anciano de bigotes. No, no, en verdad no habló; pero todo tiene sentido: letreros sobre las puertas, nombres en las vidrieras, fruta en la canasta, cabezas de mujeres en la peluquería. Todos dicen «¡Minnie Marsh!». Otro espasmo. «Los huevos son más baratos». ¡Es lo que siempre sucede! Iba delante de ella en la cascada, directo hacia la locura, hasta que como un rebaño de ovejas en un sueño, Minnie pega la vuelta y se me escapa de las manos. Los huevos son más baratos. Amarrados a la orilla del mundo, ningún delito, tristeza, rapsodia o locura para la pobre Minnie Marsh. Nunca llega tarde a almorzar; nunca la sorprende una tormenta sin el impermeable; nunca desconoce el precio de los huevos. Así que llega a la casa y sacude las botas.

¿Te he entendido bien? Pero el rostro humano, el rostro humano sobre el papel repleto de tinta tiene más, retiene más. Ahora abre los ojos, mira; y en el ojo humano hay —¿cómo decirlo?— una rotura, una división, de manera que cuando coges el tallo, la mariposa sale volando; la mariposa que se posa por la noche sobre la flor amarilla. Muévete, levanta tu mano, vete. No levantaré la mano. Quédate quieta entonces, vida, alma, espíritu, lo que seas de Minnie Marsh. Yo también, sobre mi flor, el halcón sobre la colina, solo, ¿o cuál es el valor de la vida?

Levantarse, inmóvil por la noche, al mediodía, sobre la colina. El temblor de una mano. ¡Se va! Y se vuelve a posar. Solo, sin que nadie lo vea, viendo todo tan calmo, tan hermoso allí abajo. Nadie mira, a nadie le importa. La mirada de los otros, nuestras prisiones; sus pensamientos, nuestras jaulas. Aire arriba y aire abajo. Y la luna y la inmortalidad… Oh, pero me dejo caer al césped. Tú también te dejas caer, tú en el rincón, ¿cómo es tu nombre?… Mujer… Minnie Marsh; ¿así te llamas? Allí está, se aferra a su capullo; abre la cartera y saca una cáscara vacía, un huevo, ¿quién decía que los huevos estaban baratos? ¿Tú o yo? Oh, tú lo dijiste en el camino de vuelta a casa, ¿recuerdas cuando el anciano abrió de repente su paraguas? ¿O fue que estornudó? Como sea, Kruger fue, y tú volviste a casa y sacudiste las botas. Sí. Y ahora colocas sobre tus rodillas un pañuelo sobre el que apoyas pequeños trozos de cáscaras de huevo, trozos de un mapa, un rompecabezas. ¡Cómo desearía unirlos todos! Si tan sólo te sentaras y te quedaras quieta. Ha movido las rodillas, el mapa ha vuelto a romperse. Por las laderas de los Andes las piedras de mármol blanco bajan rodando a toda velocidad y aplastan a una tropa completa de arrieros españoles. El botín de Drake, oro y plata. Pero regresando…

¿A qué, a dónde? Abrió la puerta y dejó el paraguas en el paragüero, ni qué decirlo; también el aroma a carne desde el piso de abajo; punto, punto, punto. Pero lo que no puedo eliminar de ese modo, lo que debo enfrentar y dispersar, con la cabeza baja y los ojos cerrados, con el coraje de un batallón y la ceguera de un toro, es a las figuras detrás de los helechos, a los viajantes comerciales. Allí los he ocultado todo este tiempo con la esperanza de que desaparezcan, o mejor aún, que emerjan, como deberían en verdad hacerlo, si la historia ha de seguir ganando riqueza y consistencia, destino y tragedia, como deberían hacerlo las historias que incluyan a dos o tres viajantes comerciales y todo un bosque de aspidistra. «Las frondosas hojas de la aspidistra ocultaban en parte al viajante comercial». Los rododendros lo ocultarían por completo, y además me darían esa combinación de rojo y blanco que tanto quiero. Pero rododendros en Eastbourne, en diciembre, en la mesa de los Marsh, no, no, no me atrevería; es todo una cuestión de migas y vinagreras, de adornos y helechos. Tal vez más tarde haya un momento junto al mar. Además, siento muchos deseos de espiar, a través del calado verde sobre el cristal tallado, a ese hombre sentado enfrente, tan sólo puedo mirar a uno. Es James Moggridge, ¿ese a quien los Marsh llaman Jimmy?

[Minnie, debes prometer que no te estremecerás hasta que aclare las cosas]. James Moggridge vende (¿botones diríamos?); pero todavía no es momento de hablar de ello. Los grandes y los pequeños en los largos cartones, algunos que parecen ojos de loros, otros de un dorado opaco, unos de cuarzo, otros de coral.

Pero dije que no era momento. Él viaja, y los jueves, el día en que le toca Eastbourne, almuerza con los Marsh. Su rostro rojo, sus ojos pequeños y tranquilos (para nada corrientes), su gran apetito (eso es seguro: no mirará a Minnie hasta que haya mojado el pan en la salsa), la servilleta colgada al cuello. Pero esto es primitivo; e independientemente del efecto que cause en el lector, no me dejaré llevar. Veamos cómo viven los Moggridge, pongámonos en marcha. Bueno, es el mismo James el que remienda el calzado de familia los domingos. Lee, Truth. Pero ¿y su pasión? Las rosas, y su esposa, una enfermera retirada, interesante, ¡pero, por todos los cielos, déjame ponerle un nombre que me agrade! Pero no; ella es una de los hijos no nacidos de la mente, ilícita, pero no menos querida, como mis rododendros. Cuántos mueren en todas las novelas que se escriben, los mejores, los más queridos, mientras Moggridge sigue vivo. Es culpa de la vida. Ahora Minnie come un huevo, enfrente de mí y al otro lado del ferrocarril, ¿ya pasamos a Lewes? Jimmy ya debe estar allí, ¿o por qué se estremece?

Tiene que estar Moggridge; es culpa de la vida. La vida impone sus leyes; la vida entorpece el camino; la vida está detrás del helecho; la vida es el tirano; ¡oh, pero no es el matón! No, pues te aseguro que iré por las buenas. Iré atraída por sabe Dios qué impulso, a través de los helechos y las vinagreras, y la mesa sucia. Iré sin resistencia y me cobijaré en algún lugar de la carne firme, de la fuerte espina dorsal, donde pueda penetrar o hallar un punto de apoyo en la persona, en el alma, en Moggridge, el ser humano. La gran firmeza de la tela; la espina dorsal dura como barba de ballena, recta como un roble; las costillas abriéndose en ramas; la carne tensa como una lona; los orificios rojos; el corazón se contrae y regurgita; mientras tanto, desde arriba, la carne desciende en cubos marrones y la cerveza en chorros, para mezclarse en la sangre. Entonces llegamos a los ojos. Detrás de la aspidistra ven algo: negro, blanco, sombrío; ahora el plato otra vez. Detrás de la aspidistra ven a una anciana; «la hermana de Marsh, Hilda es más mi tipo»; ahora el mantel. «Marsh debe saber qué sucede con los Morrises…», habrá que sacar el tema; llega el queso; la bandeja otra vez; la ofrece, los dedos enormes; ahora la mujer sentada enfrente. «La hermana de Marsh, ningún parecido con Marsh; una anciana miserable… Deberías alimentar a las gallinas… Santo Dios, ¿por qué se estremece así? ¿Fue por lo que dije? ¡Querida, querida, querida!». Estas ancianas. ¡Querida, querida!".

[Sí, Minnie, sé que te has estremecido, pero espera un momento, James Moggridge].

«¡Querida, querida, querida!». ¡Qué bello suena! Como golpear sobre madera curada, como el latido del corazón de un viejo ballenero cuando el mar

está embravecido y las nubes grises cubren el cielo. «¡Querida, querida!». El sonido de las campanas para sosegar el alma de los inquietos, tranquilizarlos y consolarlos, arroparlas diciendo: «¡Buena suerte!», y después, «¿en qué puedo servirte?», pues aunque Moggridge arrancaría la rosa de su pechera y se la ofrecería, ya está, se terminó. ¿Y ahora qué? «Señora, perderá el tren», pues los trenes no esperan.

Ese es el camino de los hombres; ese es el sonido que reverbera; esa es St. Paul y esos son los autobuses. Pero estamos quitando las migas de la mesa. Oh, Moggridge, ¿no te quedas? ¿Debes irte? ¿Andarás por Eastbourne esta tarde, en uno de esos pequeños carruajes? ¿Eres uno de los que se esconde entre cajas de cartón verde, a menudo con las persianas bajas, y se sienta de manera tan solemne, contemplando como una esfinge, y siempre hay algo de sepulcral, de fúnebre, el cajón, y el anochecer sobre el caballo y el conductor? Dime… Pero las puertas se cerraron de un portazo. Ya no nos volveremos a ver. ¡Adiós Moggridge!

Sí, sí, ya voy. Hasta el piso más alto de la casa. Me detendré un momento. Cómo revolvemos el fango en la cabeza, qué remolino dejan estos monstruos, el agua golpeando en las rocas, la hierba sacudiéndose, y verde aquí, negro allí, golpeando la arena, hasta que de a poco los átomos se reúnen, el yacimiento se filtra, y nuevamente se ve claro y tranquilo, y viene a los labios una plegaria por los que se fueron, una exequia por las almas a las que uno saluda con la cabeza, las personas que nunca volveremos a ver.

James Moggridge está muerto ahora, se ha ido para siempre. Bien, Minnie, «Ya no puedo soportarlo». Sí, eso fue lo que dijo. (Déjenme mirarla. Está barriendo las cáscaras de huevo hacia declives profundos). Lo dijo con mucha seguridad, apoyada contra la pared de la habitación, mientras arrancaba las motitas de la cortina color granate. Pero cuando el yo le habla al yo, ¿quién es el que habla? Lo más profundo del alma, el espíritu llevado a la catacumba central; el ser que tomó el velo y abandona el mundo, un cobarde tal vez; pero bello en cierto punto, deslizándose con su farol, arriba y abajo por el pasillo oscuro. «Ya no puedo soportarlo», dice su espíritu. «Ese hombre en el almuerzo, Hilda, los niños». Oh, santo cielo, ¡su llanto! Es el espíritu lamentando su destino, el espíritu llevado hasta aquí, hasta allí, alojándose en las alfombras encogidas —insignificantes apoyapiés— retazos encogidos de un universo en desaparición —amor, vida, fe, esposo, hijos, no se qué esplendor y pompa vistos en la niñez. «No es para mí, no es para mí».

Pero luego, ¿los bollos, el perro viejo y sin pelo? Frazadas, me imagino, y el

consuelo de las sábanas de lino. Si atropellaran a Minnie Marsh y la llevaran al hospital, enfermeras y doctores exclamarían… Están la vista y la visión —está la distancia— la mancha azul al final de la avenida, mientras que, después de todo, el té está rico, los bollos tibios, y el perro— «Benny, a su canasta, señorito, y mira lo que te ha traído tu madre». Así, con el guante roto en el pulgar, desafiando una vez más al insolente demonio de lo que se llama estar en apuros, renuevas tus fuerzas, enhebrando la lana gris, la pasas de un lado al otro.

La pasas de un lado al otro, una y otra vez; tejes una telaraña por la que el mismo Dios —shh—, ¡no pienses en Dios! ¡Qué firmes tus puntadas! Debes estar orgullosa de tu zurcido. Que nada la perturbe. Que la luz caiga gentilmente, y las nubes muestren el lado interno de la primera hoja verde. Que el gorrión se pose en la rama y sacuda la gota de lluvia… ¿Por qué mirar hacia arriba? ¿Fue un sonido, un pensamiento? ¡Oh santo cielo! ¿Otra vez a lo que hiciste? ¿A la bandeja con las cintas color púrpura? Pero Hilda vendrá. ¡Ignominias, humillaciones! Oh, cierra la brecha.

Después de zurcir el guante Minnie Marsh lo coloca en la cómoda. La cierra decidida. Veo su mirada en el espejo. Los labios cerrados. El mentón en alto. Se ata los cordones. Se toca la garganta. ¿De qué es tu prendedor? ¿De muérdago o de espoleta? ¿Y qué está sucediendo? A no ser que esté muy equivocada, el pulso se ha acelerado, el momento se acerca, las fibras laten con fuerza, Niágara está aquí. ¡La crisis ha llegado! ¡Que Dios te ayude! Baja las escaleras ¡Coraje, coraje! Enfréntala. Por Dios santo no te quedes parada en el felpudo. Allí está la puerta. Estoy de tu lado. Habla. Enfréntala. ¡Confunde su alma!

«Oh, discúlpeme. Sí, esto es Eastbourne. Yo se la alcanzo. Déjeme abrirle la puerta». [Pero Minnie, aunque finjamos lo contrario, te he entendido bien… Estoy contigo ahora]

—¿Es todo su equipaje?

—Sí, muchas gracias.

(Pero ¿por qué miras a tu alrededor? Hilda no está en la estación, tampoco John; y Moggridge ya está del otro lado de Eastbourne).

—Esperaré junto a la maleta, señora, es lo más seguro. Dijo que vendría por mí… Oh, allí está, ese es mi hijo.

Y se van caminando juntos.

Bueno, estoy confundida… Seguro que tú sabes bien Minnie. Un extraño… Espera. Le diré… ¡Minnie!… ¡Señorita Marsh! No sé, de todos modos. Hay algo extraño en su capa al volarse con el viento. Oh, pero no es cierto, es indecente… Mira como se inclina él al llegar a la puerta. Ella encuentra el pasaje. ¿Qué tiene de extraño? Caminan el uno al lado del otro… Bueno, mi mundo se ha acabado. ¿Qué hago aquí? ¿Qué es lo que sé? Esa no es Minnie. Nunca existió Moggridge. ¿Quién soy? La vida está tan raída como un hueso.

Y aún mirarlos por última vez —él bajando a la acera y ella siguiéndolo, al doblar la esquina del inmenso edificio, me llena de asombro…—. Es un nuevo comienzo. ¡Extrañas figuras! Madre e hijo. ¿Quiénes son? ¿Por qué caminan por la calle? ¿Dónde pasarán la noche? ¿Y mañana? Oh, cómo gira y se eleva… Es un nuevo comienzo. Los seguiré. Hay personas yendo y viniendo. La luz blanca parpadea y se derrama. Ventanas de cristal. Claveles; crisantemos. Hiedra en los jardines oscuros. Cartones de leche en la puerta. Donde quiera que vaya, misteriosas figuras… Las veo, doblando la esquina, madres e hijos; a ustedes, a ustedes, a ustedes. Me apuro, los sigo. Éste, imagino, debe ser el mar. El paisaje es gris, opaco como las cenizas; el agua murmura y se agita. Si caigo de rodillas, si sigo el ritual, la antigua ceremonia, es a ustedes, figuras desconocidas, a quienes adoro; si extiendo los brazos, es a ustedes a quienes abrazo, a ustedes a quienes traigo hasta mí… ¡Adorable mundo!

Una casa encantada

A cualquier hora que despertaras siempre había una puerta balanceándose. Iban de habitación en habitación, tomados de la mano; levantando aquí, abriendo allá, asegurándose… Una pareja de fantasmas.

«Aquí lo dejamos», dijo ella. Y él agregó: «¡Oh, pero aquí también!». «Está arriba», murmuró ella. «Y en el jardín», susurró él. «Con cuidado», dijeron, «o los despertaremos».

Oh, pero no nos despertaban. «Están buscándolo; están abriendo la cortina», podíamos decir, y seguíamos leyendo una o dos páginas. «Ahora lo encontraron,» estaba segura, y detenía el lápiz en el margen. Y después, cansada de leer, me levantaba y veía con mis propios ojos la casa vacía, las puertas abiertas. Sólo se escuchaban las palomas, rebosantes de alegría, y el zumbido de la máquina de trillar andando en la granja. «¿A qué he venido? ¿Qué pretendía encontrar?». Mis manos estaban vacías. «¿Tal vez sea arriba después de todo?». En el altillo estaban las manzanas. Bajo otra vez; en el jardín, la quietud de siempre, sólo el libro se había caído al césped.

Pero lo habían encontrado en la sala. No es que uno pudiera verlos. Los cristales de la ventana reflejaban las manzanas, reflejaban las rosas; todas las hojas se veían verdes en los cristales. Si se movían en la sala la manzana mostraba su costado amarillo. Aún, un instante después, si la puerta se abría, se desparramaba por el piso, se trepaba por las paredes, colgaba del techo, ¿qué cosa? Mis manos estaban vacías. La sombra de un tordo cruzó la alfombra. Desde el más profundo de los silencios se escuchó su sonido alegre. «A salvo, a salvo, a salvo», el pulso de la casa latía con tranquilidad. «El tesoro está enterrado; la habitación…» el pulso se detuvo de repente. ¿Ese era el tesoro enterrado?

Un momento después la luz se extinguió. ¿Estábamos en el jardín entonces? Pero los árboles se removían para atrapar el último rayo de sol. Tan bello, tan extraño, hundiéndose lentamente bajo la superficie: el rayo que buscaba siempre se apagaba detrás del cristal. El cristal era la muerte; la muerte estaba entre nosotros; alcanzó a la mujer primero, hacía cientos de años. La casa quedó vacía, las

ventanas selladas, las habitaciones oscuras. La dejó, se fue hacia el norte, hacia el este, vio salir a las estrellas en el cielo del sur; buscó la casa, la encontró abandonada bajo las colinas. «A salvo, a salvo, a salvo», el pulso de la casa latía con alegría. «El tesoro es tuyo».

El viento ruge por la avenida. Los árboles se balancean de un lado al otro. Los rayos de luna caen intensos sobre la lluvia. Pero la luz de la lámpara cae directo desde la ventana. La vela arde recta, inmóvil. Deambulan por la casa, abren las ventanas, susurran para no despertarnos, la pareja de fantasmas busca su contento.

«Aquí dormíamos», dijo ella. Y él agregó, «besos infinitos». «Caminar por la mañana». «El plateado entre los árboles». «Arriba». «En el jardín». «Al llegar el verano». «Durante las nevadas de invierno».

Las puertas se cierran a la distancia, despacio, como el latido de un corazón.

Se acercan; se detienen en la entrada. El viento sopla, las plateadas gotas de lluvia se deslizan por la ventana. Nuestros ojos se oscurecen; no escuchamos pasos detrás; no vemos ninguna mujer extender su manto fantasmal. Él lleva la linterna. «Mira», susurra él, «profundamente dormida. Hay amor en sus labios».

Inclinándose, cargando la lámpara plateada sobre nosotros, nos miran durante un largo rato. El viento sopla fuerte; la vela se inclina apenas. Salvajes rayos de luna cruzan el suelo y la pared y, al chocarse, iluminan los rostros inclinados; los rostros cavilosos, los rostros que buscan a los durmientes y a su felicidad escondida.

«A salvo, a salvo, a salvo», el corazón de la casa late orgulloso. «Tantos años», susurra él, «y me has vuelto a encontrar». «Aquí», murmura ella, «durmiendo; en el jardín, leyendo, riendo, llevando las manzanas al altillo. Aquí dejamos nuestro tesoro». Inclinados, sus luces me hicieron abrir los ojos. «¡A salvo, a salvo, a salvo!». El pulso de la casa late con fuerza. Me despierto y digo «Oh, ¿es éste su tesoro enterrado? La luz del corazón».

Lunes o martes

Lenta e indiferente, sortea el espacio con sus alas hábiles, conoce el camino, la garza vuela en el cielo y pasa sobre la iglesia. Blanco y distante, absorto, el cielo infinito se cubre y se descubre, se mueve y se detiene. ¿Es un lago? ¡Bórrale la orilla! ¿Una montaña? Oh, inmaculado, el sol dora las laderas. Cae allí. Helechos, o plumas blancas, por los siglos de los siglos.

Desea la verdad, la espera; con esfuerzo logra arrancar algunas palabras. Siempre deseando… (Se escucha un grito a la izquierda, otro a la derecha; los coches se ponen en marcha; los autobuses se amontonan desordenados). Siempre deseando… (con doce campanazos decididos el reloj asegura que es el mediodía; la luz arroja sombras doradas; los niños se amontonan en la puerta). Siempre deseando la verdad. La cúpula es roja; de los árboles cuelgan monedas; el humo asciende por la chimenea; ladridos; voces; alguien al grito de «se vende hierro»… ¿Y la verdad?

Irradiando calor a los pies de hombres y mujeres, negros o con incrustaciones en oro, (esta niebla… ¿Azúcar? No, gracias… El Commonwealth del futuro), el fuego arde en la chimenea y tiñe la habitación completamente de rojo, excepto por las dos figuras negras y sus ojos brillosos. Mientras tanto, afuera, descargan un camión, la señorita Thingummy toma el té en su escritorio, y los cristales protegen los abrigos de piel…

Exhibiéndose, liviana como una hoja, amontonándose en los rincones, volando entre los coches, bañada en plata, en casa o fuera, arrinconada, esparcida, dilapidada, barrida, desgarrada, hundida, reunida… ¿Y la verdad?

Ahora recuerda junto al fuego la plaza de mármol blanco. Desde ebúrneas profundidades las palabras pronunciadas vuelcan su negrura, florecen y penetran. El libro se ha caído; en las llamas, en el humo, en las chispas… O ahora viajan, la plaza de mármol, alminares y los mares de India, y el espacio se vuelve azul y las estrellas iluminan. ¿La verdad? ¿Te conformas con tenerla cerca?

Lenta e indiferente, la garza regresa; el cielo oculta las estrellas; luego las descubre.

El cuarteto de cuerdas

Bueno, aquí estamos, y si observan la habitación verán que los Metros, los tranvías, los ómnibus, los coches privados —que no son pocos, me atrevo a decir—, los landó tirados por zainos, han estado ocupados en ello, extendiendo hilos a lo largo y a lo ancho de Londres. Aunque empiezo a tener mis dudas…

Si realmente es cierto, como dicen, que Regent Street está en obras, que se ha firmado el Tratado, que no hace demasiado frío para la época, que ni con ese dinero se puede encontrar una casa, y que lo peor de las gripes son los efectos secundarios; si recuerdo que olvidé escribir acerca de la gotera en la despensa, y que me dejé un guante en el tren; si los lazos de sangre me obligan a inclinarme y aceptar sin más la mano que se ofrece no sin dudas…

—¡Hace siete años que no nos vemos!

—La última vez fue en Venecia.

—¿Y dónde vives ahora?

—Bueno, al caer la tarde me viene mejor, aunque, si no fuera mucho pedir…

—¡Pero te reconocí de inmediato!

—Bueno, la Guerra fue un quiebre…

Si la mente es atravesada por esas pequeñas flechas, y —en tanto la sociedad así lo dispone— tan pronto como se lanza una ya se prepara la próxima; si esto irradia calor, y además han encendido la luz eléctrica; si en tantos casos decir algo deja atrás la necesidad de mejorar y corregirse, agitando además lamentos, placeres, vanidades, deseos. Si son los hechos que he mencionado, y los sombreros, las boas de piel, los frac de los caballeros y los alfileres de corbata con perlas lo que sale a la superficie, ¿qué chances quedan?

¿De qué? Cada vez se hace más difícil decir por qué, a pesar de todo, estoy aquí sentada creyendo que ahora no puedo decir qué sucedió o siquiera recordar

cuándo ocurrió por última vez.

—¿Has visto el desfile?

—El Rey se veía frío.

—No, no, no. ¿Pero qué decías?

—Se ha comprado una casa en Malmesbury.

—¡Qué afortunada de haber encontrado una!

Al contrario, estoy bastante segura de que, quienquiera que sea, está condenada, pues es todo una cuestión de apartamentos, y sombreros y gaviotas. O así parece ser para el centenar de personas aquí sentadas, bien vestidas, entre paredes forradas, repletas. No es que pueda yo vanagloriarme de algo: yo también estoy sentada tranquilamente en una silla de ribetes dorados, limitándome a remover la tierra para recuperar un recuerdo enterrado, como todos lo hacemos. Pues existen indicios, si no me equivoco, de que todos recordamos, andamos buscando algo furtivamente. ¿Por qué inquietarse? ¿Por qué fijarse tanto dónde colocar el abrigo, o los guantes, si desabotonarlos o no? Observa ese rostro anciano sobre el lienzo oscuro; hace un momento se veía tan cortés y sonrojado, ahora se ve triste y taciturno, como en las sombras. ¿Fue el segundo violín afinándose en la antesala? Aquí vienen; cuatro negras figuras, cargando los instrumentos. Se sientan frente a los cuadrados blancos bajo el foco de luz; apoyan la punta de los arcos en el atril; los levantan de un movimiento, y con la mirada en el músico de enfrente, el primer violín cuenta uno, dos, tres…

¡Florecer, primavera, explosión! El peral en la cima de la montaña. La fuente mana; las gotas caen. Pero las aguas del Ródano corren rápidas y profundas, pasan bajo los puentes, y barren las hojas que flotan, cubriendo bajo la sombra al pez plateado; el pez manchado se apura entre las aguas; ha sido arrastrado a un remolino donde —esto es difícil— miles de peces saltan, salpican y rozan sus finas aletas; y tan fuerte es la corriente que las piedritas amarillas se revuelven y revuelven y revuelven. Ahora se liberan, caen con fuerza, o ascienden en el aire en exquisitos espirales, enroscadas como las finas virutas que hay debajo de un plátano; arriba y arriba… ¡Cuánta bondad hay en aquellos que, a paso tranquilo, van por el mundo con una sonrisa en el rostro! También en las alegres pescaderas, sentadas bajo los puentes, oh, mira las ancianas, ¡cómo se ríen y se estremecen y juguetean, al andar de lado a lado, jo, ja!

—Es un joven Mozart, desde luego.

—Pero la melodía, como todas sus melodías, es desesperante… Quiero decir… esperanzador. ¿Qué quiero decir? ¡Es la peor de las músicas! Yo quiero bailar, reír, comer tartas rosadas, amarillas, beber vino suave, fuerte. O escuchar alguna historia obscena, ahora me gustan mucho. Cuánto más grande se pone uno más le gusta lo obsceno. ¡Ja, ja! Me estoy riendo. ¿De qué? No has abierto la boca, tampoco el caballero de enfrente… Pero supongamos… Supongamos… ¡Shhh!

La melancolía del río nos arrastra. Cuando la luna aparece a través de las ramas del sauce veo tu rostro, escucho tu voz y al pájaro cantar mientras pasamos la hamaca de mimbre. ¿Qué suspiras? Tristeza, tristeza. Alegría, alegría; entrelazados, como los juncos bajo la luna. Entrelazados, inextricablemente enredados, unidos en el dolor y amarrados en la tristeza… ¡crash!

El bote se hunde. Elevándose, las figuras ascienden, finas como una hoja, hasta transformarse en un oscuro espectro que con sus garras arranca esta doble pasión de mi corazón. Canta para mí, destapa mi tristeza, descongela mi compasión, inunda con amor un mundo en las sombras, y luego, no disminuye su ternura, sino que hábilmente, sutilmente, se va entretejiendo hasta que al llegar a esta forma, a esta consumación, los que están separados se unen, se elevan, sollozan, se funden en el descanso, la tristeza y la alegría.

¿Por qué lamentarse entonces? ¿Qué pedir? ¿Sigues insatisfecha? Dije que todo ha vuelto a su lugar; sí, reposando bajo una túnica de pétalos de rosas que caen, que caen. Oh, pero han cesado. Un pétalo cayendo de una gran altura, como un pequeño paracaídas arrojado desde un globo invisible, se revuelve, se sacude, revolotea. No nos alcanzará.

—No, no he notado nada. Es la peor clase de música… Tontos pensamientos. ¿Dices que el segundo violín entró tarde?

—Allí está la señora Munro, caminando a tientas; cada año que pasa está más ciega; y este suelo resbaladizo, pobre mujer.

Ciega ancianidad, esfinge de cabello gris… Allí está, en la acera, haciendo señas al autobús rojo.

—¡Qué belleza! ¡Qué bien tocan! ¡Qué, qué, qué!

La lengua no es más que un badajo. La simpleza misma. Las plumas en ese

sombrero a mi lado son tan bellas y resplandecientes como el sonajero de un niño. Por la abertura de la cortina se ven los destellos verdes de las hojas del plátano. Muy extraño, muy emocionante.

—¡Qué, qué, qué! ¡Shhh!

Los amantes recostados en el césped.

—Señora, si toma mi mano…

—Señor, le confiaría mi corazón. Más aún, hemos dejado nuestros cuerpos en la sala del banquete. Aquellos en el césped son las sombras de nuestras almas.

—Entonces estos son los abrazos de nuestras almas.

Los limones asintieron. El cisne nada desde la orilla y flota, soñando, hasta el medio de la corriente.

—Pero, regresando… Me siguió por el pasillo y, al doblar la esquina, me pisó el encaje de la enagua. ¿Qué podía hacer yo sino exclamar «¡ah!» y señalar con el dedo? Ante lo cual desenfundó su espada, hizo unos movimientos como si estuviera atravesando a alguien hasta matarlo, y gritó: «¡Loco, loco, loco!». Entonces yo también grité. Y el Príncipe, que escribía en el gran cuaderno de vitela en la ventana del mirador, salió con su capa de terciopelo y sus pantuflas forradas, tomó un estoque de la pared —un regalo del Rey de España, ya sabes— con el que pude escapar, cubriéndome con su capa los harapos en los que había terminado mi pollera, para esconder… ¡Pero escucha! ¡Las trompetas!

El caballero responde con tanta rapidez a la señorita, y ella sube las escaleras con tal ingenioso intercambio de cumplidos que culmina en un suspiro de pasión, que las palabras resultan incomprensibles aunque el sentido es claro. Amor, risa, vuelo, persecución, felicidad celestial —todas flotando en el más alegre murmullo de palabras cariñosas—, hasta que el sonido de las trompetas de plata, muy lejano al principio, poco a poco se fue volviendo más nítido, como si estuvieran saludando al amanecer o proclamando amenazadoramente la fuga de los amantes… El jardín verde, el estanque a la luz de la luna, el limonero, los amantes y los peces, todos reunidos por las trompetas y acompañados por los clarines; se elevan arcos blancos firmemente asentados en pilares de mármol… la marcha y las trompetas. Sonido metálico. Estruendo. Firme asentamiento. Fuertes cimientos. Una multitud desfilando. La confusión y el caos azotan la tierra. Pero esta ciudad a la que nos dirigimos no posee ni piedra ni mármol; cuelga; se erige.

Ningún rostro saluda; ninguna bandera da la bienvenida. Deja entonces morir tu esperanza; abandona en el desierto mi alegría; caminemos desnudos. Desnudos los pilares; nada indican; no proyectan sombra; resplandecientes; severos. Allí me detengo, ya sin impulso, deseando simplemente irme, hallar la calle, guiarme por los edificios, saludar a la vendedora de manzanas, decirle a la criada que abre la puerta: una noche estrellada.

—Buenas noches, buenas noches. ¿Va para este lado?

—Oh no, para el otro.

La sociedad

Así comenzó todo. Éramos un grupo de seis o siete reunidas después del té. Algunas miraban hacia la sombrerera de enfrente, donde las plumas rojas y las pantuflas doradas seguían iluminadas en la vidriera; otras dejaban pasar el tiempo construyendo pequeñas torres de azúcar en el borde de la bandeja del té. Pasado un momento, según lo recuerdo, nos ubicamos alrededor del fuego y comenzamos, como de costumbre, a elogiar a los hombres. Qué fuertes, qué nobles, qué inteligentes, qué valientes, qué bellos eran; y cómo envidiábamos a aquellas que, por las buenas o por las malas, lograban unirse a uno de por vida. Hasta que Poll, que había permanecido en silencio hasta el momento, rompió a llorar. Poll, debo admitirlo, siempre ha sido algo extraña. Para empezar, su padre era un hombre extraño. Le dejó una fortuna en su testamento, pero con la condición de que leyera todos los libros de la biblioteca de Londres. Intentábamos consolarla lo mejor que podíamos, pero en el fondo sabíamos que era inútil. Pues, aunque la queremos, sabemos que Poll no posee demasiados encantos; lleva los cordones desatados, y seguramente pensaba, mientras nosotras elogiábamos a los hombres, que ninguno querría nunca casarse con ella. Finalmente dejó de llorar. Por un momento no le dimos demasiada importancia a lo que decía; ya bastante extraño nos resultaba de por sí. Nos dijo que, como ya sabíamos, pasaba la mayor parte del día leyendo en la biblioteca. Había comenzado con literatura inglesa en el piso de arriba, dijo, y planeaba seguir el recorrido hasta el Times, en la planta baja. Y ahora, a mitad de camino, o quizás a tan sólo un cuarto de finalizar, algo terrible había sucedido. Ya no podía leer. Los libros no eran lo que nosotras creíamos.

—¡La mayoría de los libros son increíblemente malos! —dijo poniéndose de pie, con tanto desconsuelo en la voz que nunca lo olvidaré.

Desde luego dijimos que Shakespeare había escrito libros, y Milton, y Shelley.

—Oh sí —nos interrumpió—. Todas ustedes han sido muy bien educadas, lo entiendo. Pero no son socias de la biblioteca de Londres.

Aquí su sollozo se convirtió en llanto nuevamente. Al fin, recobrando la

calma, abrió uno de los libros de la pila que siempre llevaba consigo. «Desde una ventana» o «En un jardín», o títulos por el estilo, escritos por algún tal Benton o Henson. Leyó las primeras páginas. Escuchamos en silencio.

—Pero eso no es un libro —dijo alguien.

Tomó otro. Era un libro de historia pero no recuerdo el autor. Nuestra ansiedad crecía a medida que avanzaba en la lectura. Ni una palabra resultaba creíble, y el estilo de escritura era deplorable.

—¡Poesía, poesía, poesía! —exclamamos con impaciencia—. ¡Léenos poesía!

No encuentro las palabras para describir nuestra desolación cuando abrió un pequeño volumen y comenzó a articular los ampulosos versos, plagados de un estúpido sentimentalismo.

—Seguramente lo escribió una mujer —se apuró a decir una del grupo.

Pero no. Poll nos dijo que lo había escrito un joven poeta, uno de los más reconocidos del momento. Imaginen nuestra sorpresa ante semejante revelación. Aunque le imploramos que dejara de leer, Poll siguió con extractos de «Las vidas de los Cancilleres». Cuando se detuvo, Jane, la mayor del grupo y la más lista de todas, se puso de pie y dijo que, en lo personal, no estaba convencida.

—¿Por qué, si los hombres escriben basura semejante, nuestras madres desperdiciaron su juventud para traerlos al mundo? —preguntó.

Ninguna hablaba; y en el silencio se escuchaba a la pobre Poll sollozando:

—¿Por qué mi padre me enseñó a leer?

Clorinda fue la primera en recobrar la compostura.

—Es nuestra culpa —dijo—. Todas sabemos leer; pero ninguna, excepto Poll, se ha tomado el trabajo de hacerlo. Yo, por ejemplo, he dado por sentado que el deber de una mujer durante su juventud es criar niños. Admiraba a mi madre por haber criado diez; y más a mi abuela por criar quince. Mi ambición, lo confieso, era criar veinte. Hemos pasado todos estos años creyendo que los hombres se esfuerzan tanto como nosotras y que su trabajo tiene tanto mérito como el nuestro. Mientras nosotras criamos a los niños, ellos, suponíamos, escriben libros y pintan cuadros. Hemos poblado el mundo. Ellos lo han civilizado. Pero ahora que

sabemos leer, ¿qué nos impide juzgar los resultados? Antes de traer otro niño al mundo deberíamos prometer que saldremos primero a ver cómo es.

Así, nos embarcamos en una sociedad dedicada a la formulación de preguntas. Una visitaría a un excombatiente; otra se escondería en el estudio de un erudito; otra participaría de una reunión de negocios; y todas leeríamos, iríamos a muestras de pintura, a conciertos, andaríamos por la calle con los ojos bien abiertos, y haríamos preguntas constantemente. Éramos muy jóvenes. Se darán una idea de nuestra ingenuidad cuando diga que, antes de despedirnos esa noche, acordamos que los objetivos en la vida eran producir buenas personas y buenos libros. Nuestras preguntas tendrían como fin averiguar en qué medida los hombres habían logrado llevar a cabo esos objetivos. Prometimos solemnemente no tener niños hasta estar satisfechas.

Salimos entonces, algunas hacia el British Museum; otras hacia King's Navy; otras a Oxford; otras a Cambridge. Visitamos la Royal Academy y la Tate Gallery; escuchamos música moderna en salas de concierto; fuimos a los tribunales y vimos las nuevas obras de teatro. Ninguna salía a cenar sin antes hacer determinadas preguntas a su compañero y tomar nota cuidadosamente de las respuestas. De vez en cuando nos reuníamos y comparábamos nuestras observaciones. ¡Oh, qué divertidas eran esas reuniones! Nunca he reído tanto como cuando Rose leyó sus notas acerca de «El honor», y contó sobre la vez en que se disfrazó de príncipe etíope y se subió a uno de los barcos de Su Majestad. Al descubrir el engaño, el capitán fue a buscarla (ahora disfrazada de caballero) y exigió que el honor fuera salvado. «¿Pero cómo?», preguntó ella. «¿Cómo?», exclamó él, «¡Con la vara desde luego!». Viéndolo lleno de rabia y creyendo que había llegado su hora, se volvió y, para su sorpresa, recibió seis golpecitos en la cola. «¡El honor de la Armada Británica ha sido salvado!», exclamó el capitán. Ella se incorporó y lo miró; vio cómo le caía el sudor de la frente y le temblaba la mano derecha. «¡Aléjese de mí!», exclamó adoptando la pose del capitán y la furia de su expresión, «¡mi honor aún está por salvarse!». «¡Habla como un caballero!», dijo él y se detuvo a pensar. «Si seis golpes vengan el honor de la Armada Real», musitó, «¿cuántos vengan el de un caballero común?». Dijo que prefería dejar el caso en manos de sus hermanos oficiales. Ella contestó con arrogancia que no podía esperar. Él elogió su orgullo. «Veamos», dijo de repente, «¿su padre tenía coche propio?». «No», contestó ella. «¿Y caballo?». «Teníamos un burro que usábamos para arrastrar la máquina de cortar». Ante esto el rostro de él se iluminó. «Mi madre se llamaba…», agregó ella. «¡Por el amor de Dios, hombre, no mencione el nombre de su madre!», chilló él, temblando como un álamo y enrojeciéndose por completo. Pasaron al menos diez minutos hasta que logró hacerlo continuar. Finalmente, el capitán decidió que si

ella le daba cuatro golpes y medio en el punto que él le indicara (el medio concedido, dijo, en reconocimiento de que el tío de la bisabuela de ella había muerto en Trafalgar), en su opinión, el honor de ambos estaría salvado. Hecho esto, fueron a un restaurante; tomaron dos botellas de vino que él insistió en pagar y se marcharon prometiéndose amistad eterna.

Después fue el turno de Fanny, que nos contó sobre los Tribunales. En su primera visita llegó a la conclusión de que, o bien los jueces estaban hechos de madera, o bien eran animales parecidos a hombres que habían sido entrenados para moverse con extrema dignidad, mascullar y asentir con la cabeza. Para probar su teoría, había dejado caer un pañuelo lleno de moscas en el momento crítico de un juicio, pero le fue imposible determinar si las criaturas dieron señales de humanidad, pues el zumbido de los bichos le indujo un sueño tan profundo que sólo se despertó a tiempo para ver cómo se llevaban a los presos a sus celdas. Pero por las pruebas recolectadas, decidimos por votación que no hay razón para suponer que los Jueces son hombres.

Helen fue a la Royal Academy, pero cuando le pedimos que nos hablara de las pinturas comenzó a recitar de un volumen color celeste:

—«¡Oh, el roce de una mano invisible y el sonido de una voz muda! El hogar es la caza, el hogar es una colina. Sacudió las riendas. El amor es dulce, el amor es breve. ¡La primavera, la buena primavera, es el rey agradable del año! ¡Oh, estar en Inglaterra ahora que es abril! Los hombres deben trabajar y las mujeres lamentarse. El camino del deber es el camino a la Gloria».

No pudimos seguir escuchando tantas tonterías.

—¡Basta de poesía! —exclamamos.

—¡Hijas de Inglaterra! —comenzó. Pero en este momento nos abalanzamos sobre ella y en la riña el agua de un florero se le derramó encima.

—¡Gracias al cielo! —exclamó, sacudiéndose como un perro—. Ahora rodaré por la alfombra a ver si puedo quitar lo que queda de la bandera del Reino Unido. Tal vez entonces…

Y comenzó a rodar con energía. Al incorporarse, comenzó a explicarnos cómo eran las pinturas modernas cuando Castalia la interrumpió.

—¿Cuál es el tamaño promedio de un cuadro?

—Sesenta centímetros por un metro, tal vez.

Castalia tomaba notas mientras Helen hablaba, y las dos evitaban cruzar las miradas. Cuando Helen terminó su relato, Castalia se puso de pie y dijo:

—Tal como me lo solicitaron, pasé toda la semana en Oxbridge, haciéndome pasar por mujer de la limpieza. De esa manera pude acceder a las habitaciones de varios eruditos y ahora intentaré darles una idea al respecto. Sólo que… No se me ocurre cómo. Es todo tan extraño. Estos eruditos viven en casas inmensas, rodeadas de extensos jardines; cada uno en una especie de parcela privada. Tienen todas las comodidades. Sólo deben presionar un botón o encender una pequeña lámpara. Sus papeles están prolijamente archivados. Tienen cientos de libros. No hay niños ni animales allí, sólo seis gatos callejeros y un viejo camachuelo, un gallo.

Se detuvo.

—Recuerdo a una tía que vivía en Dulwich y cultivaba cactus. Llegabas al jardín de invierno por la sala de estar, y allí, sobre los tubos calientes, había cientos. Feos, apelotonados, llenos de espinas, cada uno en su maceta. El aloe florece cada cien años, así decía mi tía. Pero murió antes de que eso pasara.

Le dijimos que fuera al punto.

—Bueno —resumió—, cuando el Profesor Hobkin salía, me ponía a hurgar en el trabajo al que le dedicaba su vida, una edición de Safo. Es un libro de aspecto extraño, de aproximadamente quince centímetros de espesor, no todo de Safo, oh no. Se trata, en su mayor parte, de una defensa a la castidad de Safo que algún alemán había negado; y les aseguro que la pasión con la que estos dos caballeros discutían, la sabiduría que desplegaban, la prodigiosa ingenuidad con la que deliberaban acerca del uso de un instrumento que para mí se veía ni más ni menos que como una horquilla, me dejó atónita. En especial cuando la puerta se abrió y el mismísimo Profesor Hobkin entró. Un anciano afable y agradable, ¿pero qué puede saber él sobre castidad?

No la entendimos.

—No, no —protestó—, él es el honor en persona, estoy segura. No se parece al capitán de Rose en absoluto. Estaba pensando más bien en los cactus de mi tía. ¿Qué pueden saber sobre castidad?

Otra vez le pedimos que no se desviara del punto. ¿Los eruditos de Oxbridge ayudaban a producir mejores personas y mejores libros, los objetivos en la vida?

—¡Exacto! —exclamó—. Nunca se me ocurrió preguntar. Nunca se me ocurrió que pudieran producir algo siquiera.

—Creo —dijo Sue—, que has cometido un error. Probablemente el Profesor Hobkin sea ginecólogo. Un erudito es una clase de hombre muy diferente. Un erudito desborda humor e inventiva. Quizás sea adicto al vino, pero ¿qué hay con eso? Siempre será una compañía agradable; generoso, delicado, con gran imaginación, lógicamente, pues pasa su vida junto a los seres humanos más extraordinarios.

—Veo —dijo Castalia—. Quizás deba volver e intentarlo otra vez.

Tres meses después estaba sola en casa cuando entró Castalia. Había algo en su mirada que me conmovió; y sin poder contenerme crucé corriendo la habitación y la abracé. No sólo se veía bellísima, también parecía de muy buen ánimo.

—¡Qué feliz se te ve! —exclamé mientras se sentaba.

—He estado en Oxbridge —dijo.

—¿Haciendo preguntas?

—Respondiéndolas.

—¿No has roto nuestra promesa, verdad? —pregunté con ansiedad, notando algo diferente en su figura.

—Oh, la promesa —dijo al pasar—. Tendré un niño, si es a lo que te refieres. No puedes imaginar cuán emocionante, cuán hermoso, cuán gratificante es…

—¿Qué cosa?

—Pues… Responder preguntas —dijo algo confundida. Después me contó todo. Pero en medio de su relato (que me estaba causando mayor interés y entusiasmo que cualquier otra cosa que haya oído jamás) lanzó un grito de lo más extraño, como un chillido con mezcla de clamor.

—¡La castidad! ¡La castidad! ¿Dónde está mi castidad? —gritó—. ¡Ayúdame! ¡El perfume!

No había nada en la habitación más que un pote de mostaza que estuve a punto de alcanzarle cuando recuperó la compostura.

—Deberías haber pensado en ello tres meses antes —dije con severidad.

—Es cierto —dijo—. No tiene sentido pensar en ello ahora. Qué ironía, por cierto, que mi madre me haya llamado Castalia.

—Oh, Castalia, tu madre… —había comenzado a decir cuando tomó el pote de mostaza.

—No, no, no —dijo sacudiendo la cabeza—. Si tú misma fueras una mujer pura, habrías pegado un alarido al verme; en su lugar, corriste a abrazarme. No, Cassandra. Ninguna de las dos somos castas.

Seguimos hablando.

Mientras tanto, la habitación se fue llenando, pues era el día que habíamos acordado discutir los resultados de nuestras observaciones. Todas, pensé, sintieron lo mismo que yo al ver a Castalia. La besaron y dijeron cuán contentas estaban de verla. Finalmente, cuando ya estábamos todas, Jane se puso de pie y dijo que era hora de comenzar. Dijo que ya habíamos hecho preguntas durante más de cinco años, y que aunque los resultados no serían concluyentes… En este momento Castalia me codeó y dijo en voz baja que no estaba tan segura de ello. Se levantó e, interrumpiendo a Jane en el medio de una frase, dijo:

—Antes de seguir, me gustaría saber, ¿puedo permanecer en la habitación? Porque debo confesar que soy una mujer impura.

Todas la miraron sorprendidas.

—¿Tendrás un niño? —preguntó Jane.

Castalia asintió.

Era fascinante ver las distintas expresiones en sus rostros. Una especie de murmullo recorrió la habitación, del que pude deducir las palabras «impura», «niño», «Castalia», entre otras. Jane, que estaba particularmente conmovida, lo

dejó a nuestro criterio:

—¿Debe irse? ¿Es una mujer impura?

Tal fue el alboroto que se armó en la habitación que pudo haberse oído desde la calle.

—¡No, no, no! ¡Déjenla quedarse! ¿Impura? ¡Tonterías!

Aunque me pareció que algunas de las más jóvenes, las de diecinueve o veinte, se contuvieron de hablar, como abrumadas por la timidez. Después, todas la rodeamos y comenzamos a hacerle preguntas. Al final, una de las más jóvenes, que había permanecido en silencio, se acercó a Castalia con timidez y dijo:

—¿Qué es la castidad entonces? Quiero decir, ¿es buena, mala, o no significa nada en absoluto? Castalia respondió en voz tan baja que no pude oír lo que dijo.

—Me has dejado sin habla por al menos diez minutos —dijo otra.

—En mi opinión —dijo Poll, que se había vuelto hosca de tanto leer—, la castidad no es más que ignorancia, un estado mental totalmente vergonzoso. Sólo deberíamos admitir la no-castidad en nuestra sociedad. Voto por que Castalia sea nuestra Presidenta.

Esto dio lugar a una violenta disputa.

—Es injusto tildar a las mujeres tanto de puras como de impuras —dijo Poll—. Algunas ni siquiera tenemos la oportunidad después de todo. Además, no creo que Cassy sostenga que actuó como lo hizo por amor al conocimiento.

—Tiene sólo veintiuno y es increíblemente bello —dijo Cassy con un gesto encantador.

—Voto —dijo Helen—, por que a nadie le esté permitido hablar de castidad o no castidad, salvo las que estén enamoradas.

—Oh, por favor —dijo Judith, que había estado indagando en asuntos científicos—, yo no estoy enamorada y estoy esperando el momento de poder explicar mis medidas para prescindir de las prostitutas y fertilizar vírgenes por ley.

Nos contó de un invento suyo que se instalaría en estaciones de metro y

otros lugares públicos que, con el pago de una pequeña suma, salvaguardaría la salud de la nación, complacería a sus hijos y aliviaría a sus hijas. También se le había ocurrido un método para preservar los gérmenes de los futuros Cancilleres en tubos sellados.

—O de los poetas, o pintores, o músicos —siguió—, suponiendo, que estas clases no se hayan extinguido y las mujeres aún deseen tener niños.

—¡Desde luego queremos tener niños! —exclamó Castalia con impaciencia.

Jane golpeó la mesa.

—Para discutir eso mismo es que estamos reunidas —dijo—. Durante cinco años hemos intentado averiguar si se justifica que sigamos continuando la raza humana. Castalia ha sido la primera en decidirse. Ahora nosotras debemos tomar una decisión.

En este momento otra del grupo se puso de pie y dio su reporte. Las maravillas de la civilización excedían por mucho nuestras expectativas; y al escuchar por primera vez cómo el hombre vuela por los aires, habla a través del espacio, penetra en lo profundo de un átomo y alcanza el conjunto del universo con sus especulaciones, no pudimos contener los suspiros de admiración.

—¡Estamos orgullosas —exclamé— de que nuestras madres hayan sacrificado su juventud por esta causa!

Castalia, que había estado escuchando con atención, se veía más orgullosa que el resto. Jane nos recordó que aún teníamos mucho por aprender, pero Castalia nos rogó que nos diéramos prisa. Entonces nos adentramos en una maraña de estadísticas. Aprendimos que la población de Inglaterra es de tantos millones y que una gran proporción pasa hambre y está en prisión; que la cantidad de integrantes promedio de una familia trabajadora es grande y que un gran porcentaje de mujeres muere al dar a luz. Leímos reportes de visitas a fábricas, comercios, conventillos y astilleros. Se describió el funcionamiento de la bolsa, de una enorme casa de negocios de la ciudad y de una oficina gubernamental. Discutimos acerca de las colonias británicas y hablamos sobre nuestra dominación en India, África e Irlanda. Yo estaba sentada junto a Castalia y noté su impaciencia.

—No llegaremos a ninguna conclusión a este paso —dijo—. Si, al parecer, la civilización es tanto más compleja de lo que pensábamos, ¿no sería mejor atenernos a nuestra pregunta original? Habíamos acordado que el objetivo en la vida es

producir buenas personas y buenos libros. Todo este tiempo hemos estado hablando de aviones, fábricas y dinero. Hablemos ahora de los hombres mismos y lo que hacen, pues ese es el núcleo del asunto.

Entonces, las que habían salido a cenar sacaron los papeles donde tenían escritas las respuestas a sus preguntas, elaboradas éstas con sumo cuidado. Un buen hombre, habíamos acordado, debe ser en todo momento honesto, apasionado y poco materialista. Pero si un hombre contaba o no con esas cualidades sólo era posible de averiguar con preguntas, en ocasiones comenzando con alguna muy alejada del punto. ¿Kensington es un lindo lugar para vivir? ¿A qué escuela va su hijo? ¿Y su hija? Ahora dígame. ¿Cuánto paga por sus cigarrillos? Por cierto, ¿el *Sir* Joseph es barón o sólo caballero? A veces parecía que aprendíamos más de este tipo de preguntas que de las más directas. «Acepté mi título porque mi esposa me lo pidió», dijo Lord Bukum. He perdido la cuenta de todos los que han aceptado sus títulos por la misma razón. «Trabajando quince de las veinticuatro horas del día, tal como yo», miles de profesionales comenzaron así. «No, no, desde luego usted no sabe leer ni escribir. ¿Pero por qué trabaja tanto?». «Querida señora, con una familia en crecimiento». «¿Pero por qué crece su familia?». Sus esposas deseaban lo mismo, o quizás era el Imperio británico. Pero más importante que las respuestas era la negativa a responder las preguntas. Muy pocos respondían todas las preguntas acerca de moral y religión, y las respuestas en esos casos no eran serias. En prácticamente todos los casos evitaban responder acerca del valor del dinero y el poder; y forzarlos a responder podía resultar peligroso para ellas.

—Estoy segura —dijo Jill—, de que si el Señor Harley Tightboots no hubiera estado cortando la carne cuando le pregunté sobre el sistema capitalista, me habría degollado. La única razón por la cual seguimos con vida es que los hombres están hambrientos y son demasiado corteses al mismo tiempo. Nos menosprecian demasiado como para preocuparse por lo que decimos.

—Desde luego nos menosprecian —dijo Eleanor—. Pero al mismo tiempo, ¿cómo explicas esto? He estado indagando entre los artistas. Ahora, no hay mujeres artistas, ¿es cierto eso Poll?

—Jane, Austen, Charlotte Bronte, George Elliot —chilló Poll, como un vendedor de bollos en un callejón.

—¡Malditas mujeres! —exclamó alguien—, ¡qué aburrido es ser mujer!

—Desde Safo no ha habido una artista digna de mención —comenzó a leer

Eleanor de un semanario.

—A esta altura es sabido es que Safo fue un invento en cierto modo lascivo del Profesor Hobkin —interrumpió Ruth.

—Como sea, no hay razón para suponer que haya habido mujeres capaces de escribir o vaya a haber alguna vez —siguió Eleanor—. Y aún así, siempre que estoy entre escritores no paran de hablarme de sus libros. «¡Magistral!», les digo, o «¡el mismo Shakespeare!» (pues una tiene que decir algo) y, les aseguro, me creen.

—Eso no prueba nada —dijo Jane—. Todos lo hacen. Sólo que —suspiró—, no parece sernos de mucha ayuda. Tal vez sea mejor concentrarnos en literatura moderna en lo que sigue. Liz, es tu turno.

Elizabeth se puso de pie y dijo que para llevar a cabo su investigación se había vestido de hombre y se había hecho pasar por crítico.

—He leído libros nuevos bastante a menudo durante estos últimos cinco años —dijo—. Wells es el escritor vivo más importante; le sigue Arnold Bennett; Compton Makenzie; y McKenna y Walpole en el mismo rango tal vez.

Se sentó.

—¡Pero no nos has dicho nada! —protestamos.

—¿O quieres decir que estos caballeros han superado ampliamente a Jane Elliot y que la literatura inglesa está…?, ¿dónde está esa crítica tuya?, oh sí, ¿«segura en sus manos»?

—Segura, bastante segura —dijo balanceándose con impaciencia de pie en pie—. Y estoy segura de que dan incluso más de lo que reciben.

Todas sabíamos eso.

—Pero —presionamos—, ¿escriben buenos libros?

—¿Buenos libros? —dijo mirando el techo—. Recuerden —comenzó a hablar con extrema velocidad—, que la ficción es el espejo de la vida. Y no pueden negar que la educación es de gran importancia, y que sería de lo más engorroso encontrarse solas en Brighton, tarde a la noche, sin saber cuál es mejor hostal donde dormir y, suponiendo que fuera un domingo lluvioso, ¿no sería lindo ir al

cine?

—Pero ¿qué tiene que ver éso? —preguntamos.

—Nada, nada, nada —respondió.

—Dinos la verdad —protestamos.

—¿La verdad? Pero ¿acaso no es maravilloso? —se interrumpió—. El Sr. Chitter ha escrito un artículo semanal durante los últimos treinta años sobre amor o tostadas con mantequilla y ha enviado a sus hijos a Eton.

—¡La verdad! —reclamamos.

—Oh, la verdad —balbuceó—, la verdad no tiene nada que ver con la literatura.

Se sentó y se negó a decir más.

Nos pareció muy poco concluyente.

—Señoritas, debemos intentar resumir los resultados —comenzó a decir Jane cuando el ruido de la calle, que se había estado oyendo desde hacía rato a través de la ventana abierta, tapó su voz.

—¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Se ha declarado la Guerra! Exclamaban los hombres en la calle.

Nos miramos horrorizadas.

—¿Qué guerra? —gritamos—. ¿Qué guerra?

Nos dimos cuenta demasiado tarde de que nunca habíamos pensado en enviar a alguna a la Cámara de los Comunes. Nos habíamos olvidado de ello. Miramos a Poll, que había llegado a la sección de historia en la biblioteca, y le pedimos que nos esclarezca el asunto.

—¿Por qué los hombres van a la Guerra? —preguntamos.

—A veces por una razón, a veces por otra —respondió con calma—. En 1760, por ejemplo —los gritos en la calle taparon lo que decía—. Otra vez en

1797, en 1804 fue la de Australia; entre 1866 y 1870 la franco-prusiana. En 1900, por otro lado…

—¡Pero es 1914! —la interrumpimos.

—Ah, no sé por qué van a la guerra ahora —admitió.

* * * * *

La Guerra había terminado y estaba por firmarse la paz cuando otra vez me encontré sola con Castalia en la sala donde solíamos reunirnos. Empezamos a dar vuelta las páginas de nuestros libros de acta con desgano.

—Es extraño —reflexioné—, pensar en lo que creíamos hace cinco años.

Castalia nos citó, leyendo sobre mi hombro:

—«Acordamos que el objetivo en la vida es producir buenas personas y buenos libros».

No hicimos ningún comentario al respecto.

—«Un buen hombre debe ser en todo momento honesto, apasionado y poco materialista».

—¡Cómo hablan las mujeres! —dije.

—Oh, querida —dijo Castalia apartando el libro—, ¡qué tontas éramos! La culpa de todo fue del padre de Poll. Seguramente lo hizo a propósito; ese ridículo testamento, quiero decir. Forzar a Poll a leer todos los libros de la biblioteca de Londres. Si no hubiéramos aprendido a leer —dijo con amargura—, todavía estaríamos criando niños en la ignorancia y creo que esa era la vida más feliz después de todo. Sé lo que dirás acerca de la guerra —me escrutó—, y lo horroroso de criar niños para verlos morir como les pasó a nuestras madres, y a sus madres, y a las madres de éstas. Y no se quejaban. No sabían leer. He hecho lo mejor que pude —suspiró—, para evitar que mi niña aprendiera a leer, ¿pero con qué propósito? Ayer mismo la encontré a Ann con un periódico; y ya comenzó a preguntarme si era «verdad». Después me preguntará si el señor Lloyd George es un buen hombre; después si Arnold Bennett es un buen novelista; y finalmente si creo en Dios. ¿Es que estoy educando a mi hija para que no crea en nada? —preguntó.

—Desde luego podrías enseñarle a creer que los hombres son y siempre serán más inteligentes que las mujeres —sugerí.

Su rostro se iluminó y comenzó a dar vuelta las páginas de los libros otra vez.

—Sí —dijo—, piensa en sus descubrimientos, sus matemáticas, su ciencia, su filosofía, su educación —y empezó a reír—. Cómo olvidar al viejo Hobkin y la horquilla —dijo y siguió leyendo y riendo.

Pensé que se sentía feliz hasta que de repente apartó el libro y dijo:

—Oh, Cassandra, ¿por qué me atormentas? ¿No sabes que nuestra fe en la inteligencia de los hombres es la mentira más grande?

—¿Qué? —exclamé—. Pregunta a cualquier periodista, erudito, político o empleado público y te dirán que los hombres son mucho más inteligentes que las mujeres.

—Como si no estuviera al tanto de ello —dijo con desdén—. ¿Cómo evitarlo? ¿Acaso no los hemos criado, alimentado y les hemos dado todas las comodidades desde el comienzo de los tiempos, de manera que sean más inteligentes aún cuando no hagan nada? ¡Todo lo hemos hecho nosotras! —exclamó—. Insistimos en ser inteligentes y ahora lo somos. Y es la inteligencia —continuó—, lo que cuenta en el fondo. ¿Qué puede ser más encantador que un niño antes de que empiece a desarrollar la inteligencia? Es tan bello observarlo; no se da aires; entiende el significado del arte y la literatura por instinto; disfruta de la vida y hace que los otros disfruten de la suya. Después se le enseña a desarrollar el intelecto. Se convierte en abogado, en empleado público, en general, en autor o en maestro. Todos los días va a una oficina. Todos los años escribe un libro. Mantiene a su familia gracias al trabajo de su cerebro, ¡pobre diablo! Ni siquiera puede entrar a una habitación sin hacernos sentir incómodas. Es condescendiente con todas las mujeres, y ni a su esposa le dice la verdad. En lugar de deleitar nuestra mirada debemos cubrirnos los ojos si queremos tomarlo entre los brazos. Es cierto, ellos se consuelan a sí mismos con estrellas de todas las formas, cintas de todos los colores y sueldos de todos los tamaños. ¿Pero cuál es nuestro consuelo? ¿Que en diez años pasaremos un fin de semana en Lahore? ¿Que el insecto más insignificante de Japón tiene un nombre dos veces más largo que su cuerpo? ¡Oh Cassandra, por el amor de Dios, encontremos un método para que los hombres puedan criar niños! Es nuestra única esperanza. Pues si no les damos alguna ocupación pura no

tendremos ni buenas personas ni buenos libros; ¡moriremos bajo los frutos de sus actividades desenfrenadas, y ningún ser humano sobrevivirá para saber que alguna vez existió un Shakespeare!

—Es muy tarde —contesté—. No podríamos mantener siquiera a los niños que tenemos.

—Y después quieres que crea en la inteligencia —dijo.

Mientras conversábamos, los hombres lloraban a viva voz en la calle, y escuchamos que la Paz había sido firmada. Las voces se extinguieron. La lluvia caía e interfería con el ruido de los fuegos artificiales.

—La cocinera traerá el Evening News —dijo Castalia—, y Ann lo va a deletrear en la cena. Debo irme.

—No es bueno, no es nada bueno —dije—. Una vez que aprenda a leer habrá sólo una cosa en la que podrás enseñarle a creer, y es en sí misma.

—Bueno, eso sí será un cambio —suspiró Castalia.

Así que recogimos los papeles de nuestra Sociedad y, aunque Ann jugaba entretenida con sus muñecas, en un acto solemne le regalamos parte del lote y le dijimos que la habíamos elegido Presidenta de la Sociedad del futuro. La pobre niña rompió a llorar.

Azul y verde

Verde

Los afilados dedos de cristal cuelgan hacia abajo. La luz se desliza por el cristal formando un charco verde. Durante todo el día los diez dedos de la araña gotean verde sobre el mármol. Las plumas de los periquitos —su cantar agudo—, las hojas de las palmeras —verdes también; verdes agujas brillando al sol. Pero el duro cristal sigue goteando sobre el mármol. Se forman lagunas en la arena del desierto; los camellos las cruzan balanceándose. Las lagunas permanecen en el mármol; crecen juncos alrededor, y maleza; aquí y allá un capullo blanco; la rana salta; por la noche las estrellas aparecen inmaculadas. Cae la tarde y la sombra lleva el verde hacia la chimenea. La agitada superficie del océano; no llegan barcos; las olas sin rumbo oscilan bajo el cielo desnudo. Es de noche; las agujas gotean azul. El verde desaparece.

Azul

El monstruo de nariz puntiaguda se eleva hasta la superficie y hecha por los orificios de la nariz dos columnas de agua que, completamente blancas en el centro, se esparcen en una hilera de gotas azules. Manchas azules surcan la negra lona alquitranada de su pelambre. Absorbiendo el agua por la nariz y la boca se sumerge, lleno de agua, y el azul lo encierra tapando sus ojos como piedras luminosas. Se recuesta en la arena, pesado, obtuso, mudando sus secas escamas azules. Su azul metálico tiñe el hierro oxidado de la arena. Azul es el esqueleto del bote encallado. Una ola rueda bajo las campanas azules. Pero la catedral es diferente, fría, llena de incienso, ligeramente azul con el velo de las vírgenes.

En el huerto

Miranda dormía en el huerto, recostada en una hamaca bajo el manzano. El libro había caído al césped y los dedos todavía parecían señalar una oración: «Ce pays est vraiment un des coins du monde oui le rire des filles elate le mieux…». Como si se hubiera quedado dormida mientras la leía. El ópalo en el dedo se teñía de verde, de rosado, y nuevamente de naranja, como el sol, que se filtraba entre los manzanos y los rebalsaba de luz. Después se levantó una brisa, y el vestido púrpura comenzó a agitarse como un capullo prendido a su tallo; el césped se movía de atrás a adelante; y la mariposa blanca volaba de un lado al otro justo sobre el rostro de Miranda.

Las manzanas colgaban a un metro de su cabeza. De repente, se escuchó un chillido estridente, como platillos de metal resquebrajado chocando violenta y torpemente. Eran tan sólo los niños del colegio repitiendo la tabla de multiplicar al unísono. La maestra los interrumpía, los regañaba, y los niños comenzaban otra vez. El vocerío pasó a un metro de la cabeza de Miranda, atravesó las ramas de los manzanos, alcanzó al hijo del granjero —que juntaba zarzamoras en el seto cuando debía estar en el colegio— y lo hizo pincharse con una espina.

A continuación, un grito solitario, triste, humano, descarnado. El viejo Parsley estaba completamente borracho.

Las hojas más altas del manzano, planas como pececillos contra un manto azul, a casi diez metros del suelo, repiqueteaban en un tono lúgubre y meditabundo. Era el órgano de la iglesia tocando uno de los Himnos Antiguos y Modernos. El sonido salía flotando al aire y una bandada de tordos volando a extrema velocidad lo deshacía. Miranda dormía diez metros más abajo.

Más arriba del manzano y el peral, sesenta metros más arriba del huerto donde Miranda dormía, alguien daba sordos campanazos, pausados, secos, doctrinarios, pues seis pobres mujeres recibían la ceremonia de purificación y el párroco daba gracias al cielo.

Más arriba aún, con un fuerte crujido en la campana dorada de la iglesia, el viento viró de sur a este. Empezó a soplar por encima de todo, del bosque, de la

pradera, de las colinas; miles de metros por encima de Miranda que dormía en el huerto. Sopló y sopló, sin mirar, sin pensar, sin toparse con nada que pudiera hacerle frente, hasta que, volviéndose, comenzó a soplar hacia el sur otra vez. Kilómetros más abajo, ocupando un diámetro no mayor que el de una cabeza de alfiler, Miranda se incorporó y dijo a viva voz: «¡Oh, llegaré tarde al té!».

Miranda dormía en el huerto, o quizás no estaba dormida, pues sus labios se movían apenas, como si dijeran: «Ce pays est vraiment un des coins du monde… oui le rire des filles… eclate… eclate… eclate». Después sonrió y dejó que su cuerpo se hundiera con todo su peso sobre la tierra infinita, la tierra que se eleva, pensaba, para cargarme en su espalda como si fuera una hoja, o una reina (aquí los niños repetían las tablas de multiplicar). O, seguía pensando Miranda, estoy recostada en la cima de un acantilado y las gaviotas chillan sobre mi cabeza. Cuanto más alto vuelan —pensó mientras la maestra regañaba a los niños y golpeaba a Jimmy en los nudillos hasta hacerlo sangrar—, más profundo miran hacia el mar. Hacia el mar, repitió, y sus dedos se relajaron, y sus labios se cerraron tranquilamente, como si estuviera flotando en el mar. Y después, al oírse el grito del borracho, inhaló profundamente, pues creía escuchar el clamor de la vida misma, saliendo de una lengua áspera, en una boca roja, en el viento, en las campanas, en las hojas onduladas de los repollos.

Naturalmente, se estaba casando cuando el órgano interpretó los acordes de los Himnos Antiguos y Modernos; y cuando las campanas sonaron después de que las seis pobres mujeres recibieran la ceremonia de purificación, el sonido seco y espaciado le hizo sentir que la misma tierra se sacudía con el golpe de los vasos del caballo que galopaba hacia ella. («¡Oh, sólo debo esperar!», suspiró). Y le pareció que todo había empezado a moverse, a gritar, a galopar, a volar alrededor de ella, frente a ella, hacia ella, siguiendo un patrón.

Mary corta leña, pensó; Pearman arrea las vacas; los carros cruzan las praderas; el jinete… Y trazó las líneas que los hombres, los carros, los pájaros y el jinete dibujaban sobre el horizonte, hasta que todos parecían empujados por el latir de su propio corazón.

Kilómetros más arriba el viento cambió; la campana dorada en la torre de la iglesia crujió; Miranda se incorporó sobresaltada y dijo «¡Oh, llegaré tarde al té!».

Miranda dormía en el huerto, ¿estaba dormida o no? El vestido púrpura se extendía entre los dos manzanos. Había veinticuatro manzanos en el huerto; algunos algo inclinados, otros crecían rectos; los troncos se abrían en ramas y

formaban redondos frutos rojos o amarillos. Cada manzano tenía suficiente espacio. El cielo encajaba a la perfección con las hojas. Cuando el viento soplaba, la línea de ramas junto a la pared se inclinaba apenas y luego regresaba. Una lavandera volaba en diagonal de un rincón a otro; un tordo se acercaba saltando cuidadosamente a una manzana caída; desde la otra pared un gorrión voló al ras del césped. Estos movimientos contenían el ascenso de los árboles; los muros del huerto lo compactaban todo. Kilómetros más abajo la tierra yacía apiñada, revolviéndose en la superficie por el aire agitado; y al otro lado del huerto una línea púrpura rajaba el azul verdoso. Al cambiar el viento una rama cargada de manzanas salió volando tan alto que tapó a las dos vacas en la pradera («¡Oh, llegaré tarde al té!», gimió Miranda), y las manzanas volvieron a colgar rectas por encima del muro.

La señora Dalloway en Bond Street

La señora Dalloway dijo que ella misma compraría los guantes. Al salir escuchó las campanadas del Big Ben. Eran las once de la mañana y la nueva hora estaba tan pura, como si se la hubieran ofrecido a un grupo de niños en la playa. Había algo solemne en el balanceo de las campanas, en los golpes repetidos; algo incitante en el murmullo del tráfico y el arrastrar de los pies.

Sin duda no todos habían salido a hacer diligencias felices. Hay mucho más para decir sobre nosotros que caminamos por las calles de Westminster. El Big Ben tampoco es mucho más que unas varas de hierro que se habrían consumido por el óxido de no ser por el cuidado de la Oficina de Trabajo de H. M's. Tan sólo para la Señora Dalloway el momento estaba pleno; para la señora Dalloway junio estaba puro. Una niñez feliz —y no sólo para sus hijas Justin Parry había resultado un sujeto agradable (débil, desde luego, en los Tribunales); flores al atardecer; el humo elevándose; el graznido de las grajas cayendo desde lo alto, y cae, y cae por el aire de octubre; nada puede ocupar el lugar de la niñez. Una hoja de menta lo trae de vuelta: o una taza con el borde azul.

Pobres criaturas, suspiró y siguió caminando. ¡Oh, justo en las narices del caballo, pequeño diablillo! Y allí se quedaba, en el cordón de la acera, con el brazo extendido, mientras Jimmy Dawes sonreía de oreja a oreja desde el otro lado.

Una mujer encantadora, desenvuelta, entusiasta, con el cabello demasiado blanco para esas mejillas rosadas; así la veía Scope Purvis, Caballero de la Orden del Baño, mientras se apresuraba a entrar en su despacho. Ella se enderezó apenas, a la espera de que pase la camioneta de Durtnall. El Big Ben dio el décimo, y el onceavo campanazo. Los círculos plomizos se disolvieron en el aire. El orgullo la hacía mantenerse siempre muy erguida; así lo había heredado, así lo había transmitido, así se había acostumbrado, con disciplina y sufrimiento. Y cómo sufría la gente, cómo sufría, pensó, recordando a la señora Foxcroft en la Embajada la noche anterior, con sus joyas, carcomiéndose de envidia porque ese pobre niño había muerto y la vieja Manor House (pasó la camioneta de Durtnall) pasaría a una prima.

—¡Buen día! —dijo Hugh Whitbread junto a la tienda de porcelana, quitándose el sombrero de forma un tanto afectada, puesto que se conocían desde niños—. ¿A dónde va?

—Me gusta caminar por Londres —dijo la señora Dalloway—. ¡De veras, me gusta más que caminar por el campo!

—Nosotros acabamos de llegar —dijo Hugh Whitbread—. Desgraciadamente a ver médicos.

—¿Milly? —dijo la señora Dalloway sintiendo inmediata compasión.

—No se siente bien —dijo Hugh Whitbread—. ¿Qué tal Dick?

—¡Muy bien! —dijo Clarissa.

Desde luego, pensó siguiendo camino, Milly tiene más o menos mi edad, cincuenta, cincuenta y dos. Probablemente sea eso, el tono de Hugh lo había dejado claro, perfectamente claro. Querido Hugh, pensó la señora Dalloway, recordando con asombro, con gratitud, con emoción, lo tímido, como un hermano —preferimos morir a hablar con un hermano—, que había sido siempre Hugh. Cuando regresaba de Oxford, y quizá alguno de ellos (¡maldita sea!) no podía montar. ¿Cómo, entonces, las mujeres podían ocupar asientos en el Parlamento? ¿Cómo podían hacer cosas con los hombres? Porque tenemos ese profundo y extraordinario instinto, algo adentro nuestro, que no podemos controlar, inútil es intentarlo; y los hombres como Hugh respetan eso sin decirlo, que es lo que a nosotras nos gusta, pensó Clarissa, en el querido Hugh.

Pasó bajo el Arco del Almirantazgo y vio al final de la calle, con los árboles delgados, la estatua blanca de la Reina Victoria, con ese aspecto maternal, esa amplitud, esa sencillez, siempre algo ridícula, y aún tan sublime, pensó la señora Dalloway, recordando los jardines de Kensington, y a la señora de las gafas de marco de cuerno, y cómo la niñera le decía que se detuviera de inmediato y que se inclinara ante la Reina. La bandera flameaba sobre el Palacio. El Rey y la Reina habían regresado. Dick la había visto en el almuerzo días atrás —una mujer por demás agradable—. A los pobres les importa tanto, pensó Clarissa, y a los soldados. Un hombre de bronce se erigía heroico sobre un pedestal; llevaba un arma en la mano izquierda… La guerra de Sudáfrica. Les importa, pensó la señora Dalloway caminando en dirección al Palacio de Buckingham. Allí estaba, con sus cuatro esquinas, bajo la plena luz del sol, inflexible, sobrio. Pero era el carácter,

pensó; algo innato de la raza, lo que los indios respetaban. La Reina visitó hospitales, abrió comercios —la Reina de Inglaterra, pensó Clarissa mirando el Palacio. Ya a esta hora un auto cruzaba las puertas; los soldados hacían la venia; las puertas se cerraban. Y Clarissa, siempre muy erguida, cruzó la calle y entró en el Parque.

Junio había cubierto los árboles de hojas. Las madres de Westminster, con sus pechos veteados, alimentaban a sus hijos. Unas muchachas bastante respetables estaban recostadas en el césped. Un hombre de edad se detuvo en seco, levantó del suelo un periódico arrugado, lo abrió y volvió a arrojarlo. ¡Qué horrible! La noche anterior en la Embajada, *Sir* Dighton había dicho «Si necesito que alguien me tenga el caballo no tengo más que levantar la mano». Pero la pregunta moral es mucho más seria que la económica, había dicho; algo que le pareció muy interesante viniendo de un hombre como *Sir* Dighton. «Oh, el país nunca sabrá lo que ha perdido —dijo como para sí, hablando del querido Jack Stewart».

Caminó cuesta arriba con agilidad. El viento soplaba con fuerza. Llegaban mensajes de la Flota al Almirantazgo. Piccadilly y Arlington Street y The Mall parecían rozar el mismo aire del Parque y agitar sus hojas con vehemencia, con intensidad, con esa vitalidad divina que a Clarissa tanto le gustaba. Montar, bailar, le agradaba todo eso. O caminar largo y tendido por el campo, conversando, sobre libros, sobre qué hacer de la vida, pues los jóvenes éramos tan mojigatos; ¡oh, las cosas que decíamos! Pero teníamos convicción. Lo peor es la adultez. Las personas como Jack nunca lo sabrán, pensó Clarissa; pues nunca jamás han pensado en la muerte. Nunca, así dicen, supo que estaba muriendo. Y ahora nunca llorará —¿cómo seguía?— a una cabeza gris… libre de la escoria del mundo… apuraron su copa una o dos rondas antes… ¡del contagio del estúpido mundo![1] Se mantenía erguida.

¡Cómo habría gritado Jack! Citando a Shelley en Piccadilly. «Necesitas una horquilla», habría dicho. Detestaba a las mujeres desaliñadas. «¡Por Dios Clarissa, por Dios!», podía escucharlo en la fiesta en Devonshire House, hablando de la pobre Sylvia Hunt con su collar color ámbar y ese vestido de seda viejo e insulso. Clarissa se irguió, pues estaba hablando en voz alta y ya había llegado a Piccadilly; pasó la casa con las delgadas columnas verdes y los balcones; las ventanas de los clubes llenas de periódicos; la casa de la anciana *Lady* Burdett-Coutts, de donde solía colgar el loro de porcelana blanco; Devonshire House, sin los leopardos dorados; y Claridge's, donde Dick le había encargado que dejara una tarjeta para la señora Jepson antes de que se marchara. Los estadounidenses ricos pueden ser

encantadores. Allí estaba St Jame's Palace; como una construcción de ladrillos para niños. Y ahora —había pasado Bond Street— había llegado a la librería Hatchard. El tráfico era incesante; incesante, incesante. Lords, Ascot, Hurlingham, ¿qué era eso? Qué encantadora muchacha, pensó mirando la tapa de un libro de memorias abierto en la vidriera, *Sir* Joshua tal vez, o Rommey; pícara, inteligente, recatada —como su Elizabeth— la única verdadera clase de mujer. Y ese ridículo libro, Soapy Sponge, que Jim solía citar en el jardín; y los sonetos de Shakespeare. Se los sabía de memoria. Phil y ella habían discutido todo el día sobre «La Dama Oscura», y Dick había dicho esa misma noche en la cena que no lo conocía. ¡De veras se había casado con él por eso! ¡Nunca había leído a Shakespeare! Tiene que haber algún libro barato para comprarle a Milly. ¡Oh sí, «Cranford»! ¿Podía haber algo más encantador que esas vacas con enagua? Si tan sólo las personas tuvieran ahora ese sentido del humor, esa clase de respeto por sí mismas, pensó Clarissa, pues se acordó de las grandes páginas, los finales de las oraciones, los personajes. Cómo uno habla de ellos como si fueran reales. Para los mejores momentos hay que recurrir al pasado, pensó. Del contagio del estúpido mundo… Ya no temas al calor del sol…[2] Y nunca llorará, nunca llorará, repitió, su mirada perdida en la vidriera; pues se le había grabado en la mente, la prueba de la buena poesía; los modernos nunca habían escrito algo que uno quisiera leer sobre la muerte, pensó y dobló en la esquina.

Los autobuses se unían a los autos, los autos a las camionetas, las camionetas a los taxis —aquí había un auto con las puertas abiertas y una jovencita adentro, sola. Despierta hasta las cuatro de la mañana, los pies entumecidos, lo sé, pensó Clarissa, pues la joven se veía demacrada, medio dormida, en un rincón del auto después del baile de la noche anterior. Llegó otro auto, y otro. ¡No, no, no! Clarissa sonrió de buena gana. La señora gorda se había esmerado mucho, pero ¡perlas! ¡Orquídeas! ¡A esta hora de la mañana! ¡No, no, no! El policía, muy eficiente, levantaría la mano llegado el momento. Pasó otro auto. ¡Qué mal se ve! ¿Por qué pintarse los ojos de negro a su edad? Y un muchacho, con una jovencita, a esta hora, cuando el país… El buen policía levantó la mano y Clarissa, reconociendo el movimiento, tomándose su tiempo, cruzó hacia Bond Street. Vio la calle, torcida y angosta, los carteles amarillos; los gruesos cables del telégrafo extendiéndose en lo alto.

Cien años atrás, su tatarabuelo, Seymour Perry, que tenía una relación con la hija de Conway, había caminado por Bond Street. Los Parrys habían caminado por Bond Street durante cien años, y tal vez se hayan topado con los Dalloways (Leighs por parte de madre). Su padre compraba la ropa en Hill's. Había un rollo de tela en la ventana, y un jarrón sobre una mesa negra, demasiado caro; como el

salmón en el bloque de hielo de la pescadería. Las joyas eras bellísimas —estrellas rosadas y anaranjadas, imitaciones, de España, pensó; cadenas de oro, hebillas en forma de estrella, pequeños prendedores que damas de altos tocados habían usado en sus vestidos de raso. ¡Pero no hace bien mirar! Hay que recortar gastos. Debía pasar la tienda de arte donde cuelga aquel extraño cuadro francés, ese que parece que le arrojaron confetti azul y rosa en broma. Habiendo vivido entre pinturas (y lo mismo sucede con los libros y la música), pensó Clarissa pasando Aeolian Hall, a una no pueden engañarla.

Bond Street estaba atestada. Allí, como una reina en un torneo, altiva, majestuosa, estaba *Lady* Bexborough. Sentada muy erguida en el carruaje observaba detrás de las gafas. El guante blanco le quedaba flojo en la muñeca. Vestía de negro, la ropa algo gastada, pensó Clarissa; pero cómo se nota la educación, el respeto por uno mismo, nunca hablar de más ni dar lugar al chismorreo; una amiga extraordinaria; nadie podía encontrarle un defecto después de todos estos años. Y ahora, allí estaba, pensó, pasando al lado de la Condesa que aguardaba, tranquila, perfectamente maquillada, y Clarissa hubiera dado lo que sea por ser como ella, ser la señora de Clarefield, hablar de política, como un hombre. Pero ella nunca va a ningún lado, pensó; es prácticamente inútil invitarla, y el carruaje se fue y *Lady* Bexborough pasó como una reina en un torneo, aunque no tenía nada por qué vivir, y el esposo estaba mal de salud, y se comentaba que estaba harta de todo, pensó Clarissa, y los ojos se le llenaron de lágrimas al entrar en la tienda.

—Buen día —saludó con su voz agradable—. Necesito guantes —dijo con simpatía y, apoyando la cartera sobre el mostrador, comenzó a desabotonarse el abrigo—. Guantes blancos, por encima del codo.

Miró a la empleada a los ojos. ¿No era ella la joven que recordaba? Se veía avejentada.

—Estos realmente no me quedan —dijo Clarissa.

La empleada los miró.

—¿La señora usa pulseras?

Clarissa mostró las manos.

—Tal vez sean los anillos.

La joven tomó los guantes grises y los llevó al final del mostrador.

Sí, pensó Clarissa, si es la joven que recuerdo, parece veinte años mayor… Había sólo una clienta más, sentada de costado junto al mostrador, el codo suspendido, la mano desnuda le colgaba, vacía, como una figura en un abanico japonés, pensó Clarissa; demasiado vacía quizás, pero algunos hombres la adorarían. La mujer sacudió la cabeza apesadumbrada. Estos también le iban grandes. Giró el espejo.

—Por encima de la muñeca —le reprochó a la mujer de pelo gris, que miró y asintió.

Esperaron; un reloj dio la hora; Bond Street bullía de actividad; apagada; distante; la mujer se alejó con los guantes.

—Por encima de la muñeca —dijo la mujer en tono lastimero elevando la voz.

Y ella todavía tenía que ordenar sillas, comprar hielo, flores y tickets de guardarropa, pensó Clarissa. Las personas que no quería que fueran irían, las que sí, no. Se quedaría junto a la puerta. Vendían medias, medias de seda. A una mujer se la conoce por los guantes y los zapatos, decía el tío William. Y miró a la mujer a través de las medias de seda con destellos plateados: el hombro inclinado, la mano colgando, la cartera deslizándose, la mirada perdida en el suelo. ¡Qué intolerable que a su fiesta fueran mujeres mal vestidas! ¿A alguien le habría agradado Keats si hubiera usado medias rojas? Oh, finalmente la mujer apareció en el mostrador y se le cruzó por la cabeza:

—¿Recuerda que antes de la guerra vendían guantes con botones de perlas?

—¿Guantes franceses, señora?

—Sí, eran franceses —dijo Clarissa.

La otra mujer se puso de pie con pesar, tomó su cartera y miró los guantes sobre el mostrador. Eran demasiado grandes, demasiado grandes en la muñeca.

—Con botones de perlas —dijo la vendedora, que se veía tanto más avejentada.

Dividió las hojas de papel de seda sobre el mostrador. Con botones de

perlas, pensó Clarissa, simples, ¡tan franceses!

—Las manos de la señora son tan delgadas —dijo la vendedora corriendo el guante con firmeza, con suavidad, sobre los anillos. Clarissa miró su brazo en el espejo. El guante llegaba casi hasta el codo. ¿Había otros apenas más largos? De todos modos no quería fastidiarla; tal vez estaba justo en los días del mes, pensó Clarissa, cuando estar de pie resulta una tortura.

—Oh, no se moleste —dijo.

Pero la vendedora le trajo otros.

—¿No termina extremadamente cansada después de tanto tiempo parada? ¿Cuándo se toma vacaciones?

—En septiembre, señora, cuando hay menos trabajo.

Cuando nos vamos al campo, pensó Clarissa. O de caza. Pasa quince días en Brighton. En una pensión algo viciada. La dueña del lugar escatima el azúcar. Qué fácil sería enviarla a lo de la señora Lumley, en el campo (y estaba a punto de decírselo). Pero recordó cuando Dick le demostró en la luna de miel cuán insensato era dar de manera impulsiva. Era mucho más importante, dijo, hacer negocios con China. Desde luego tenía razón. Y pensó que no le caería que se lo ofreciera. Allí estaba en su lugar. Dick también. Vender guantes era su trabajo. Mantenía sus pesares bien separados, «y nunca llorará, nunca llorará», las palabras grabadas en su cabeza. «Del contagio del estúpido mundo», pensó Clarissa con el brazo tieso, pues hay momentos en que parece inútil (la vendedora le quitó el guante dejándole el brazo empolvado) —simplemente uno ya no cree en Dios, pensó Clarissa.

De repente el ruido del tránsito era ensordecedor; las medias de seda brillaban. Entró una clienta.

—Guantes blancos —dijo con un timbre en la voz que a Clarissa le resultó familiar.

Solía ser tan fácil, pensó Clarissa. Desde lo alto, atravesando el aire, caía el graznido de las grajas. Cuando Sylvia murió, cientos de años atrás, los setos de tejo se veían tan bellos con las telarañas como diamantes en la neblina antes de la misa de la mañana. Pero si Dick muriera mañana… En cuanto a creer en Dios (no, dejaría que los hijos eligieran, pero en lo personal, como *Lady* Bexborough, que abrió la tienda de venta benéfica, así dicen, con el telegrama en la mano —Roden,

su preferido, había muerto—, seguiría adelante). ¿Pero por qué, si uno no cree? Por los otros, pensó, con el guante en la mano. La vendedora sería mucho más infeliz si no creyera.

—Treinta chelines —dijo la vendedora—. No, disculpe, son treinta y cinco chelines, señora. Los franceses son más caros.

Porque uno no cree por sí mismo, pensó Clarissa.

La otra clienta tomó un guante y al estirarlo la tela se desgarró.

—¡Oh! —exclamó.

—Una falla en la seda —dijo la mujer de pelo gris enseguida—. A veces puede caerse una gota de ácido en la tintura. Pruebe estos, señora.

—¡Pero es una estafa que los cobren dos libras y diez chelines!

Clarissa miró a la mujer; la mujer miró a Clarissa.

—Los guantes ya no se fabrican con la misma calidad desde la guerra —dijo la vendedora disculpándose con Clarissa.

¿Pero a dónde había visto a esa mujer? Una mujer mayor, con un cuello de volados y un cordón negro sosteniendo las gafas doradas. Elegante, inteligente, como un dibujo de Sargent. Cómo por la voz se puede distinguir a las personas que tienen el hábito de mandar.

—Son un tanto ajustados —dijo.

La vendedora se alejó otra vez. Clarissa aguardó. Ya no temas al calor del sol. Ya no temas, repitió. Tenía pecas marrones en el brazo. La vendedora se arrastraba detrás del mostrador. Tu mundana tarea está concluida. Miles de jóvenes han muerto pero la vida continúa. ¡Al fin! Apenas por encima del codo; botones de perlas; cinco y cuarto. Mi querida y lenta vendedora, ¿crees que puedo quedarme aquí toda la mañana? ¡Ahora te tomarás veinticinco minutos para traerme el vuelto!

Se escuchó una fuerte explosión en la calle. La vendedora se encogió detrás del mostrador. Pero Clarissa, muy compuesta, sonrió a la otra mujer.

—¡Señorita Anstruther! —exclamó.

Un colegio de mujeres visto desde afuera

La luna blanca como una pluma no dejaba que el cielo se oscureciera. Toda la noche las flores del castaño se veían blancas en el verde, y oscuro era el perifollo en las praderas. El viento de los jardines de Cambridge no iba ni a Tartaria ni a Arabia, sino que andaba como adormilado por entre las nubes azul grisáceas sobre los techos de Newnham. Allí, en el jardín, si necesitaba algún lugar para deambular, lo habría hallado entre los árboles. Y como su rostro sólo podría hallar rostros de mujeres, podía descubrirlo, inexpresivo, y mirar hacia las habitaciones donde, a esa hora —rostros vacíos, monótonos, sus blancos párpados sobre los ojos cerrados y manos desnudas sobre las sábanas— dormían incontables mujeres. Pero aquí y allá todavía brillaba una luz.

Uno podía imaginarse dos luces encendidas en la habitación de Ángela, viendo cuán iluminada ella misma estaba, y su reflejo resplandeciente en el espejo cuadrado. Toda ella estaba perfectamente delineada; tal vez era su alma. Pues el espejo devolvía una imagen estática, blanca y dorada, pantuflas rojas, pelo claro con hebillas azules, y nunca una arruga o sombra que rompiera la suavidad de Ángela y su reflejo en el espejo, como si le agradara ser Ángela. El momento en sí era agradable, la imagen luminosa colgando en el corazón de la noche, el santuario rompiendo con la negrura nocturna. Era de veras extraño tener esa prueba visible de la exactitud de las cosas; ese lirio perfecto flotando en la laguna del Tiempo, sin miedo, como si esto fuera suficiente, ese reflejo. Tal pensamiento reveló al volverse, y el espejo ya no reflejaba nada excepto el marco de la cama, y ella, corriendo de un lado al otro, pataleando y revoloteando, se convirtió en una mujer en su casa. Y cambió otra vez; los labios apretados sobre un libro negro, marcaba con el dedo lo que, seguramente, no podía ser una verdadera comprensión de la ciencia económica. Sólo Ángela Williams estaba en Newnham para poder ganarse la vida el día de mañana, y no podía olvidar, aún en los momentos de apasionada adoración, los cheques que su padre le enviaba desde Swansea; a su madre en el lavadero: vestidos rosas secándose en la soga, señal de que el lirio ya no flota en la laguna, sino que tiene su nombre escrito en una tarjeta como cualquier otro.

A. Williams, se podía leer a la luz de la luna; y a su lado una tal Mary o Eleanor, Mildred, Sarah, Phoebe, sobre tarjetas cuadradas clavadas en la puerta.

Nombres, nada más que nombres. La fría luz blanca los arruinaba y encogía hasta que parecía que el único propósito de todos ellos era que obedecieran automáticamente a un llamado para apagar un incendio, reprimir una insurrección o sentarse a dar un examen. Tal es el poder de los nombres escritos en una tarjeta y clavados en una puerta. Tal era el parecido, por las baldosas, los pasillos y las puertas de las habitaciones, con una lechería o un convento, un lugar de reclusión y disciplina, donde los tarros de leche se mantienen puros y frescos y la ropa perfectamente limpia.

En ese momento se escuchó una risa suave detrás de la puerta. Un reloj con sonido afectado marcó la hora, la una, las dos. Si es que el reloj estaba dando una orden, ésta no sería acatada. Incendio, insurrección, examen, todos enterrados por la risa, o apenas ocultos bajo la superficie, pues el sonido parecía borbotear desde las profundidades y barrer con delicadeza las horas, las reglas, la disciplina. Las cartas desparramadas sobre la cama. Sally en el suelo. Helena en la silla. Bertha calentándose en la chimenea. A. Williams entró bostezando.

—Porque es completamente inaceptable y condenable —dijo Helena.

—Condenable —repitió Bertha y bostezó.

—No estamos castradas.

—La vi escabullirse por la puerta trasera con ese viejo sombrero. No quieren que sepamos.

—¿Ellos? —dijo Ángela.

—Ella.

Después las risas.

Se repartieron las cartas, con las caras rojas y amarillas sobre la mesa, y las manos se abalanzaron sobre ellas. La buena de Bertha, inclinada, con la cabeza sobre la silla, suspiró largamente. Pues prefería dormir, pero ya que la noche es libre, un pastizal ilimitado, una hoja en blanco, había que abrirse camino en esa oscuridad. Había que llenarla de joyas. Compartían las noches en secreto, y transitaban el día en rebaño. Las persianas estaban abiertas, había niebla afuera. Sentada en el suelo junto a la ventana (mientras las otras jugaban), el cuerpo y la mente, juntos, parecían volar por los aires, escabullirse entre los arbustos. ¡Oh, pero ella quería estirarse en la cama y dormir! Creía que nadie sentía ese deseo de

dormir; sentía, con sacudones repentinos y cabeceando de vez en cuando, que todos estaban completamente despiertos. Cuando reían todas juntas un pájaro gorjeaba en su sueño en el jardín, como si la risa…

Sí, como si la risa (dormitaba ahora) flotara en el aire como la niebla y se adhiriera a las plantas y los arbustos con hilos elásticos, de manera que el jardín se viera vaporoso y nublado. Y después, el viento haría mover los arbustos y el vapor blanco saldría volando por el mundo.

El vapor salía de todas las habitaciones donde dormían las mujeres, se adhería a los arbustos como la niebla y después volaba libremente por los aires. Las ancianas dormían, y por la mañana tomarían de inmediato la varilla de mando. Ahora, tranquilas y descoloridas, descansaban profundamente, rodeadas, sostenidas por los cuerpos jóvenes, recostados o en grupos junto a la ventana, derramando esa risa en el jardín, esa risa irresponsable: la risa de los cuerpos y las mentes que eluden las reglas, las horas, la disciplina. Una risa fértil pero sin forma, caótica, que se escapa y corona los arbustos de rosas con hilos de vapor.

—Oh —suspiró Ángela—, en camisón, de pie junto a la ventana. Por su voz parecía apenada. Asomó la cabeza. La niebla se evaporaba como si su voz la hubiera partido por la mitad. Había estado hablando, mientras las otras jugaban, con Alice Avery, sobre el castillo de Bamborough; el color de las playas por la noche; a lo que Alice dijo que escribiría y pondría una fecha, en agosto; y agachándose la besó, o al menos le rozó la cabeza con la mano, y Ángela, totalmente incapaz de estarse quieta, como poseída por un mar embravecido en el corazón, daba vueltas por la habitación (testigo de esta escena), extendiendo los brazos para apaciguar tanta emoción, tanto asombro ante la increíble inclinación del árbol milagroso con la fruta dorada en la cima. ¿No había caído en sus brazos? Lo dejó brillando, estrechándolo en su pecho; algo no dispuesto para que se lo toque, se piense o se hable de él; sólo se lo podía dejar allí brillando. Y después, Ángela, de apellido Williams, se puso las medias, las pantuflas, dobló la enagua y cayó en la cuenta —¿cómo decirlo?— de que después del revuelo de miles de años oscuros había luz al final del túnel; había vida en el mundo. A sus pies había bondad, había amor. Tal fue su descubrimiento.

Pero entonces, ¿cómo puede uno sorprenderse si, tumbada en la cama, no puede mantener los ojos cerrados? —algo irresistible hacía que los abriera— ¿si en la tenue oscuridad, la silla y la cómoda parecen majestuosas y el espejo tan precioso con ese ligero tinte de amanecer? Con el pulgar en la boca como un niño (cumplió diecinueve en noviembre), yace en este buen mundo, en este nuevo

mundo, este mundo al final del túnel, hasta que el deseo de verlo o anticiparse la impulsó a quitarse la sábana de encima y caminar hasta la ventana; y allí, contemplar el jardín donde estaba la niebla, todas las ventanas abiertas, un azul furioso, un murmullo a la distancia, el mundo desde luego, y la mañana que se acercaba.

—Oh —exclamó como con pesar.

El vestido nuevo

Mabel tuvo la primera sospecha seria de que algo no iba bien al quitarse la capa; y la señora Barnet, al alcanzarle el espejo y tomar los cepillos, llamó su atención —un tanto exageradamente tal vez— sobre la ropa en la mesa y todos los artefactos para arreglar el cabello, cuidar el cutis y la ropa, que yacían sobre el tocador, confirmando así la sospecha, de que algo no iba bien, nada bien; y la sospecha aumentaba mientras subía las escaleras y se arrebataba sobre Clarissa Dalloway; y después de saludarla, corrió hacia el fondo de la habitación, donde en un rincón oscuro colgaba un espejo, y se miró. ¡No! No estaba bien. Y de inmediato, la tristeza que siempre intentaba ocultar, esa profunda insatisfacción —la sensación de inferioridad que siempre, desde niña, había sentido frente a las otras personas— se fue apoderando de ella, implacable, sin piedad, con una intensidad de la que no podía librarse leyendo a Borrow o Scott como lo hacía en su casa al despertarse por las noches; porque estos hombres, estas mujeres, todos pensaban: «¿Qué se ha puesto Mabel? ¡Qué mal se ve! ¡Qué espantoso vestido!», pestañeando de prisa y entrecerrando los ojos. La deprimía su total incompetencia, su cobardía; su sangre fría. Y de inmediato, toda la habitación, donde durante horas había planeado con el modisto cómo sería, se veía sórdida, repulsiva. Y su sala de estar tan fea; y ella misma, que salió de su casa orgullosa, y antes de hacerlo tomó las cartas sobre la mesa del *hall* y dijo: «¡qué aburrido!» para presumir. Todo eso le parecía ahora tan estúpido, tan mediocre. Todo eso se destruyó, voló por los aires en el momento en que entró en la sala de estar de la señora Dalloway.

Lo que había pensado aquella tarde, sentada frente a las tazas de té, al llegar la invitación de la señora Dalloway, fue que, desde luego, no podía vestir a la moda. Era absurdo siquiera intentarlo. Moda era sinónimo de buen corte, de estilo, de treinta guineas de gasto al menos. ¿Pero por qué no ser original? ¿Por qué no ser ella misma después de todo? Se levantó y buscó el viejo figurín de su madre, un figurín del París del Imperio; y pensó cuánto más bonitas, más dignas, más femeninas eran las mujeres en ese tiempo. Entonces decidió —oh, qué idea más absurda— que intentaría parecerse a una de ellas, que presumiría de hecho, de ser modesta y anticuada; y se entregó sin dudarlo a una orgía de narcisismo, que merecía ser castigada, y salió así vestida.

Pero no se animó a mirarse al espejo. No pudo enfrentar todo el horror: el vestido de seda amarillo claro, ridículamente pasado de moda, con la falda larga y esas mangas aparatosas, y esa cintura, y todo aquello que se veía tan bien en el libro pero no en ella, no entre todas esas personas comunes y corrientes. Se sintió el tonto maniquí de un modisto, puesto allí para que los jóvenes le pincharan alfileres.

—¡Pero querida, te ves encantadora! —dijo Rose Shaw mirándola de arriba abajo, frunciendo los labios con ironía tal como ella esperaba. Rose vestía completamente a la moda, al igual que todo el resto, siempre.

Somos como moscas arrastrándose hasta el borde del plato, pensó Mabel y repitió la frase como si estuviera exorcizándose, como si quisiera encontrar una fórmula para detener el dolor, para hacer tolerable la agonía. Cuando sentía dolor, citas de Shakespeare o pasajes de libros que había leído hacía años se le venían a la mente de repente, y las repetía una y otra vez. «Moscas arrastrándose», repitió. Si pudiera decirlo tantas veces como para llegar a ver efectivamente las moscas, se quedaría adormecida, quieta, muda. Ahora podía verlas salir lentamente de una jarra de leche, con las alas pegadas; y se esforzó más y más (de pie frente al espejo, escuchando a Rose Shaw) para ver a Rose Shaw y al resto de los invitados como moscas, intentando salir de algún lugar o meterse en otro, insignificantes, torpes moscas trabajando penosamente. Pero no podía verlos así, no a los otros. Podía verse a sí misma así; ella era una mosca, pero ellos eran libélulas, mariposas, insectos bellos, danzando, revoloteando, sobrevolando, mientras que sólo ella se arrastraba hasta el borde de la jarra. (La envidia y el resentimiento, los sentimientos más detestables, eran sus principales defectos).

—Me siento una horrible y deprimente mosca, vieja y sin gracia —dijo, haciendo que Robert Haydon se detuviera justo para oírla decirlo, justo para reafirmarse articulando una frase de lo más pobre y así demostrar cuánto desencajaba, y qué bueno era que no se sintiera en absoluto fuera de lugar. Y desde luego, Robert Haydon respondió algo bastante correcto, bastante falso, que ella interpretó al instante, y se dijo a sí misma (otra frase sacada de un libro): «¡Mentiras, mentiras, mentiras!».

Pues una fiesta puede hacer todo mucho más real, o todo mucho menos real, pensó. De repente vio en lo profundo el corazón de Robert Haydon, lo vio todo. Vio la verdad. Esto era verdad, esta sala, este ser y no el otro. El pequeño taller de la señorita Milan era realmente caluroso, viciado, sórdido. Olía a ropa y a repollo cocinándose; y aún, cuando la señorita Milan puso el espejo en su mano y

ella se miró con el vestido terminado, una dicha extraordinaria le atravesó el pecho. Bañada en luz, sintió que volvía a nacer. Libre de cuidados y arrugas, lo que había soñado de sí misma estaba allí: una mujer bella. Por un segundo (no se atrevió a mirar más tiempo, la señorita Milan quería saber el largo de la falda) la miró, dentro del marco de caoba, con ese estrafalario atuendo, una joven encantadora, de tez blanca y sonrisa misteriosa; su esencia, su alma. Y no era simple vanidad o narcisismo lo que la hacía pensar que era un alma buena, cariñosa y sincera. La señorita Milan dijo que la falda no podía ser más larga. En todo caso, dijo frunciendo el ceño, muy concentrada en su trabajo, debía ser más corta. Y de repente se sintió, honestamente, llena de amor por ella; sintió que la quería más que a nadie en el mundo, y podría haber llorado de tristeza al verla en el suelo, con la boca llena de alfileres, el rostro rojo y esos ojos saltones. Que un ser humano hiciera algo así por otro; y los vio a todos como simples seres humanos, y a ella yendo a la fiesta, y a la señorita Milan tapando la jaula del canario o dejándolo agarrar una semilla de cáñamo de entre sus labios. Y pensar en eso, pensar en ese costado de la naturaleza humana, en su paciencia y su tolerancia, y que esté satisfecha con placeres tan sencillos, tan escasos, tan pequeños, le llenó los ojos de lágrimas. Y ahora todo había desaparecido. El vestido, la habitación, el amor, la tristeza, el espejo, la jaula del canario… Todo había desaparecido, y allí estaba, en el rincón de la sala de estar de la señora Dalloway, padeciendo ese martirio, despertando a la realidad.

A su edad y con dos hijos, era un síntoma de tanta mezquindad, de tanta debilidad y falta de inteligencia, seguir dependiendo tanto de las opiniones de los otros; no tener principios ni convicciones. No ser capaz de decir como otras personas: «¡Eso es Shakespeare! ¡Eso es la muerte! No somos más que una gota de agua en el océano», o lo que fuera que dijesen.

Se miró fijo en el espejo; se dio una palmada en el hombro izquierdo y entró en la sala, como si desde todos los ángulos le arrojaran lanzas a su vestido. Pero en lugar de mostrarse enfadada o lastimada, como lo habría hecho Rose Shaw (Rose se habría mostrado como Boudica),[3] se mostró algo tonta y tímida; y sonriendo como una colegiala, caminó con los hombros caídos por la habitación, sigilosamente, como un perro con la cola entre las patas. Miró un cuadro, un grabado. ¡Como si alguien fuera a una fiesta a mirar un cuadro! Todos sabían por qué lo hacía, por vergüenza, por humillación.

«Ahora la mosca está en la jarra», se dijo a sí misma, «justo en el medio, y no puede salir, y la leche», pensó rígida, mirando el cuadro, «está pegando sus alas».

—Es tan anticuado —le dijo a Charles Burt interrumpiéndolo (algo que de por sí él detestaba) a su paso de ir a hablar con otra persona.

Quiso que pareciera, o intentó que pareciera, que se refería al cuadro y no al vestido cuando dijo «anticuado». Y una palabra de elogio o afecto por parte de Charles habría hecho toda la diferencia en ese momento. Si tan sólo hubiera dicho «Mabel, luces encantadora esta noche», habría cambiado su vida. Pero entonces tendría que haber sido franca y directa. Charles, desde luego, no dijo nada por el estilo. Era la maldad en persona. Siempre escrutando a los otros, especialmente si se sentían particularmente mal, inseguros, o tontos.

—¡Mabel tiene un vestido nuevo! —exclamó, y empujó a la pobre mosca al medio de la jarra.

En verdad le gustaría que se ahogara, creía ella. No tenía corazón, ningún tipo de verdadera bondad, tan sólo una falsa simpatía. La señorita Milan era mucho más real, mucho más generosa. Si tan sólo uno pudiera ver eso y apegarse a esas personas. «Por qué», se preguntó, le respondió a Charles de modo tan impertinente, demostrándole así que estaba de mal humor o «alterada», como dijo él («¿Algo alterada?», dijo y se fue a reír de ella con una mujer que estaba por allí). «¿Por qué no puedo sentir algo de una vez y para siempre, segura de que la señorita Milan está en lo cierto y Charles no, y apegarme a eso; segura del canario, de la tristeza y el amor y no sentirme inmediatamente castigada al entrar en una sala llena de personas?». Otra vez su detestable, débil, indecisa personalidad, siempre llamando la atención en los momentos críticos y nunca interesada de verdad en el estudio de los moluscos, la etimología, la botánica, la arqueología, el cultivo de patatas y verlas crecer, como Mary Dennis, como Violet Searle.

La señora Holman, viéndola allí sola, se acercó caminando con desgano. Desde luego, algo como un vestido estaba lejos de escandalizarla, con unos hijos siempre rodando por la escalera o cogiendo la escarlatina. ¿Podía Mabel decirle si Elmthorpe se alquilaba en agosto o septiembre? ¡Oh, qué conversación más aburrida! Detestaba que la trataran como una vendedora de casas o un mensajero, que la usaran; que no la valoraran, eso era pensó, intentando asirse de algo sólido, algo real, mientras articulaba una respuesta coherente acerca del baño y el sur, y el agua caliente hasta el piso de arriba de la casa. Y todo el tiempo podía ver fragmentos de su vestido amarillo en el espejo redondo, que los reflejaba del tamaño de un botón o de un renacuajo. Y era sorprendente pensar cuánta humillación y agonía; cuanto desprecio por uno mismo, y esfuerzo y bruscos cambios de estados de ánimo había en algo del tamaño de una moneda. Y lo que

era más extraño aún, esta cosa, esta Mabel Waring, estaba separada, desconectada; y aunque la señora Holman (el botón negro) estaba inclinada hacia adelante contándole cómo su hijo mayor había esforzado su corazón corriendo, podía verla también, separada, en el espejo. Y era imposible que el punto negro, inclinado hacia adelante, gesticulando, lograra que el amarillo, sentado solo, centrado en sí mismo, sintiera lo mismo que el negro, pero los dos fingían.

«¡Es imposible tenerlos quietos!», era el tipo de cosas que se decían. Y la señora Holman, para quien la atención que se le brindaba nunca era suficiente y tomaba lo poco que hubiera con avaricia, como si fuera su derecho (pero merecía mucho más porque su hija se había despertado esa mañana con una rodilla inflamada), tomaba esa oferta miserable y la miraba con sospecha, de mala gana, como si fuera medio penique cuando debería haber sido una libra; lo guardaba en su cartera; debía aceptarlo, aunque fuera una miseria, pues eran tiempos duros, muy duros. Y herida, la señora Holman siguió hablando, cacareando sobre la niña con la rodilla inflamada. Qué trágica era, esa codicia, ese grito desesperado del ser humano, como una bandada de cormoranes, agitando las alas para llamar la atención de los otros. Qué trágico era, ¡si tan sólo uno no podía sentirlo de veras en lugar de fingirlo!

Pero esa noche, con ese vestido amarillo, no podía escurrir una gota más; quería todo para ella, todo. Sabía (seguía mirándose al espejo, hundiéndose en la espantosa piscina de las apariencias) que la despreciaban, la condenaban, la dejaban como agua estancada por ser como era: débil, indecisa. Y le parecía que el vestido amarillo era la penitencia que merecía, y aunque hubiera ido vestida como Rose Shaw, con ese bello vestido verde ceñido con volados de plumas, habría merecido aquello. Y pensó que no había escapatoria para ella, ninguna.

Pero no todo era su culpa después de todo. Pertenecía a una familia de diez personas, nunca hubo suficiente dinero, siempre se escatimaba en todo. Recordaba a su madre acarreando grandes cubos, el linóleo gastado en los bordes de la escalera, una pequeña tragedia familiar después de la otra; nada catastrófico: la granja de ovejas nunca funcionó del todo mal ni del todo bien. Su hermano mayor se casó con alguien de clase social inferior pero no demasiado inferior. No se demostraban afecto; nunca hubo nada extremo entre ellos. Pasaban las vacaciones dignamente en pueblos costeros; incluso hoy cualquier balneario tenía a alguna de sus tías alojada en una habitación sin vista al mar. Así era, tenían que escatimar siempre. Y ella había hecho lo mismo; era igual a sus tías. Sus sueños de vivir en La India, de casarse con un tal *Sir* Henry Lawrence, algún hombre de poder (ver a un nativo de turbante todavía la hacía fantasear) habían fracasado por competo.

Se casó con Hubert, con su puesto inferior, pero seguro y permanente en Tribunales. Y se las arreglaban en una casa pequeña, sin criadas. Comía guiso cuando estaba sola o tan sólo pan y manteca. Pero de vez en cuando (la señora Holman se había ido, creyéndola la persona más seca y antipática que haya conocido, absurdamente vestida además, y le contaría a todos lo ridícula que se veía Mabel), pensó Mabel Waring, sola en el sofá azul, golpeando el almohadón para parecer entretenida, pues no se uniría a Charles Burt o a Rose Shaw, que hablaban como cotorras y tal vez se reían de ella junto a la chimenea. De vez en cuando recordaba bellos momentos; la otra noche leyendo en la cama, por ejemplo, o en la playa tumbada al sol en Pascuas —déjenla recordar— una gran mata de hierba, retorcida como un puñado de espárragos bajo el cielo azul como un huevo de porcelana, firme, sólido, y la melodía de las olas —«Shhh, shhh» decían, y los niños gritando y chapoteando. Sí, un momento bellísimo; y allí estaba ella, sentía, en manos de la diosa que era, el mundo; una diosa de corazón duro más bien, pero bellísima, un corderito en el altar (uno de veras piensa estas tonterías, pero a nadie le importa mientras no las diga). Y también solía pasar inesperados bellos momentos junto a Hubert, cortando la carne para el almuerzo del domingo, sin ninguna razón, abriendo una carta, entrando a una habitación. Bellos momentos, cuando se decía a sí misma (pues nunca lo compartía con nadie). «Es esto. Ha sucedido. Es esto». Y lo contrario era igual de sorprendente; esto es, cuando todo estaba dispuesto, la música, el tiempo, las vacaciones, todas las razones para estar feliz, y nada ocurría. No se sentía feliz. Era monótono, simplemente monótono, eso era todo.

Era su horrible forma de ser otra vez, sin duda. Siempre había sido una madre quejosa, débil e insatisfecha; una esposa insegura, viviendo a desgano en una especie de letargo, sin nada demasiado claro o definido, o algo que la entusiasmara más que otra cosa, tal como sus hermanos. Excepto tal vez Herbert, siempre habían sido todos unos pobres diablos de sangre fría que no hacían nada. Y de repente, pasó de arrastrarse por esta vida a estar en la cresta de una ola. La horrible mosca (¿dónde había leído esa historia que se le venía a la cabeza una y otra vez sobre la mosca y la jarra?) logró salir. Sí, tenía esos momentos. Pero ahora que tenía cuarenta, tal vez los empiece a tener menos a menudo. De a poco dejaría de esforzarse por completo. ¡Pero eso era deplorable! ¡Era intolerable! ¡Le daba vergüenza de sí misma!

Iría a la biblioteca de Londres al día siguiente. Encontraría un libro estupendo que la ayudaría; lo encontraría casi de casualidad, un libro escrito por un clérigo, un norteamericano del que nadie había escuchado antes. O caminaría por Strand y se toparía, por accidente, con una galería donde un minero estaría

contando acerca de la vida en la mina, y de repente se convertiría en alguien nuevo. Se transformaría por completo. Usaría uniforme; la llamarían Hermana Algo. Nunca más pensaría en ropa; y para siempre tendría todo perfectamente claro acerca de Charles Burt y la señorita Milan, y esta habitación y aquélla. Día tras día, como si estuviera tumbada al sol o cortando la carne. ¡Sería el fin!

Así que se levantó del sofá azul y también lo hizo el botón amarillo del espejo. Le dio la mano a Charles y a Rose para demostrarles que no dependía de ellos en absoluto, y el botón amarillo desapareció del espejo y todas las lanzas le apuntaron al pecho mientras caminaba hasta donde estaba la señora Dalloway y le decía:

—Buenas Noches.

—Pero es temprano todavía —dijo la señora Dalloway siempre tan comedida.

—Temo que debo irme —dijo Mabel Waring—. Pero —agregó con voz débil y temblorosa que sonaba tan ridícula cuando intentaba controlarla—. La he pasado muy bien.

—La he pasado muy bien —le dijo al señor Dalloway, con quien se topó en la escalera.

«¡Mentiras, mentiras, mentiras!» se dijo a sí misma mientras bajaba las escaleras, y «directo a la jarra», se dijo mientras le agradecía a la señorita Barnet por su ayuda y se envolvía, a lo largo y a lo ancho, con la capa china que había usado durante los últimos veinte años.

Momentos de vida. «Los alfileres de Slater's no tienen punta».

Los alfileres de Slater's no tienen punta, ¿no crees lo mismo? —dijo la señorita Craye volviéndose mientras el clavel se desprendía del vestido de Fanny Wilmot. Y Fanny se inclinó —los oídos llenos de música— a mirar el alfiler en el suelo.

Las palabras de la señorita Craye, que interpretaba el último acorde de la fuga de Bach, la sorprendieron muchísimo. ¿De veras la señorita Craye iba a Slater's a comprar alfileres?, se preguntó Fanny Wilmot, descolocada por un momento. ¿Se paraba frente al mostrador y esperaba como cualquier otro cliente? ¿Le envolvían los peniques con la boleta? ¿Metía los alfileres en la cartera y, una hora más tarde, de pie junto al tocador, los sacaba? ¿Qué necesidad tenía de comprar alfileres? Pues más que vestirse se cubría, como un escarabajo bajo su caparazón, de azul en invierno y de verde en verano. ¿Qué necesidad tenía Julia Craye de comprar alfileres? Julia Craye, que parecía vivir en el frío y cristalino mundo de las fugas de Bach, tocando para sí lo que quería, aceptando tan sólo a uno o dos estudiantes del Colegio de Música de la calle Archer (eso decía la directora, la señorita Kingston) como un favor especial a ella, quien «la admiraba profundamente en todos los sentidos». La señorita Craye había quedado en muy mala posición al morir su hermano, se temía la señorita Kingston. Oh, solían tener tantas cosas bellas cuando vivían en Salisbury; su hermano Julius era, desde luego, un hombre muy reconocido, un arqueólogo famoso. Era un privilegio quedarse con ellos, decía la señorita Kingston («Eran conocidos de mi familia, eran personas corrientes de Salisbury», decía la señorita Kingston), pero algo atemorizante para un niño. Había que tener cuidado de no golpear la puerta o entrar a la casa en forma abrupta. La señorita Kingston, que hacía pequeñas caracterizaciones como ésta el primer día de clase mientras recibía cheques y hacía recibos, sonrió en este momento. Sí, era algo tosca de niña; entraba a la casa de un arrebato y hacía saltar la vasija romana y los demás objetos en la vitrina. Los Crayes no estaban acostumbrados a los niños. Ninguno de los Crayes estaba casado. Tenían gatos; los gatos, creía ella, sabían tanto de las urnas y vasijas romanas como ellos.

—¡Mucho más que yo! —dijo la señorita Kingston alegremente, mientras

escribía su nombre sobre el sello, con su mano ágil y regordeta, pues siempre había sido una persona práctica. Así se ganaba la vida después de todo.

Entonces, pensó Fanny Wilmot buscando los alfileres, tal vez la señorita Craye decía eso de «los alfileres de Slater's no tienen punta» por decirlo. Ningún Craye se casó nunca. No sabía nada sobre alfileres, nada de nada. Pero quería romper el hechizo que había caído sobre su casa; romper el vidrio que la separaba de las otras personas. Cuando Polly Kingston, esa alegre niña, golpeó la puerta e hizo saltar los jarrones romanos, Julius, al ver que ninguno se había dañado (tal era su primera reacción) la vio —pues la vajilla estaba junto a la ventana— correr a casa a través del campo; la observó con la expresión que también tenía su hermana; esa mirada fija, atenta.

«Estrellas, sol, luna», parecía decir, «la margarita en el pasto, fuego en la chimenea, escarcha en el vidrio, mi corazón sale a buscarte. Pero» —parecía siempre agregar—, «lo rompes, pasas y te vas». Y al mismo tiempo abarcaba la intensidad de ambos estados de ánimo con «No puedo alcanzarte, no puedo llegar a ti», con voz llena de nostalgia, de frustración. Y las estrellas se apagaban y los niños se iban. Tal era la clase de hechizo sobre la superficie cristalina que la señorita Craye quería romper demostrando, al terminar de interpretar maravillosamente la pieza de Bach como recompensa a uno de sus alumnos preferidos (Fanny Wilmot sabía que era la alumna preferida de la señorita Craye), que ella también sabía sobre alfileres, como el resto de las personas. Los alfileres de Slater's no tienen punta.

Sí, el «famoso arqueólogo» había sido así también. «El famoso arqueólogo»; al decirlo, mientras endosaba los cheques y escribía la fecha, hablaba con alegría, con franqueza, y había en la voz de la señorita Kingston un tono indescriptible que insinuaba que había algo extraño en Julius Craye. Era quizás eso mismo que parecía extraño en Julia. Podría haber jurado, pensó Fanny Wilmot mientras buscaba el alfiler, que en alguna fiesta o reunión (el padre de la señorita Kingston era clérigo) había escuchado una conversación, o quizás tan sólo una sonrisa o un tono particular al mencionarse su nombre, que le había provocado una «sensación» sobre Julius Craye. Desde luego, nunca había hablado con nadie al respecto. Probablemente apenas si sabía lo que quería decir con eso. Pero cada vez que hablaba de Julius, o escuchaba mencionarlo, era lo primero que se le venía a la mente. Y era un pensamiento sugerente; había algo extraño en Julius Craye.

Julia también le provocaba esa sensación, sentada medio de costado en el taburete, sonriendo. Está en el campo, en el cristal, en el cielo —la belleza; y no

puedo alcanzarla, no puedo tenerla—. ¡Yo daría el mundo entero por tenerla!, parecía agregar apretando la mano de esa forma tan característica. ¡Yo, que la adoraba con pasión, daría el mundo por tenerla! Y recogía el clavel que había caído al piso mientras Fanny buscaba el alfiler. Lo estrujó, Fanny lo sintió, lo apretó con fuerza entre sus manos suaves, venosas, llenas de anillos de colores claros incrustados en perlas. La presión de sus dedos parecía resaltar lo más brillante de la flor, realzándola, haciéndola ver más perfecta, fresca, inmaculada. Lo extraño en ella, y quizás también en su hermano, era que esa forma de tomar las cosas y estrujarlas iba acompañada de una perpetua frustración. Así era ahora incluso con el clavel. Lo tenía entre las manos; lo estrujaba; pero no lo poseía, no lo disfrutaba, no por completo.

Ninguno de los Craye se había casado, recordó Fanny Wilmot. Recordaba que una tarde en que la lección había durado más de lo habitual y estaba oscuro, Julia Craye dijo: «los hombres sirven, desde luego, para protegernos», y le puso esa misma extraña sonrisa mientras se abrochaba el abrigo que la hacía, como la flor, plenamente consciente de su juventud y vivacidad, pero, sospechaba Fanny, al igual que la flor también, la ponía incómoda.

«Oh, pero yo no quiero que me protejan», se había reído Fanny y, cuando Julia Craye, fijándole su extraordinaria mirada, dijo que no estaba tan segura de ello, Fanny se sonrojó al notar la admiración que había en sus ojos.

Era para lo único que servían los hombres, había dicho. ¿Era por eso entonces —se preguntó Fanny mirando al suelo— que nunca se había casado? Después de todo, no había vivido siempre en Salisbury. «La parte más bonita de Londres», había dicho una vez, «(pero estoy hablando de hace quince o treinta años) es Kensington. Llegabas a los Jardines en diez minutos, era el corazón del país. Podías cenar afuera en pantuflas sin tomar frío. Kensington era como un pequeño pueblo entonces», había dicho.

Aquí se interrumpió para protestar amargamente por las correntadas en el Metro.

«Para eso sirven los hombres», había dicho con mordaz ironía. ¿Eso arrojaba alguna luz sobre el hecho de que no se haya casado nunca? Uno podía imaginarse cualquier tipo de escena en su juventud cuando, con sus bellos ojos azules, su nariz recta, sus aires de distinción, su habilidad para tocar el piano, su rosa floreciendo con inocente pasión en la pechera de su vestido de muselina, había enamorado primero a los jóvenes, para quienes esas cosas —las tazas de porcelana, los

candeleros de plata y la mesa taraceada (pues los Crayes tenían esas cosas)—resultaban maravillosas; jóvenes que no eran lo suficientemente distinguidos; jóvenes de la ciudad catedralicia con ambiciones. A ellos había enamorado primero, y después a los amigos de su hermano de Oxford o Cambridge. Solían venir en el verano; llevarla de paseo en bote; continuar la discusión acerca de Browning por carta; y ¿combinar tal vez, alguna vez que se quedara en Londres, para mostrarle los Jardines de Kensington?

«La parte más linda de Londres, Kensington (hablo de hace quince o veinte años)», había dicho una vez. «Llegabas a los Jardines en diez minutos, era el corazón del país». Uno podía hacer con eso lo que quisiera, pensó Fanny Wilmot. Tómese, por ejemplo, al señor Sherman, el pintor, un viejo amigo de ella; hizo que la llamara, combinaron una cita para tomar el té bajo los árboles, un día soleado de junio. (También se habían encontrado en esas fiestas a las que uno llegaba en pantuflas sin tomar frío). La tía u otro pariente mayor los esperaban mientras ellos miraban el Serpentine. Miraban el Serpentine.

Tal vez hayan cruzado el río en el bote. Lo compararon con el Avon. Ella se habría enfadado con la comparación. La vista de los ríos era importante para ella. Se sentaba algo encorvada, pero se veía elegante al mando del bote. En el momento crítico, pues había tomado la determinación de hablar en ese momento (era su única oportunidad de estar a solas con ella), debido al gran nerviosismo, habló sin mirarla, con la cabeza vuelta sobre el hombro en un ángulo absurdo. Y ella lo interrumpió con dureza. Iban hacia el Puente, gritó; chocarían contra el Puente. Fue un momento horroroso, de desilusión, de revelación para ambos. No puedo tenerlo, no puedo tenerlo, pensó ella. Él no entendía por qué había ido entonces. Remó con fuerza y dio vuelta el bote. ¿Para despreciarlo? Cruzó el río nuevamente y se despidieron.

El escenario de esa escena podría haber sido cualquiera, reflexionó Fanny Wilmot. (¿A dónde había caído el alfiler?). Podría haber sido en Rávena o Edimburgo, donde tenían una casa para su hermano. La escena podía variar; el joven, y la forma exacta de todo; pero una cosa era siempre igual: su rechazo, su entrecejo y su enojo consigo misma después. Y la discusión y el alivio, sí el gran alivio ciertamente. Al día siguiente, tal vez, se levantaba a las seis, se ponía la capa y caminaba desde Kensington hasta el río. Estaba tan agradecida de no haber sacrificado su derecho de ir a ver las cosas cuando están en su mejor momento: antes de que todos despierten. Podría haber desayunado en la cama si hubiera querido. No había sacrificado su independencia.

Sí, Fanny Wilmot sonrió, Julia no había puesto en peligro sus costumbres. Estaban a salvo; y sus costumbres habrían sufrido si se casaba. «Son unos ogros», dijo una tarde un poco en broma cuando otra alumna, una joven recién casada, se fue corriendo al recordar que, de lo contrario, no alcanzaría a su esposo.

«Son unos ogros», había dicho con risa forzada. Un ogro habría interferido con el desayuno en la cama tal vez; o con las caminatas hacia el río al amanecer. ¿Qué habría sucedido si hubiera tenido hijos? Pero eso era prácticamente inconcebible. Tomaba precauciones extremas contra los enfriamientos, la fatiga, la comida con alto contenido en grasa o poco sana, las correntadas, las habitaciones calefaccionadas, los viajes en Metro, pues nunca podía determinar cuál de todas éstas le provocaba las terribles jaquecas que hacían que su vida se pareciera a un campo de batalla. Estaba siempre queriendo burlar al enemigo, hasta que parecía que la lucha tenía un interés propio; si hubiera podido vencerlo, la vida le habría parecido un tanto aburrida. De la forma en que estaba, el juego del tira y afloje era eterno, de un lado el ruiseñor o la vista de lo que amaba apasionadamente (sí, se apasionaba con esas imágenes); del otro, el camino húmedo, el horrendo y largo camino hacia una colina empinada que seguramente no le haría nada bien y le traería jaquecas al día siguiente. Entonces, cuando de vez en cuando podía equilibrar las fuerzas, y lograba visitar la Corte de Hampton la semana en que el azafrán (las flores brillantes y de colores intensos eran sus favoritas) estaba en su esplendor, lo consideraba una victoria. Era algo que perduraba; algo que tendría valor para siempre. Conservaba esa tarde en el collar de los días memorables, que no le resultaba tan largo como para no poder recordar este día o aquel. Aquella vista; esta ciudad; tocarla, sentirla, saborearla, suspirar por la cualidad que la hacía única.

«El día estaba tan bello el viernes pasado», dijo, «que decidí que debía ir». Así había partido hacia Waterloo en vistas de su gran meta: visitar la Corte de Hampton sola. Era natural, pero quizás algo tonto de nuestra parte: sentíamos lástima por ella por algo por lo que ella jamás había pedido lástima (solía ser reticente a hablar de su salud, como un guerrero a hablar de su enemigo). Nos daba pena porque siempre hacía todo sola. Su hermano había muerto. Su hermana era asmática. Creía que el aire de Edimburgo le hacía bien. Era desolador para Julia. Tal vez a ella también le resultaban dolorosas las asociaciones, pues su hermano, el famoso arqueólogo, había muerto allí; y ella amaba a su hermano. Vivía en una pequeña casa cerca de Brompton Road, completamente sola.

Fanny Wilmot vio el alfiler; lo levantó. Miró a la señorita Craye. ¿Estaba tan sola la señorita Craye? No, la señorita Craye se sentía feliz; aunque fuera por ese

único momento, era una mujer feliz. Fanny la había sorprendido en un momento de éxtasis. Estaba allí sentada, casi de costado, lejos del piano, con las manos en el regazo sosteniendo el clavel. Detrás de ella estaba el frío marco de la ventana, sin cortinas, púrpura al atardecer, púrpura intenso al encenderse las brillantes luces eléctricas en la sencilla sala de música. Julia Craye, sentada algo encorvada, sosteniendo la flor, parecía surgir de la noche de Londres, parecía traerla tras de sí como una capa. Parecía, en su desnudez e intensidad, la irradiación de su espíritu, algo que había hecho y la envolvía. Fanny observaba.

Todo parecía transparente, por un momento, a los ojos de Fanny Wilmot, como si mirando a través de la señorita Craye viera la misma fuente de su ser salpicando gotas plateadas. Miraba más y más hacia el pasado detrás de ella. Vio los verdes jarrones romanos en la vitrina; oyó a los coristas jugando al *cricket*; vio a Julia bajar lentamente los escalones empinados hacia el césped. Después la vio servir el té bajo el cedro; tomar las manos del anciano entre las suyas con suavidad. La vio recorrer los pasillos de la vieja vivienda catedralicia con toallas en la mano para marcarlas; lamentando, a su paso, la insignificancia de la vida cotidiana. Y la vio envejecer de a poco, deshacerse de ropa al llegar el verano, pues a su edad era demasiado llamativa. Y cuidar de su padre enfermo; y apartarse cada vez más, mientras su voluntad se fortalecía en dirección a su objetivo solitario. Viajaba con frugalidad, midiendo los gastos y ajustando su billetera a lo necesario en esa travesía, o para ese viejo espejo; obstinadamente decidida, no importara lo que dijeran los otros, a elegir sus propios placeres. Vio a Julia, Julia iluminaba, Julia se encendía. Ardía en la noche como una blanca estrella muerta. Julia abría los brazos. Julia la besaba en los labios. Julia la tenía.

«Los alfileres de Slater's no tienen punta», dijo la señorita Craye riendo en forma extraña y relajando los brazos mientras Fanny Wilmot prendía la flor en su pechera con dedos temblorosos.

La mujer en el espejo. Un reflejo

No habría que colgar espejos en las habitaciones, de la misma manera que no habría que dejar una chequera abierta a la vista o conservar cartas en las que se confiese un horrible crimen. Esa tarde de verano no podía dejar de mirar el largo espejo que colgaba en el pasillo. La casualidad lo había dispuesto así. Desde las profundidades del sofá en la sala de estar se podía ver reflejado en el espejo italiano no sólo la mesa con tablero de mármol ubicada enfrente sino un fragmento del jardín: el camino de césped crecido entre filas de altas flores hasta que el marco dorado lo cortaba.

La casa estaba vacía, y como era la única persona en la sala, me sentía uno de esos naturalistas que, cubiertos de césped y hojas, observan agazapados a los animales más tímidos: tejones, nutrias, Martín pescadores, moviéndose con la libertad del que se sabe invisible. La habitación estaba llena de esas tímidas criaturas esa tarde; y luces y sombras, cortinas volando, pétalos cayendo; cosas que nunca suceden, o así parece, si alguien está mirando. La tranquila y vieja habitación de campo, con sus alfombras y chimenea de piedra, la estantería hundida y los armarios laqueados en rojo y dorado, estaba llena de criaturas nocturnas. Venían haciendo piruetas en el suelo, caminando en puntillas y extendiendo la cola. Daban picotazos con sus picos insinuantes, estirando el cuello como si fueran grullas o bandadas de elegantes flamencos cuyas plumas rosadas estuvieran perdiendo el color, o pavos reales con reflejos plateados en las colas. La habitación se iluminaba y oscurecía, como si una sepia tiñera de repente el aire de púrpura. Y las pasiones, furias, envidias y tristezas de la habitación iban y venían, empañándola, como si fuera un ser humano. Nada permanecía igual por más de dos segundos seguidos.

Pero afuera el espejo reflejaba la mesa del pasillo, los girasoles y el camino del jardín de forma tan nítida que parecían atrapados en esa realidad. Era un contraste extraño: aquí todo cambiaba, allí todo permanecía estático. No se podía evitar mirar de un lado al otro. Mientras —ya que todas las puertas y ventanas estaban abiertas por el calor—, se escuchaba un suspiro constante, seguido de un silencio; parecía la voz de lo transitorio y lo perecedero, yendo y viniendo como la respiración humana, mientras que en el espejo, las cosas habían dejado ya de

respirar, y permanecían inmóviles en trance a la inmortalidad.

Hacía media hora que la señorita de la casa, Isabella Tyson, había salido al jardín con su vestido de verano. Llevaba una canasta y había desaparecido, cortada por el brillante marco del espejo. Probablemente había ido a la parte baja del jardín a juntar flores o, parecía incluso más factible, a juntar algo más liviano, fantástico, frondoso y rastrero, una clemátide, o alguno de esos elegantes manojos de convolvuláceas, que se enroscan en los feos muros y florecen aquí y allá en capullos blancos y púrpuras. Isabella recordaba más a la fantástica y agitada convolvulácea que a la espigada áster, la elegante zinnia, o sus vivas rosas, encendidas como lámparas en las rectas ramas del rosal. La comparación demostraba cuán poco sabía uno de ella después de todos estos años, pues es imposible que una mujer de carne y hueso, de cincuenta o sesenta años, fuera en verdad una corona o un zarcillo. Tales comparaciones son más que inútiles y superficiales, son viles incluso, pues aparecen como la misma convolvulácea, agitándose entre nuestros ojos y la verdad. Tiene que haber una verdad; tiene que haber un muro. De todos modos era extraño, conociéndola desde hacía tantos años, que uno no supiera la verdad acerca de Isabella, que todavía se formularan frases como estas acerca de convolvuláceas y clemátides. En cuanto a lo certero, era un hecho que era una solterona, que era rica, que había comprado esta casa y traído con sus propias manos (en ocasiones, desde los rincones más recónditos del mundo, y a riesgo de envenenamiento por picaduras o contagio de enfermedades de Oriente) las alfombras, las sillas, los armarios que ahora vivían su vida nocturna ante nuestros ojos. A menudo parecía como si todos esos objetos supieran sobre ella de lo que a nosotros, que nos sentábamos en ellos, escribíamos sobre ellos, y caminábamos sobre ellos con tanto cuidado, nos estaba permitido saber. Cada uno de los armarios tenía varios pequeños cajones, y seguramente en todos había cartas, atadas con cintas, salpicadas con palos de lavanda o pétalos de rosas. Pues otra verdad —si verdades es lo que uno quiere— era que Isabella había conocido a muchas personas, tenía muchos amigos. Y si alguien era lo suficientemente audaz como para abrir un cajón y leer sus cartas, encontraría los rastros de muchas inquietudes, compromisos que cumplir, recriminaciones por no haberse encontrado, largas a íntimas cartas de afecto, violentas cartas de celos y reproche, terribles palabras finales de despedida (pues todos esos encuentros y citas no habían conducido nunca a nada). Así era, nunca se había casado, y aún, a juzgar por su rostro artificial e indiferente, había atravesado veinte veces más experiencias apasionadas que aquellos que pregonan su amor a oídos del mundo. Bajo la tensión de pensar en Isabella, la habitación se volvió más sombría y simbólica; los rincones parecían más oscuros, las patas de las sillas y mesas, más largas y delgadas y llenas de garabatos.

De repente los reflejos se interrumpieron violentamente, aunque en total silencio. Una inmensa forma negra apareció en el espejo, tapándolo todo; desparramó sobre la mesa un paquete de tablas de mármol, veteadas en rosa y gris, y desapareció. Pero la imagen se había alterado por completo. Por un momento resultó indescifrable, irracional y completamente fuera de foco. Era imposible convenir a esas tablas algún propósito humano. Y después, de a poco, una especie de proceso lógico comenzó a operar sobre ellas, ordenándolas, dándoles forma y llevándolas al plano de la experiencia común. Finalmente se caía en la cuenta de que eran tan sólo cartas. Habían traído la correspondencia.

Allí estaban sobre la mesa con tablero de mármol, empapadas de luz y color, en estado natural. Y era extraño ver cómo se acomodaban, se ordenaban, hasta formar parte de la imagen, garantizándose la quietud y la inmortalidad que confería el espejo. Allí estaban, investidas de una nueva realidad y un nuevo sentido, y con más peso también, como si se hubiera necesitado un cincel para removerlas luego de la mesa. Ilusión o no, parecían haberse transformado no en un mero puñado de cartas corrientes sino en tablas grabadas con la verdad eterna. De haberlas podido leer, habría averiguado todo lo que podía saberse de Isabella, sí, y de la vida también. Las páginas dentro de esos sobres que parecían de mármol debían estar talladas y grabadas con verdadero sentido. Isabella entraría, las tomaría una por una, muy despacio, y las abriría. Las leería cuidadosamente, palabra por palabra, y después, con un profundo suspiro de comprensión, como si hubiera visto el trasfondo de las cosas, rompería los sobres en pedazos pequeños, ataría las cartas y pondría llave al armario, decidida a ocultar lo que no quería que se supiera.

Este pensamiento resultó un desafío. Isabella no quería que la conocieran, pero ya no podría escapar. Era absurdo, monstruoso. Si ocultaba tanto y sabía tanto, había que forzarla para que se abriera con la primera herramienta que se tuviera a mano: la imaginación. Había que fijar la mente en ella en ese preciso momento. Había que sujetarla y negarse a que siguiera postergándonos con dichos y hechos como los que creaba, con cenas, visitas y conversaciones educadas. Había que ponerse en sus zapatos. Si se tomaba la frase en forma literal era fácil ver los zapatos que llevaba, con los que caminaba en este momento en la parte baja del jardín. Eran angostos y alargados, a la moda; hechos del cuero más suave y flexible. Como todo lo que usaba, eran bellísimos. Y estaría de pie junto al alto seto en el jardín trasero, alzando las tijeras que llevaba atadas a la cintura para cortar alguna flor muerta, o alguna rama crecida. El sol le daría de lleno en el rostro, en los ojos; pero no, en el momento más crítico una nube cubriría el sol y haría que la expresión de sus ojos resultara dudosa (¿era burlona o tierna, alegre o apagada?).

Sólo podía verse el contorno indefinido de su fino rostro, algo borroso, mirando al cielo. Pensaba, quizás, que debía comprar una nueva red para las frutillas; que debía enviarle flores a la viuda de Johnson; que era tiempo de ir a visitar a los Hippesleys a su nueva casa. Esas, ciertamente, eran las cosas de las que hablaba durante la cena. Pero uno terminaba aburriéndose de esas conversaciones. Era la profundidad de su ser lo que queríamos atrapar y convertir en palabras, el estado que es a la mente lo que la respiración al cuerpo, lo que uno llama felicidad o infelicidad. Al mencionar esas palabras era evidente, seguramente, que ella debía ser feliz. Era rica, distinguida, tenía muchos amigos, viajaba (compraba alfombras en Turquía y macetas azules en Persia). Avenidas de placer partían hacia un lado y hacia el otro desde donde ella estaba, con las tijeras en alto para cortar las ramas temblorosas, mientras las nubes lentas cubrían su rostro.

Aquí, con un movimiento rápido de tijeras, cortó el ramo de la clemátide que cayó al suelo. Al caer éste, seguramente entró algo de luz; seguramente se podía penetrar un poco más en su ser. Su mente, en ese momento, estaba llena de ternura y arrepentimiento… Cortar una rama crecida la entristecía pues estaba viva, y la vida era importante para ella. Sí, y al mismo tiempo la caída de la rama le hacía pensar en cómo podría ser su propia muerte y la futilidad y la evanescencia de las cosas. Y después, atrapando rápidamente este pensamiento con su automático buen sentido, pensó que la vida la había tratado bien; aunque fuera a morir, tan sólo sería recostarse sobre la tierra y descomponerse dulcemente entre las raíces de las violetas. Siguió pensando. Sin hacer de ningún pensamiento algo preciso, pues era una de esas personas reticentes cuyas mentes mantienen los pensamientos enredados en nubes de silencio. Estaba llena de pensamientos. Su mente era como su habitación, en la que las luces avanzaban y retrocedían, venían haciendo piruetas y pisando en puntillas, expandían sus colas, daban picotazos a su paso; y después todo su ser estaba bañado en luz, como la habitación otra vez, con una nube de profundo conocimiento, alguna pena no dicha; y entonces estaba llena de cajones cerrados, repletos de cartas, como sus armarios. Hablar de «abrirla», como si fuera una ostra; utilizar sino las más delicadas y sutiles herramientas con ella resultaba impío y absurdo. Había que imaginarlo. Ahora estaba en el espejo. Te hacía sobresaltar.

Al principio estaba tan lejos que no se la veía con claridad. Entró caminando lento y pausado, enderezando una rosa, levantando un clavel para olerlo, pero nunca inclinándose. Su imagen se agrandaba más y más en el espejo, de a poco se convertía en la persona en cuya mente uno había intentado penetrar. De a poco la reconocía, encajaba las cualidades que había descubierto en ese cuerpo visible. Estaba su vestido gris, sus zapatos alargados, su canasta, y algo brillaba en su

cuello. Entró tan despacio que pareció no modificar la figura del espejo sino tan sólo agregar un nuevo elemento, que se movía con ligereza, alterando la disposición de los otros objetos como pidiéndoles, con cortesía, que le hicieran lugar. Y las cartas, y la mesa, y el césped se apartaron, y los girasoles, que habían estado esperando en el espejo, se separaron y se abrieron para recibirla. Finalmente, allí estaba, en el pasillo. Se inclinó. Se detuvo junto a la mesa. Completamente quieta. De inmediato el espejo empezó a derramar sobre ella una luz que parecía inmovilizarla; que parecía un ácido corroyendo todo lo innecesario y superficial y dejando tan sólo lo verdadero. Era un espectáculo cautivante. Todo se desprendía de ella, las nubes, el vestido, la canasta, el brillante, todo lo que uno había llamado la enredadera y la convolvulácea. Aquí estaba el sólido muro. Aquí estaba la mujer. De pie, desnuda en esa luz despiadada. Y no había nada. Isabella estaba completamente vacía. No pensaba. No tenía amigos. Nadie le importaba. En cuanto a las cartas, eran tan sólo facturas que pagar. Mírala allí parada, vieja y angulosa, venosa y estriada, con la nariz larga y el cuello arrugado, ni siquiera se molestó en abrir los sobres.

No habría que colgar espejos en las habitaciones.

Día de caza

Entró y puso la maleta en el portaequipajes y los dos faisanes encima de ésta. Después se sentó en el rincón. El tren atravesaba la llanura, y la niebla que entró al abrirse la puerta hacía parecer más grande el compartimento y separar a los cuatro ocupantes. Desde luego, M. M. (esas eran las iniciales en la valija) había pasado el fin de semana de cacería. Desde luego, pues ahora contaba la historia, sentada con la espalda apoyada en el respaldo del asiento en el rincón. No tenía los ojos cerrados, pero era claro que no veía al hombre sentado enfrente, tampoco la fotografía en color de York Minster. Seguramente oía lo que hablaban; pues sus labios se movían mientras observaba, y de vez en cuando sonreía. Era apuesta; una rosa; una manzana roja; con la piel bronceada; pero tenía una cicatriz en la mandíbula (que se agrandaba al sonreír). Por cómo contaba la historia, debía haber sido invitada del lugar, y sin embargo, con esa ropa tan pasada de moda, como la que usaban las mujeres hacía años en las fotografías de los periódicos de deportes, no parecía exactamente una invitada; tampoco una criada. De haber llevado consigo una canasta habría parecido una criadora de fox terriers; la dueña de un gato siamés; alguien relacionado con perros de caza y caballos. Pero sólo llevaba la maleta y los faisanes. De alguna manera entonces, se ganó la entrada en esa habitación que veía a través del aire viciado del vagón, y del hombre calvo, y de la fotografía de York Minster. Y seguramente oía lo que hablaban, pues, como alguien que imita el ruido que hace otra persona, hizo un pequeño chasquido detrás de la garganta. «Chk». Y sonrió. «Chk», dijo la señorita Antonia ajustándose las gafas sobre la nariz.

Las hojas mojadas caían sobre las largas ventanas de la galería; una o dos quedaron pegadas; tenían forma de pez; y se posaron como madera taraceada sobre los cristales. Los árboles del Parque se sacudían, y las hojas cayendo parecían hacer visible ese escalofrío, un escalofrío húmedo y marrón. «Chk», la señorita Antonia hizo el ruido otra vez y besó la tela blanca y fina que llevaba en las manos, como una gallina picoteando rápido un pedazo de pan.

El viento susurró. En la habitación había corriente. Las puertas no estaban completamente cerradas, tampoco las ventanas. De vez en cuando una especie de onda se deslizaba, como un reptil, bajo la alfombra. La luz del sol formaba

cuadrados verdes y amarillos sobre la alfombra, y al moverse el sol parecía señalar, como gastando una broma, un agujero sobre la alfombra, y allí se detenía. Y después seguía, con su dedo débil pero imparcial, y se detenía sobre el escudo de armas sobre la chimenea, iluminándolo con gentileza: las uvas, la sirena y las espadas. La señorita Antonia miró hacia arriba mientras la luz se hacía más intensa. Los Rashleighs, sus antepasados, habían sido dueños de vastas extensiones de tierra, así decían. Por allí. En el Amazonia. Piratas. Viajeros. Bolsas de esmeraldas. Explorando la isla. Tomaban prisioneros. Niñas. Allí estaba: todo escamas desde la cola hasta la cintura. La señorita Antonia sonrió. El dedo del sol apuntó hacia abajo y ella lo siguió con los ojos. Ahora se posaba sobre un marco de plata, sobre una fotografía, de una cabeza calva con forma de huevo, sobre un labio que sobresalía bajo un bigote, y el nombre «Edward» escrito con una rúbrica debajo.

—El Rey… —murmuró la señorita Antonia, dando vuelta la tela blanca sobre sus rodillas—, ocupaba la Habitación Azul, —agregó con un movimiento de cabeza mientras la luz perdía intensidad.

Afuera, en King's Ride, los faisanes se cruzaban delante de las escopetas. Salían de entre los matorrales, como pesados cohetes, como cohetes púrpura-rojizos; y a medida que ascendían, las escopetas disparaban en orden, con ansias, con fuerza, como si toda una fila de perros ladrara de repente al unísono. Un humo blanco permanecía en el aire un momento; después comenzaba a dispersarse lentamente hasta desaparecer.

En la ruta pronunciada había un carro detenido. Suaves y tibios cuerpos, con las garras flojas y los ojos aún brillosos yacían en su interior. Los animales parecían vivos todavía, pero agonizaban bajo las alas espesas y húmedas. Se veían relajados y cómodos, agitándose apenas, como si durmieran sobre una cálida frazada de plumas en el piso del carro. Después el señor, con su rostro abatido y manchado y sus polainas gastadas, maldijo y levantó el arma.

La señorita Antonia cosía. De vez en cuando una lengua de fuego envolvía el tronco gris que se extendía de un lado al otro de la chimenea; lo mordía con avidez y se extinguía, dejando un aro blanco donde había quemado el fuego. La señorita Antonia miró hacia arriba un momento, con los ojos bien abiertos, instintivamente, como un perro mirando el fuego. Luego, la llama se apagó y siguió cosiendo.

La inmensa puerta se abrió silenciosamente. Dos hombres delgados

entraron arrastrando una mesa y la colocaron sobre el agujero de la alfombra. Salieron; volvieron a entrar. Extendieron un mantel sobre la mesa. Salieron; volvieron a entrar. Trajeron una canasta de paño verde con cubiertos, vasos, azucareras, saleros, pan, y un jarrón de plata con tres crisantemos adentro. Tendieron la mesa. La señorita Antonia cosía.

La puerta se abrió otra vez, con debilidad esta vez. Un perrito entró trotando con agilidad, un spaniel; se detuvo. La puerta seguía abierta. Apoyándose en su bastón, entró pesadamente la anciana señorita Rashleigh. Un chal blanco, prendido con un diamante, cubría su cabeza calva. Atravesó la habitación con dificultad; se hundió en el sillón de respaldo alto junto a la chimenea. La señorita Antonia seguía cosiendo.

—Están cazando —dijo finalmente.

La señorita Rashleigh asintió. Tenía el bastón en la mano. Esperaron sentadas. Los cazadores se habían movido de King's Ride a Home Woods. Frenaron en el campo arado. De vez en cuando una rama se quebraba y las hojas caían dando giros. Pero sobre la niebla y el humo había un espacio azul, un azul tenue, un azul puro, solo en el cielo. Y en el aire inocente, como un angelito vagando solo, una campana jugueteaba, retozaba en una torre lejana; luego el sonido se desvaneció. Después otra vez los cohetes, los faisanes púrpura-rojizos. Hacia arriba. Y otra vez el disparo de las armas; las nubes de humo, dispersándose hasta desaparecer. Y los atareados perritos atravesaban el campo con agilidad; los hombres de polainas los reunían y los subían súbitamente al carro.

—¡Listo! —gruñó Milly Masters, el ama de llaves, quitándose los gafas. Ella también cosía, en la vieja y oscura habitación que daba a los corrales. El jersey, el áspero jersey de lana para su hijo, el muchacho que limpiaba la iglesia, estaba terminado.

—¡Terminé! —murmuró. Escuchó el carro. Las ruedas traqueteando por los adoquines. Se levantó. Con las manos en el cabello, el cabello color castaño, salió al jardín, al viento.

—¡Aquí vienen! —se rio, y la cicatriz en su mejilla se estiró. Quitó el cerrojo de la puerta de la sala de juegos mientras Wing, el guardabosques, conducía el carro sobre los adoquines. Los pájaros estaban muertos ahora, las garras apretadas aunque no sujetaran nada. Los párpados ásperos, arrugados sobre los ojos. La señora Masters, el ama de llaves y Wing, el guardabosques, tomaron los pájaros

del cuello y los arrojaron en el suelo de la despensa que empezó a mancharse de sangre. Los faisanes se veían más pequeños ahora, como si los cuerpos se hubieran encogido. Wing levantó la puerta trasera del carro y colocó las trabas que lo aseguraban. Había pequeñas plumas grises azuladas en los costados del carro y el piso estaba manchado de sangre. Pero estaba vacío.

—¡El último! —dijo Milly Masters mientras el carro se iba.

—El almuerzo está servido, señora —dijo el mayordomo. Señaló la mesa; hizo una seña al lacayo. Los platos con la cubierta de plata estaban justo allí donde señalaba. Esperaron, el mayordomo y el lacayo.

La señorita Antonia dejó la tela blanca sobre el costurero; dejó la seda, el dedal; pinchó la aguja en un trozo de franela y se quitó los gafas, dejándoselas colgadas del pecho. Después se levantó.

—¡A almorzar! —gritó al oído de la señorita Rashleigh, que un segundo después estiraba la pierna, tomaba con fuerza el bastón y se ponía de pie también. Las dos ancianas caminaron despacio hasta la mesa y el mayordomo y el lacayo les corrieron la silla, una en una punta de la mesa y otra en la otra. Quitaron las cubiertas de plata. Allí estaba el faisán, desplumado, reluciente. Los muslos pegados a los costados, y a cada lado había pequeños montículos de migas de pan.

La señorita Antonia clavó el cuchillo con firmeza en el pecho del faisán. Cortó dos rebanadas y las dejó sobre el plato. Rápidamente el lacayo tomó el plato y la señora Rashleigh levantó el cuchillo. Por la ventana se escuchaban los disparos en el bosque.

—¿Vienen? —dijo la señora Rashleigh deteniendo el movimiento del tenedor. Las ramas se sacudían en los árboles del Parque. Se metió un bocado de faisán en la boca. Las hojas cayendo golpeaban los cristales de las ventanas; una o dos quedaron pegadas.

—Home Woods ahora —dijo la señorita Antonia—. Hugh falló.

Clavó el cuchillo del otro lado de la pechuga. Se sirvió patatas y jugo, coles de Bruselas y salsa alrededor de las rebanadas de faisán. El mayordomo y el lacayo se quedaron allí observando, como los camareros de un banquete. Las dos ancianas comían despacio, en silencio, sin apuro. De a poco limpiaron el ave, hasta que tan sólo huesos quedaron en los platos. El mayordomo alcanzó la licorera a la señorita Antonia y se detuvo un momento con la cabeza inclinada.

—Déjela, Griffiths —dijo la señorita Antonia y tomó los restos del ave y se los arrojó al spaniel bajo la mesa. El mayordomo y el lacayo hicieron una reverencia y salieron.

—Se acercan —dijo la señorita Rashleigh.

Se estaba levantando viento. Un estremecimiento sacudió el aire; las hojas volaban demasiado rápido como para pegarse. Los cristales temblaban.

—Aves salvajes —asentía la señorita Antonia mirando la desbandada.

La señorita Rashleigh llenó su vaso. Los ojos se les volvían brillosos al beber, como piedras preciosas bajo la luz. Los de la señorita Rasleigh eran de un azul grisáceo; los de la señorita Antonia, rojos como el oporto. Y sus encajes y volados parecían estremecerse, como si sus cuerpos estuvieran tibios y lánguidos bajo las plumas mientras bebían.

—Fue un día como hoy, ¿recuerdas? —dijo la señorita Rashleigh con el vaso en la mano—. Lo trajeron a casa con una bala en el corazón. Una zarza dijeron. Tropezó. Tropezó; el pie le quedó atascado… —se rio entre dientes mientras tragaba.

—Y John… —dijo la señorita Antonia—. La yegua pisó un pozo, dijeron. Murió en el campo. La partida le pasó por encima. También lo trajeron a casa, en parihuelas.

Bebieron otra vez.

—¿Recuerdas a Lily? —dijo la señorita Rashleigh—. Un mal bicho —sacudió la cabeza—. Llevaba una borla roja en la fusta.

—¡El corazón podrido! —gritó la señorita Antonia.

—Recuerdo la carta del Coronel. «Tu hijo cabalgaba como poseído por veinte demonios, al frente de sus hombres». Después un demonio blanco… ¡Jajaja! Bebió otra vez.

—Los hombres de esta casa… —comenzó la señorita Rashleigh. Levantó el vaso. Lo sostuvo en lo alto como si brindara por la sirena tallada en yeso sobre la chimenea. Hizo una pausa. Las escopetas ladraban. Algo se quebró bajo la madera. ¿O fue una rata corriendo detrás del yeso?

—Siempre mujeres… —la señorita Antonia movió la cabeza—. Los hombres de esta casa. Lucy, blanca y sonrojada en The Mill, ¿recuerdas?

—La hija de Ellen en The Goat and Sickle —agregó la señorita Rashleigh.

—Y la muchacha en la sastrería —murmuró la señorita Antonia—, donde Hugh compraba sus pantalones de montar, esa pequeña tienda sobre la derecha… que se inundaba todos los inviernos. Su hijo —se rio inclinándose hacia su hermana—, es el que limpia la Iglesia.

Se escuchó un ruido. Un trozo de pizarra se había caído por la chimenea. El tronco se partió en dos. Trozos de yeso caían del escudo sobre la chimenea.

—Se cae —rio la señorita Rashleigh—. Se cae.

—¿Y quién lo pagará? —dijo la señorita Antonia mirando los trozos de yeso sobre la alfombra.

Balbuceando como bebés, indiferentes, inquietas, reían. Frente al fuego, bebían su copa de jerez junto a las cenizas de leña y yeso, hasta que cada vaso no contuvo más que una gota de vino en el fondo, de un púrpura rojizo. Y de esto las ancianas no querían desprenderse —así parecía— pues sostenían los vasos, sentadas una al lado de la otra junto a la chimenea, pero nunca los llevaban a los labios.

—Milly Masters está en la bodega —comenzó a decir la señorita Rashleigh—. Es nuestra…

Se escuchó un disparo bajo la ventana. Cortó la cuerda que sostenía la lluvia, que empezó a caer más y más, en línea recta, azotando las ventanas. La luz se apartó de la alfombra. La luz se apagó en sus ojos también, mientras seguían oyendo junto a las cenizas blancas. Los ojos se volvieron como piedritas sacadas del agua; piedras grises, duras y secas. Y las manos entrelazadas —como las garras de las aves muertas— sujetando la nada. Y se estremecieron, como si los cuerpos bajo la ropa se hubieran encogido. Después la señorita Antonia elevó el vaso hacia la sirena. Era la última gota; la bebió.

—¡Se acercan! —masculló y bajó la copa de golpe. Una puerta se cerró de un portazo. Después otra. Y otra. Se escucharon pisadas, pies arrastrándose por el pasillo hacia la galería.

—¡Más cerca, más cerca! —rio la señora Rashleigh descubriendo los dientes amarillos.

La enorme puerta se abrió de golpe. Tres perros de caza entraron corriendo y se detuvieron jadeando. Después entró caminando encorvado el Señor con sus polainas gastadas. Los perros se pegaron a él, sacudiendo la cabeza, olisqueándole los bolsillos. Después se adelantaron; olieron la carne. El suelo de la galería se agitó como una selva azotada por el viento con las colas de los grandes perros de caza. Olfatearon la mesa. Apoyaron las patas en el mantel. Después, con un aullido, se arrojaron sobre el pequeño spaniel que roía los restos de comida bajo la mesa.

—¡Malditos sean! —gritó el Señor. Pero su voz era débil, como si gritara contra el viento—. ¡Malditas sean! —gritó ahora dirigiéndose a sus hermanas.

La señorita Antonia y la señorita Rashleigh se pusieron de pie. Los perros tenían al spaniel; lo perseguían, lo mordían con sus grandes dientes amarillos. El Señor blandeaba una fusta de cuero de un lado al otro, maldiciendo a los perros, maldiciendo a sus hermanas, con una voz que parecía fuerte pero era débil. De un azote arrojó al suelo el jarrón con los crisantemos. Otro alcanzó la mejilla de la señorita Rashleigh. La anciana se tambaleó hacia atrás y chocó contra la chimenea. Su bastón golpeó el escudo. Ella se desplomó con un ruido sordo sobre las cenizas, y el escudo de los Rashleighs cayó de la pared. La señorita Rashleigh quedó enterrada bajo la sirena, bajo las espadas.

El viento sacudía los cristales. Los disparos seguían resonando en el Parque y un árbol cayó. Y el Rey Eduardo, en el marco de plata, se resbaló y cayó también.

La niebla gris se hizo más espesa en el compartimento. Colgaba como un velo; parecía ubicar a los cuatro ocupantes muy lejos el uno del otro, aunque en realidad estaban tan cerca como puede viajarse en un vagón de tercera. El efecto era extraño. La apuesta mujer —aunque ya con unos años encima—, bien vestida —aunque algo desaliñada—, que había subido al tren en alguna estación, había perdido la forma. Su cuerpo se había convertido en niebla. Sólo sus ojos brillaban, parecían tener vida propia; ojos sin un cuerpo, ojos mirando algo invisible; resplandecían en el aire brumoso, se movían de tal forma que en esa atmósfera sepulcral (las ventanas empañadas, las lámparas con un halo de niebla) parecían luces danzando; el humo que se mece, así dicen, sobre las tumbas de los inquietos durmientes en los camposantos. ¿Una idea absurda? ¡Tan sólo una fantasía! Pero, después de todo, ya que no existe nada que no deje algún residuo, y la memoria es una luz que danza en la mente cuando la realidad está enterrada, ¿por qué esos

ojos, que brillan, se mueven, no pueden ser los fantasmas de una familia, de una era, de una civilización, danzando sobre la tumba?

El tren redujo la velocidad. Las lámparas se encendieron. Se atenuaron. Se encendieron otra vez mientras el tren entraba en la estación. ¿Y los ojos en el rincón? Estaban cerrados. Quizás la luz era demasiado intensa. Y desde luego, bajo la plena luz de la estación, era una mujer común y corriente, adulta, que viajaba a Londres a hacer algo común y corriente, algo relacionado a un gato, o un caballo o un perro. Se levantó y tomó la maleta y los faisanes del portaequipaje. ¿Pero, de todos modos, al abrir la puerta del compartimento y salir no murmuró «chk, chk»?

La duquesa y el joyero

Oliver Bacon vivía en el piso más alto de una construcción con vista a Green Park. Tenía un apartamento; las sillas ubicadas debidamente en las esquinas, sillas tapizadas en piel. Los sofás estaban debajo de los salientes de las ventanas, sofás tapizados en tela. Las ventanas, las tres largas ventanas, adecuadamente provistas de delicado visillo y cortinas de satén estampado. El aparador de caoba estaba discretamente provisto de una adecuada selección de brandis, whiskys y licores. Por la ventana del medio miraba los techos lustrosos de los modernos coches estacionados en las angostas calles de Piccadilly. No existía una ubicación más céntrica que ésa. A las ocho de la mañana, un criado le traía el desayuno en bandeja; desdoblaba su bata roja, abría los sobres de la correspondencia con sus uñas largas y puntiagudas, y sacaba gruesas tarjetas de invitaciones en cuyos remitentes se leían nombres de duquesas, condesas, vizcondesas y honorables señoritas. Después se aseaba, comía su tostada y leía el periódico junto al fuego del carbón eléctrico.

—¡Mírate Oliver! —se decía a sí mismo—. Comenzaste en un callejón de mala muerte… —Y se miraba las piernas, esbeltas, en esos pantalones de corte perfecto; se miraba las botas, las polainas. Todo muy bello y elegante, cortado de la mejor tela, por la mejor tijera en Savile Row. Pero en ocasiones se desplomaba y se convertía otra vez en aquel niño en el oscuro callejón. Alguna vez había pensado que su mayor ambición sería vender perros robados a mujeres elegantes de Whitechapel. Y una vez lo había hecho. «¡Oh, Oliver!», protestó su madre, «¿cuándo entrarás en razón, hijo mío?»… Luego trabajó detrás de un mostrador, vendiendo relojes baratos. Después se había llevado un maletín a Amsterdam… Al pensar en ello se reía por lo bajo: el viejo Oliver recordando su juventud. Sí, le había ido bien con los tres diamantes; también estaba la comisión por la esmeralda. Más adelante se mudó a una habitación privada detrás de la tienda en Hatton Garden; la habitación con las balanzas, la caja fuerte, la gruesa lupa. Y después… Y después… Se rio. Cuando aquella tarde de calor pasó junto a un grupo de joyeros que discutían sobre precios, minas de oro, diamantes, comunicados desde Sudáfrica, uno de ellos se tocó la nariz y murmuró: «Hum… mm». No fue más que un murmullo, un ligero codazo, un dedo rascando la nariz, un zumbido que atravesó al grupo de joyeros de Hatton Garden una tarde de calor. ¡Oh, hace tantos

años! Pero Oliver todavía lo sentía recorrer su columna, el codazo, el murmullo que decía: «Mírenlo, el joven Oliver, el joven joyero, allí va». Era joven en ese entonces. Y vestía cada vez mejor. Tenía un bello carruaje al principio; después compró un auto. Al principio iba a la platea; luego al palco. Y tenía un chalé en Richmond, con vista al río y enrejados de rosas rojas; y *Mademoiselle* cortaba una rosa cada mañana y se la prendía en el ojal.

—Así que… —dijo Oliver Bacon incorporándose y estirando las piernas—. Así que…

Se detuvo bajo el cuadro de una anciana sobre la repisa de la chimenea y levantó las manos:

—He cumplido con mi palabra —dijo juntando palma con palma como rindiendo homenaje—. He ganado la apuesta.

Ciertamente. Era el joyero más rico de Inglaterra; pero su nariz, larga y flexible, como la trompa de un elefante, parecía decir con ese curioso temblor de los orificios (parecía que toda la nariz temblaba no sólo los orificios) que todavía no estaba satisfecho; que todavía olfateaba algo bajo la tierra, un poco más lejos. Imagina un cerdo gigante en un pastizal repleto de trufas; tras desenterrar una y otra todavía puede oler una más grande aún bajo la tierra. Así olfateaba siempre Oliver, en la tierra fértil de Mayfair, otra trufa, una más negra, una más grande, un poco más lejos.

Ahora se enderezaba la perla en la corbata, se ponía el elegante sobretodo azul, tomaba los guantes amarillos y el bastón y lo balanceaba mientras bajaba las escaleras y, medio olfateando, medio suspirando por esa larga nariz puntiaguda, se adentraba en Piccadilly. Pues, aunque hubiese ganado la apuesta, ¿no era todavía un hombre triste, un hombre insatisfecho, un hombre buscando algo que está escondido?

Se contoneaba apenas al caminar, como el camello del zoológico se contonea de lado a lado al andar por los caminos asfaltados, cargando a los tenderos y a sus esposas, que comen de las bolsas de papel y arrojan pequeños bollos de papel plateado en el camino. El camello detesta a los tenderos; el camello está insatisfecho con su suerte; el camello ve el lago azul rodeado de palmeras ante sí. Así el gran joyero, el mejor joyero del mundo, se contonea por Piccadilly, elegantemente vestido, con sus guantes, su bastón. Pero insatisfecho aún. Hasta llegar a la pequeña tienda oscura, conocida en Francia, Alemania, Austria, Italia y

América, la pequeña tienda oscura de Bond Street.

Como de costumbre, no dijo palabra al entrar; aunque los cuatro hombres, los señores Marshall y Spencer y los jóvenes, Hammond y Wicks, estaban allí y lo miraron con envidia. De su presencia él dio cuenta con el simple movimiento de un dedo dentro del guante color ámbar. Entró en su despacho y cerró la puerta.

Quitó la reja que trababa la ventana. El murmullo de Bond Street entró a la habitación, también el zumbido del tránsito a lo lejos. Los reflectores al final de la tienda apuntaban hacia arriba. Un árbol se agitó sacudiendo sus seis hojas verdes; era junio. Pero *Mademoiselle* se había casado con el señor Pedder, el dueño de la cervecería local; ahora nadie le prendía rosas en el ojal.

—Así que —dijo medio suspirando, medio bufando—, así que…

Tocó el muelle que había en la pared y el panel se abrió lentamente; detrás estaban las cajas fuertes de acero; cinco, no, seis, todas de acero bruñido. Giró una llave, abrió una caja, después otra. Cada una estaba forrada en terciopelo rojo; en todas había joyas: pulseras, collares, anillos, diademas, coronillas ducales; piedras sueltas en cajas de vidrio: rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes. Todas seguras, brillantes, frías y aún, ardiendo eternamente en su propia luz comprimida.

—¡Lágrimas! —dijo Oliver mirando las perlas.

—¡Sangre del corazón! —dijo mirando los rubíes.

—¡Pólvora! —siguió, sacudiendo los diamantes para que resplandecieran—. ¡Suficiente pólvora para volar Mayfair por los aires! —Al decirlo, inclinó la cabeza hacia atrás e hizo el sonido de un caballo relinchando.

El teléfono sobre el escritorio sonaba insistentemente con un timbre bajo. Cerró la caja de seguridad.

—En diez minutos —dijo—, no antes.

Y se sentó en su escritorio mirando los rostros de los emperadores romanos grabados en sus gemelos. Y otra vez se desplomó y volvió a convertirse en el pequeño jugando a las damas en el callejón donde vendían perros robados los domingos. Se convirtió en ese astuto niño con labios como húmedas cerezas. Enterraba los dedos en tiras de mondongo; los metía en sartenes de pescado frito; iba y venía entre las multitudes. Era delgado, grácil, con ojos como piedras pulidas.

Y ahora, ahora las manecillas del reloj seguían su curso, la una, las dos, las tres, las cuatro… La Duquesa de Lambourne lo esperaba a su conveniencia; la Duquesa de Lambourne, hija de cientos de Condes. Esperaría diez minutos sentada en una silla junto al mostrador. Esperaría a su conveniencia. Esperaría a que él estuviera listo para verla. Miraba el reloj en su caja de cuero. La manecilla corría. Con cada tic-tac el reloj le ofrecía (así parecía) paté de foie gras, una copa de champaña, otra de fino *brandy*, un cigarro de una guinea. El reloj los ponía sobre la mesa a su lado mientras corrían los diez minutos. Escuchó suaves pisadas acercándose; un susurro en el pasillo. La puerta se abrió. El señor Hammond se pegó a la pared.

—¡Su Excelencia! —anunció. Y esperó allí, junto a la pared.

Oliver se puso de pie; podía escuchar el roce del vestido de la Duquesa caminando por el pasillo. Apareció; colmó el marco de la puerta, llenó la habitación del perfume, del prestigio, de la arrogancia, de la pompa, del orgullo de todos los Condes y Condesas juntos en una ola. Y como una ola rompe, ella se rompió al sentarse, desparramándose y salpicando y derramándose sobre Oliver Bacon, el gran joyero, cubriéndolo de brillantes colores: verde, rosa, púrpura; y de perfumes; y de iridiscencia; y de rayos que salían de los dedos, y de las plumas, que destellaban en la seda. Pues era enorme, muy gorda, ceñidamente enfundada en tafeta rosa, y ya había pasado sus mejores años. Como una sombrilla con muchos volados, o un pavo real con muchas plumas, se cierra, pliega las alas; así se dejó caer en el sillón de cuero.

—Buen día, señor Bacon —dijo la Duquesa y extendió la mano que salió de la abertura del guante blanco. Oliver hizo una reverencia al estrechársela. Mientras las manos se tocaban los gemelos volvían a fundirse entre ellos. Eran amigos, también enemigos; él era un señor, ella una señora; se engañaban; se necesitaban, se temían; lo sentían y lo sabían cada vez que se estrechaban las manos en la pequeña habitación oscura con la luz blanca afuera, y el árbol con las seis hojas, y el sonido de la calle a la distancia y las cajas de seguridad detrás.

—¿Qué puedo hacer hoy por usted, Duquesa? —dijo Oliver con suavidad.

La Duquesa abrió su corazón de par en par. Suspirando pero sin decir palabra, tomó de la cartera una bolsa alargada de cuero lavado que parecía un delgado hurón amarillo. Y de un agujero en el estómago del hurón sacó diez perlas. Rodaron desde el estómago del hurón, una, dos, tres, cuatro, como huevos de algún pájaro celestial.

—Es todo lo que me queda, querido señor Bacon —gimió. Cinco, seis, siete, rodaron, por las pendientes de las grandes montañas que desembocaban en un valle angosto entre sus rodillas. Ocho, nueve y diez. Allí estaban, en el resplandor de la tafeta color durazno. Diez perlas.

—Del cinto de Appleby —gimió—. Son las últimas… Las últimas de todas.

Oliver se estiró y tomó una de las perlas entre el pulgar y el índice. Era redonda, brillante. ¿Era auténtica, verdad? ¿Estaba mintiéndole otra vez? ¿Se atrevería?

Cruzó el dedo rechoncho sobre los labios.

—Si el Duque supiera… —murmuró.

—Querido señor Bacon, un poco de mala suerte…

Había estado apostando otra vez, ¿cierto?

—¡Ese cretino! ¡Estafador! —susurró.

¿El hombre del pómulo roto? Mala gente. Y el Duque era recto como una vara, con sus patillas; la desheredaría, la encerraría si supiera lo que yo, lo que yo sé, pensó Oliver, y miró la caja de seguridad.

—Araminta, Daphne, Diana —sollozó—. Es por ellas.

Las señoritas Araminta, Daphne, Diana, sus hijas. Él las conocía; las adoraba. Pero era a Diana a quien amaba.

—Usted conoce todos mis secretos —dijo mirándolo con lascivia. La lágrimas rodaron, cayeron; lágrimas como diamantes, atrapando polvo de sus mejillas como rojos pimpollos.

—Mi viejo amigo —murmuró ella—. Mi viejo amigo.

—Mi vieja amiga —repitió él—. Mi vieja amiga —como si jugueteara con las palabras—. ¿Cuánto quiere? —preguntó.

Ella cubrió las perlas con la mano.

—Veinte mil —susurró.

¿Pero era auténtica? La que tenía en la mano. El cinto de Appleby, ¿no lo había vendido ya? Llamaría a Spencer o Hammond. «Llévela y examínela», le diría. Llevó la mano hasta el teléfono.

—¿Vendrá mañana? —preguntó ella interrumpiéndolo—. El Primer Ministro, Su Majestad… —se detuvo—. Y Diana… —agregó.

Oliver corrió la mano del teléfono.

La miró. Miró la parte trasera de las casas de Bond Street. Pero no vio las casas de Bond Street sino un río agitado; y truchas, y salmones. Y el Primer Ministro, y a él mismo también, con un chaleco blanco; y a Diana. Miró la perla en su mano. ¿Cómo podía examinarla a la luz del río, a la luz de los ojos de Diana? Pero la Duquesa lo observaba.

—Veinte mil —protestó—. ¡Por mi honor!

¡Por el honor de la madre de Diana! Acercó la chequera y tomó un bolígrafo.

«Veinte…», anotó. Y se detuvo. La anciana en el cuadro lo observaba, la anciana que era su madre.

—¡Oliver! —exclamó ella—. ¡Piensa, no seas tonto! ¡Oliver! —suplicó la Duquesa (era «Oliver» ahora, no «señor Bacon»)—. ¿Vendrá por el fin de semana largo?

Sólo en el campo con Diana. ¡Cabalgar en el bosque con Diana!

«Mil», escribió y firmó el cheque.

—Aquí tiene.

Entonces se abrieron todos los volados de la sombrilla, las plumas del pavo real, el esplendor de la ola, las espadas y lanzas de Agincourt mientras la Duquesa se levantaba de la silla. Y los dos señores, y los dos jóvenes, Spencer y Marshall, Wicks y Hammond, se pegaron al mostrador y miraron con envidia mientras él la conducía hasta la puerta. Y movió el guante amarillo en sus narices; y ella llevaba su honor (un cheque por veinte mil libras con su firma) bien sujeto en las manos.

—¿Eran auténticas o falsas? —preguntó Oliver al cerrar la puerta de su oficina privada. Allí estaban, diez perlas sobre el papel secante en el escritorio. Las llevó a la ventana. Las miró a la luz con las gafas… ¡Esta era, entonces, la trufa que había desenterrado! ¡Podrida en el centro! ¡Podrida en el corazón!

—¡Oh, perdóname, madre! —suspiró levantando la mano como pidiendo perdón a la anciana del cuadro. Y otra vez era aquel pequeño en el callejón donde vendían perros robados los domingos.

—Es que… —murmuró con las palmas juntas—. Será un fin de semana largo.

Lappin y Lapinova

Estaban casados. Todavía se escuchaba la marcha nupcial. Había palomas revoloteando y niños con chaquetas Eton arrojaban arroz. Un fox terrier corría por el sendero. Ernest Thorburn conducía a la novia hasta el coche atravesando esa pequeña y curiosa multitud de completos extraños que siempre se reúne en Londres para compartir la felicidad o la infelicidad de los otros. Ciertamente, él se veía apuesto y ella, tímida. Más arroz. Y el coche arrancó.

Eso fue el martes. Ahora era sábado. Rosalind todavía debía acostumbrarse a la idea de ser la señora de Ernest Thorburn. Tal vez nunca se acostumbraría a ser la señora de Ernest. Quien sea, pensó al sentarse junto al ventanal del hotel y contemplar las montañas detrás del lago, mientras esperaba que su esposo bajara a desayunar. Era difícil acostumbrarse a un nombre como Ernest. No es el nombre que hubiera elegido. Habría preferido Timothy, Antony o Peter. Tampoco tenía cara de Ernest. El nombre sugería los aparadores de caoba del Albert Memorial, los grabados de acero de Prince Consort con su familia; el comedor de su suegra en Porchester Terrace, en pocas palabras.

Pero aquí estaba. Gracias a Dios no tenía cara de Ernest. ¿Pero cara de qué tenía? Lo observó detenidamente. Bueno, cuando comía tostadas parecía un conejo. Nadie le habría visto nunca un parecido con una criatura tan diminuta y tímida a este hombre joven, elegante, musculoso, con esa nariz recta, ojos azules y boca firme. Pero eso lo hacía, incluso, más sorprendente. La nariz se le arrugaba ligeramente al masticar, tal como al conejo que tenía de mascota. Se quedó observándolo, y después tuvo que explicarle por qué se reía cuando él la descubrió.

—Porque te pareces a un conejo, Ernest —dijo—. A un conejo salvaje —agregó mirándolo a los ojos—. Un conejo de caza; un Conejo Rey; el conejo que dicta las leyes para los otros conejos.

Ernest no tenía ninguna objeción en parecerse a un conejo de esas características, y ya que a ella le divertía ver cómo se arrugaba su nariz (no sabía que su nariz se arrugaba), lo hacía a propósito. Y ella reía y reía. Y él reía también;

de manera que las señoritas, el pescador y el mozo suizo con su grasienta chaqueta negra pensaban bien: eran muy felices. ¿Pero cuánto dura esa felicidad? Se preguntaban. Y cada uno respondía según sus propias circunstancias.

En el almuerzo, sentados sobre una mata de brezo junto al lago:

—¿Quieres lechuga, conejo? —dijo Rosalind levantando la lechuga que acompañarían con huevos duros—. Ven y quítamela —agregó, y él se estiró y mordisqueó la lechuga arrugando la nariz.

—Buen conejo, lindo conejo —dijo palmeándolo como solía palmear al conejo de su casa. Pero era absurdo. Fuera lo que fuera, él no era un conejo doméstico. Lo convirtió en francés. «Lapin», lo llamó. Pero fuera lo que fuera, él no era un conejo francés. Era simplemente y tan sólo un inglés nacido en Porchester Terrace, educado en Rugby; y ahora empleado público al servicio de Su Majestad. Así que probó con «Bunny», pero fue peor. «Bunny» era alguien regordete, débil y cómico; él era delgado pero fuerte, y serio. Aún así, se le arrugaba la nariz.

—Lappin —exclamó de repente con un grito suave, como si hubiera encontrado la palabra que buscaba.

—Lappin, Lappin, Rey Lappin —repitió.

Parecía encajarle a la perfección; él no era Ernest, era el Rey Lappin. ¿Por qué? No lo sabía.

Cuando no tenían nada nuevo qué contarse durante sus largas caminatas y llovía, como todos les habían advertido; o cuando se sentaban junto al fuego por la noche porque hacía frío, y las señoritas y el pescador se habían marchado, y el mozo sólo venía si lo llamaban, ella dejaba a su fantasía jugar con la historia de la tribu Lappin. Bajo sus manos (ella cosía, él leía) los personajes se volvían muy reales, era divertidísimo. Ernest cerró el periódico y la ayudó. Allí estaban los conejos negros y los rojos; allí estaban los amigos y los enemigos. Allí estaba el bosque en el que vivían, las lejanas praderas y el pantano. Arriba de todo estaba el Rey Lappin que, además de ser el único poseedor del truco (se le arrugaba la nariz), a medida que pasaban los días se convertía en un animal de gran carácter; Rosalind siempre hallaba nuevas cualidades en él. Pero por encima de todo, era un gran cazador.

—¿Y qué ha hecho el Rey hoy? —dijo Rosalind el último día de luna de miel.

Ciertamente, habían estado escalando todo el día y a ella le había salido una ampolla en el talón. Pero no era a eso a lo que se refería.

—Hoy —dijo Ernest arrugando apenas la nariz mientras mordisqueaba el final del cigarrillo—, persiguió una liebre.

Hizo una pausa, encendió un fósforo y arrugó la nariz otra vez.

—Una liebre mujer —agregó.

—¡Una liebre blanca! —exclamó Rosalind como si hubiera estado esperando esa respuesta—. ¿Más bien pequeña, gris perla, con grandes ojos brillosos?

—Sí —dijo Ernest mirándola como ella lo había estado mirando a él—, un animal más bien pequeño, de ojos prominentes y dos pequeñas patas balanceándose adelante. Y sus ojos, tan grandes y brillantes, eran de veras bastante saltones.

—Ah, Lapinova —murmuró Rosalind.

—¿Así se llama? —dijo Ernest—. ¿La verdadera Rosalind?

La miró. Se sintió muy enamorado de ella.

—Sí, así se llama —dijo Rosalind—, Lapinova.

Y antes de acostarse esa noche los personajes estaban caracterizados. Él era el Rey Lappin; ella la Reina Lapinova. Eran totalmente opuestos; él era audaz y decidido; ella cautelosa e insegura. Él gobernaba el ajetreado mundo de los conejos; el mundo de ella era un lugar desolado y misterioso, que ella recorría principalmente de noche. De todos modos, sus territorios se tocaban; eran el Rey y la Reina.

Así, al regresar de la luna de miel, tenían un mundo privado, habitado enteramente por conejos, excepto por la liebre blanca. Nadie sospechaba de la existencia de un mundo semejante y eso, desde luego, lo hacía más divertido. Los hacía sentir, incluso —más que a la mayoría de las parejas recién casadas— unidos contra el resto del mundo. A menudo se miraban cómplices cuando otras personas hablaban de conejos y bosques, y trampas y cacerías. O se guiñaban disimuladamente el ojo cuando la tía Mary decía que no podía soportar ver una liebre en un plato (parecían bebés). O cuando John, el hermano deportista de

Ernest, comentaba los precios que estaban alcanzando los conejos ese otoño en Wiltshire, con la piel y todo. A veces, cuando necesitaban un guarda, un pescador o un señor feudal se divertían distribuyendo los personajes entre sus amigos. A la madre de Ernest, la señora Reginald Thorburn, por ejemplo, le iba a la perfección el papel de terrateniente. Pero todo era secreto, ese era el punto. Nadie más que ellos sabía de la existencia de ese mundo.

Sin ese mundo, se preguntaba Rosalind, ¿cómo podría haber sobrevivido ese invierno? Por ejemplo, el día del festejo de las bodas de oro, cuando todos los Thorburn se reunieron en Porchester Terrace para celebrar los cincuenta años de esa unión que había sido tan bendecida (¿no había nacido Ernest Thorburn acaso?) y tan fructífera (¿no habían nacido otros nueve hijos más, muchos de ellos ya casados y con hijos?). La aterrorizaba esa fiesta. Pero no podía faltar. Al subir las escaleras, sentía con amargura que era una huérfana, una mera gota entre todos los Thorburn reunidos en la gran sala empapelada en satén con los ilustres portarretratos familiares. Los Thorburn vivos se parecían a los de las pinturas, sólo que en lugar de labios pintados tenían labios reales. A raíz de eso comenzaron los recuerdos de la escuela primaria; cómo uno le había corrido la silla a la institutriz, bromas sobre sapos y cómo los metían en las sábanas de las niñas. En cuanto a ella, nunca le había hecho una zancadilla a alguien siquiera. Con el regalo en la mano, se acercó a su suegra, vestida de amarillo suntuoso, y a su suegro, que llevaba un clavel amarillo en la solapa.

A su alrededor, en mesas y sillas, estaban los obsequios de oro: algunos recostados en lana de algodón, otros ramificándose resplandecientes (candeleros, cigarreras, cadenas); cada uno con el sello del orfebre garantizando que era oro sólido, auténtico. Pero su regalo era tan sólo una pequeña caja de similor con agujeros; un viejo arenillero, una reliquia del siglo dieciocho que se utilizaba para salpicar arena sobre la tinta húmeda. Un regalo un tanto absurdo —pensó ahora— en la época del papel secante. Y al entregarlo vio delante de ella la letra redonda de su suegra en su compromiso expresando la esperanza de que «mi hijo te haga feliz». No, no era feliz. En absoluto. Miró a Ernest, con la espalda recta, la nariz de los de las pinturas, una nariz que jamás se arrugaba.

Bajaron a cenar. Estaba prácticamente escondida detrás de los enormes crisantemos que rizaban sus pétalos rojos y dorados formando grandes y compactos capullos. Todo era dorado. Una tarjeta con los bordes dorados con las iniciales entrelazadas también en dorado enumeraba la lista de platos que se servirían. Hundió la cuchara en un plato lleno de un fluido claro y dorado. La luz de las lámparas había transformado la blanca neblina del exterior en una malla

dorada que borroneaba los contornos de los platos y otorgaba a los ananás un lustre dorado y rugoso. Sólo ella, con el vestido de novia blanco, mirando hacia adelante con sus ojos saltones, parecía insoluble como un carámbano. A medida que la cena avanzaba, sin embargo, la habitación se fue llenando de vapor. Las frentes de los hombres comenzaron a empaparse en sudor. Sintió que su carámbano se volvía agua. Se estaba derritiendo, dispersándose, disolviéndose, y pronto se desvanecería. Después, en el tumulto de su cabeza y el alboroto en sus oídos escuchó la voz de una mujer:

—¡Pero tienen buena descendencia!

Los Thorburn, sí, tienen buena descendencia, repitió mirando los rostros redondos que se veían dobles con el mareo y parecían haberse ensanchado con el vaho dorado que los rodeaba. «Tienen buena descendencia». Después John exclamó:

—¡Pequeñas basuras!… ¡Dispárenles! ¡Písenlos! ¡Es la única forma de terminar con ellos… Conejos!

Al escuchar esa palabra, la palabra mágica, se recompuso. Espiando a través de los crisantemos vio la nariz de Ernest arrugarse. Se fruncía, se movía hacia arriba y hacia abajo. Y en ese momento una misteriosa catástrofe sobrevino a los Thorburn. La mesa dorada se convirtió en un páramo repleto de tojos florecidos; el ruido de las voces se volvió una carcajada de alondra resonando desde el cielo. Era un cielo azul, las nubes pasaban lentamente. Y los Thorburn habían cambiado. Miró a su suegro, un hombre pequeño y escurridizo con bigotes teñidos. Tenía la manía de juntar cosas: sellos, cajas esmaltadas, baratijas de tocador del siglo dieciocho que escondía de su esposa en los cajones de su estudio. Ahora lo vio tal como era: un cazador furtivo, robando con su abrigo repleto de faisanes y perdices para arrojarlos de un saque en la olla de tres patas de su pequeña cabaña llena de humo. Así era verdaderamente su suegro, un cazador furtivo. Y Celia, la hija soltera, siempre husmeando en los secretos de las personas, en las pequeñas cosas que éstas deseaban ocultar. Era una hurona blanca con ojos rojos y la nariz sucia de tierra de tanto olfatear y andar bajo tierra. Colgada sobre los hombros de los hombres en una red y luego arrojada a un agujero. Era una vida lamentable la de Celia, pero ella no tenía la culpa. Después miró a su suegra, a quien apodaban la terrateniente. Con las mejillas rojas, era grosera, una matona; todo eso era mientras daba las gracias de pie. Pero ahora que Rosalind (es decir, Lapinova) la veía, vio detrás de ella la decadencia de la mansión familiar, las paredes descascarándose, y la escuchó, con amargura en la voz, agradeciendo a sus hijos (que la odiaban) por

un mundo que había dejado de existir. Se hizo un silencio repentino. Todos tenían el vaso en lo alto; todos bebieron; después se terminó.

—¡Oh Rey Lappin! —exclamó mientras regresaban juntos a la casa en la niebla—, ¡si no hubieras arrugado la nariz en ese preciso instante me habrían atrapado!

—Pero estás a salvo —dijo el Rey Lappin tomando su pata.

—A salvo —respondió.

Y condujeron de vuelta a través del Parque, el Rey y la Reina del pantano, de la niebla, y del páramo con aroma a tojo.

Así pasó el tiempo; un año; dos años. Y una noche de invierno, que casualmente coincidía con el aniversario de la fiesta por las bodas de oro (sólo que la señora Reginald Thorburn había muerto, la casa estaba en alquiler, y sólo había un portero viviendo allí), Ernest llegó de la oficina. Tenían una casa pequeña y bonita; la mitad de una casa arriba de una tienda que vendía monturas en South Kensington, cerca de la estación de Metro. Hacía frío, había niebla afuera, y Rosalind estaba sentada junto al fuego cosiendo.

—¿Qué crees que me pasó hoy? —dijo no bien él se sentó y estiró las piernas para calentarse—. Estaba cruzando el arroyo cuando…

—¿Qué arroyo? —la interrumpió Ernest.

—El arroyo de abajo, donde nuestro bosque choca con el bosque negro —explicó.

Ernest no se inmutó.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó.

—¡Querido Ernest! —dijo ella consternada—. Rey Lappin —agregó frotándose sus patitas frente al fuego.

Pero su nariz no se arrugó. Las manos de ella (eran manos otra vez) sujetaban con firmeza la tela; y sus ojos se abrieron de par en par. Le tomó al menos cinco minutos a Ernest Thorburn convertirse en el Rey Lappin. Y mientras ella esperaba, sentía una carga pesada en el cuello, como si alguien estuviera a

punto de estrujarlo. Finalmente se convirtió en el Rey Lappin; su nariz se arrugó; y pasaron la noche vagando por el bosque como de costumbre.

Pero ese día durmió mal. En medio de la noche se despertó con la sensación de que algo extraño le había sucedido. Tenía el cuerpo tieso y frío. Encendió la luz y miró a Ernest a su lado. Estaba profundamente dormido. Roncaba. Pero aunque lo hiciera, su nariz estaba perfectamente inmóvil. Parecía que nunca se hubiera arrugado. ¿Era posible que fuera verdaderamente Ernest y que ella se haya casado con él? Se le vino a la mente la imagen de su suegra en el comedor. Allí estaban, ella y Ernest, ancianos, bajo los grabados, frente al aparador… Era su fiesta por las bodas de oro. No podía soportarlo.

—¡Lappin, Rey Lappin! —susurró, y por un momento la nariz de él pareció arrugarse sola. Pero seguía dormido—. Despierta, Lappin, ¡despierta! —exclamó.

Ernest se despertó, y al verla sentada en la cama preguntó:

—¿Qué sucede?

—¡Pensé que mi conejo estaba muerto! —gimió.

Ernest estaba enfadado.

—No hables tonterías, Rosalind —dijo, acuéstate y duérmete.

Se dio vuelta. Un momento después estaba completamente dormido y roncaba.

Pero ella no podía dormir. Se acurrucó de su lado de la cama, como una liebre en su madriguera. Había apagado la luz pero el resplandor de la calle iluminaba apenas el techo; y los árboles formaban figuras como si hubiera una arboleda de sombras en el techo en la que ella vagaba, se daba vuelta, se enroscaba, para adentro y para afuera, hacia un lado y hacia el otro; acechaba, la acechaban, escuchaba el aullido de los perros y las cornetas, huía, escapaba… Hasta que la criada corrió las cortinas y trajo el té de la mañana.

Durante ese día no logró concentrarse en nada. Parecía haber perdido algo. Sentía que el cuerpo se le había encogido; que se había vuelto pequeño, negro y rígido. También sentía las articulaciones tiesas, y al mirarse al espejo —algo que hacía a menudo cuando deambulaba por el apartamento— los ojos parecían salirse de órbita, como un racimo de uvas. La habitación también parecía haberse

encogido. Los muebles eran grandes y estaban ubicados de forma extraña y se los chocaba. Se puso el sombrero y salió. Caminó por Cromwell Road; y cada habitación que espiaba al pasar parecía ser una habitación en la que las personas se sentaban a comer bajo grabados realizados sobre acero, con gruesas cortinas de encaje amarillo, y aparadores de caoba.

Finalmente llegó al Museo de Historia Natural; le gustaba ir allí de niña. Pero lo primero que vio al entrar fue una liebre disecada sentada sobre nieve falsa con ojos de vidrio rojos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Tal vez se sintiera mejor al caer la tarde. Volvió a casa y se sentó junto al fuego, sin encender la luz. Intentó imaginar que estaba sola en el páramo y que había un arroyo, más allá del cual estaba el bosque oscuro. Pero no podía ir más lejos del arroyo. Se sentó en cuclillas en la orilla, sobre el pasto mojado; se acurrucó en la silla, las manos le colgaban, y los ojos frente al fuego le brillaban, como ojos de vidrio. Se escuchó un disparo… Se sobresaltó como si le hubieran dado a ella. Tan sólo era Ernest girando la llave de la puerta. Esperó temblando. Él entró y encendió la luz. Allí estaba: alto, apuesto, frotándose las manos rojas del frío.

—¿Sentada en la oscuridad? —dijo.

—¡Oh, Ernest, Ernest! —exclamó levantándose de la silla.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó con brusquedad, calentándose las manos en el fuego.

—Es Lapinova… —balbuceó mirándolo fijamente con sus grandes ojos desencajados—. ¡Se ha ido, Ernest! ¡La he perdido!

Ernest frunció el entrecejo. Apretó los labios con fuerza.

—Oh, ¿eso es lo que sucede? —dijo sonriendo frialdad.

Durante diez segundos estuvo allí, en silencio; y ella esperaba, sintiendo las manos entrelazándose detrás de su cuello.

—Sí —dijo él al final—. Pobre Lapinova…

Se ajustó la corbata frente al espejo sobre la repisa de la chimenea.

—Cayó en una trampa —dijo—, murió.

Y se sentó a leer el periódico.

Ese fue el fin de este matrimonio.

El hombre que quería al prójimo

Pickett Ellis iba a paso ligero por Deans Yard esa tarde cuando se cruzó con Richard Dalloway; o mejor dicho, la mirada de costado que los dos se echaron al pasarse, uno bajo su sombrero, el otro sobre el hombro, se prolongó y se transformó en reconocimiento. Hacía veinte años que no se veían. Habían ido al colegio juntos. ¿Qué hacía Ellis ahora? ¿Era abogado? Desde luego, desde luego. Había seguido el caso en el periódico, pero no podían hablar allí. ¿Por qué no iba a su casa esa noche? (Vivían donde siempre, doblando la esquina). Algunos más irían. Joynson tal vez. Le va muy bien ahora.

—Bueno, hasta esta noche entonces —dijo Richard y siguió caminando, «Qué alegría» (era cierto), encontrarse con ese tipo tan raro, que no había cambiado en absoluto desde que iban a la escuela juntos (el mismo niño huesudo de entonces, lleno de prejuicios pero intelectualmente brillante; había ganado el Newcastle). Bueno… Y siguió caminando.

Prickett Ellis, sin embargo, al volverse y ver a Dalloway desaparecer, deseaba nunca habérselo cruzado, o al menos, pues siempre le había tenido mucha simpatía, no haberle prometido que iría a su fiesta. Dalloway estaba casado, daba fiestas; no era de su tipo en absoluto. Tendría que vestirse correctamente. Sin embargo, a medida que caía la tarde, supuso que, en tanto lo había prometido y no quería parecer descortés, debía ir.

¡Qué fiesta más patética! Estaba Joynson. No tenían nada que decirse. Había sido un niño pedante, y se había vuelto un adulto engreído, eso era todo. No había nadie más en esa habitación que Pricket Ellis conociera. Nadie. De manera que, como no podía irse sin más, sin haber conversado un poco con Dalloway al menos —que parecía tan ocupado con sus deberes de anfitrión, vestido de chaleco blanco—, debía quedarse. Era el tipo de cosas que le revolvían el estómago. ¡Pensar que gente adulta y responsable hace esto todas las noches de sus vidas! Se apoyó en una pared, sin decir una palabra; las líneas en sus rojas y azules mejillas rasuradas se oscurecieron. Pues aunque trabajaba como animal, se mantenía en forma haciendo ejercicio y tenía un aspecto fuerte y rudo como si sus bigotes estuvieran hundidos en la escarcha. Estaba enfadado, nervioso. Su austero traje lo

hacía ver descuidado, insignificante, lánguido.

Holgazanes, charlatanes, superficiales, sin una idea en la cabeza, hombres y mujeres elegantes hablaban y reían; y Prickett Ellis los miraba y los comparaba con los Brunners que, al ganar el caso contra la cervecera Fenners y recibir doscientas libras en compensación (no era ni la mitad de lo que deberían haber recibido) gastaron un cuarto de la suma para comprarle un reloj de obsequio. Eso hace la gente de bien; esa clase de actitudes lo conmovían a uno. Y miró a los invitados con más severidad aún, superficiales, cínicos, prósperos; y comparó lo que sentía en ese momento con lo que había sentido a las once de la mañana cuando el señor y la señora Brunner, con su mejor atuendo, ancianos absolutamente respetables y de buen aspecto, le habían llevado esa pequeña muestra de gratitud (como el anciano había dicho, muy erguido al hablar) y respeto por la habilidosa forma en que llevó adelante el caso. Y la señora Brunner, con su voz aguda, manifestó cómo todo se lo debían a él. Y que agradecían profundamente su generosidad, porque, desde luego, no les había cobrado nada.

Y al tomar el reloj y ponerlo sobre la repisa de la chimenea sintió que no deseaba que nadie le viera el rostro. Para eso trabajaba, esa era su recompensa; y miró a las personas que tenía delante de sí en ese momento como si hubieran presenciado esa escena en su despacho y ello los pusiera en evidencia; y al desvanecerse (al desvanecerse los Brunners) allí permanecía él, enfrentando a ese gentío hostil. Él, un hombre absolutamente simple, sencillo, un hombre del tipo (se enderezó) de los que no visten de forma elegante, un hombre sin una pizca de gracia, torpe para ocultar los sentimientos; un hombre simple, común y corriente, que se enfrentaba al mal, a la corrupción, a la insensibilidad de la sociedad. Pero ya no los miraría. Se puso las gafas y comenzó a mirar las pinturas. Leyó los títulos de una línea de libros; la mayoría de poesía. Le habría gustado volver a leer algunos de sus clásicos favoritos, Shakespeare, Dickens; deseaba tener tiempo alguna vez para ir a la National Gallery, pero no, no podía. Realmente no podía hacer eso con el mundo en ese estado. No cuando había personas necesitando su ayuda durante todo el día, implorando su ayuda. No eran tiempos para darse lujos. Y miró los sillones, los abrecartas y los libros bien encuadernados; y sacudió la cabeza, sabiendo que nunca tendría el tiempo; jamás, le alegraba saber, podría permitirse esos lujos. Los invitados se sorprenderían de saber lo que había pagado por su tabaco; cómo había conseguido ese traje. Su única extravagancia era un pequeño barco en Norfolk Broads. Eso sí se lo permitía. Le gustaba, una vez al año, alejarse de todo el mundo y recostarse de espaldas en el campo. Pensó cuánto les sorprendería (a esas personas tan elegantes) saber el placer que le provocaba (era lo suficientemente anticuado como para llamarlo así) el amor por la naturaleza; los

árboles y los campos que había conocido de niño.

Estas personas tan elegantes se extrañarían. Puso las gafas en el bolsillo y, allí de pie, sintió que se volvía un ser cada vez más raro. Era una sensación desagradable. No sentía eso (que quería al prójimo, que pagaba tan sólo cinco peniques por treinta gramos de tabaco, y que adoraba la naturaleza) de forma natural y pacífica. Cada uno de esos placeres se había convertido en una protesta. Sentía que esas personas que despreciaba lo hacían ponerse de pie, hablar y justificarse. «Soy un hombre simple», decía. Y se avergonzaba después pero lo decía: «He hecho más por el prójimo en un día que todos ustedes en toda su vida». No podía evitarlo; revivía escena tras escena, como cuando los Brunners le dieron el reloj, seguía recordándose las cosas bonitas que las personas decían acerca de su humanidad, su generosidad, de cómo los había ayudado. Seguía viéndose como el sabio y paciente servidor de la humanidad. Y deseaba poder repetir esos elogios en voz alta. Era desagradable que se guardara para sí su sentido de la generosidad. Era incluso más desagradable no poder compartir con nadie lo que se decía de él. Gracias a Dios, se decía, vuelvo al trabajo mañana; pero, de todos modos, ya no se conformaba simplemente con abrir la puerta y marcharse. Debía quedarse, debía quedarse hasta haberse justificado. ¿Pero cómo hacerlo? En esa habitación llena de personas no conocía a una a quien hablarle.

Finalmente apareció Richard Dalloway.

—Quiero presentarte a la señorita O'Keefe —dijo.

Ella lo miró fijo. Una treintañera, un tanto arrogante, y algo tosca en sus movimientos.

La señorita O'Keefe quería un helado o algo para beber. Y la razón que alegó para pedírselo a Pricket Ellis —de una forma que él consideró injustificadamente altanera— fue que esa calurosa tarde había visto a una mujer y dos niños, muy pobres, cansados, contra la reja de una plaza, mirando. ¿Por qué no los dejaban entrar? Se había preguntado, con tristeza, con indignación. No; se reprendió después, como dándose una bofetada. Ni toda la fuerza del mundo puede hacerlo. Así que recogió la pelota de tenis y la arrojó de vuelta. Ni toda la fuerza del mundo puede hacerlo, dijo con rabia, y esa fue la razón por la que le pidió en un tono completamente autoritario al desconocido:

—Tráigame un helado.

Mucho antes de que se lo metiera en la boca, Prickett Ellis, de pie a su lado sin tomar nada, le dijo que hacía quince años que no iba a una fiesta; que su cuñado le había prestado el traje; que no le gustaban esa clase de reuniones; y le habría tranquilizado mucho continuar y decirle a todo el mundo que era un hombre simple, que le agradaban las personas corrientes, y después le habría contado a ella (y se avergonzaría después) sobre los Brunners y el reloj, pero ella dijo:

—¿Ha visto La Tempestad?

Y después (pues no había visto La Tempestad), «¿había leído algún libro?». De nuevo no; y después, dejando el helado, «¿leía poesía?».

Y Prickett Ellis, sintiendo que algo se elevaba en su interior que lo haría degollar a esta mujer, someterla, asesinarla, la hizo sentarse en el jardín vacío, donde nadie los interrumpiría, pues todos estaban arriba. Sólo se escuchaba un murmullo y un tintineo, como si fuera el acompañamiento de una orquesta fantasma a un gato o dos escabulléndose por el jardín; y las hojas agitándose, y las frutas rojas y amarillas balanceándose de un lado al otro como linternas chinas. La conversación parecía una música de baile frenética de dos esqueletos, con un propósito muy real y lleno de sufrimiento.

—¡Qué belleza! —dijo la señorita O'Keefe.

Oh, era bello, ese pequeño espacio verde, con las torres de Westminster alrededor, en lo alto; había silencio finalmente, al alejarse del ruido de la sala. Después de todo, tenían eso, la mujer cansada y los niños.

Prickett Ellis encendió la pipa. Eso la sorprendería; la llenó con tabaco barato, a cinco peniques los treinta gramos. Pensó cómo se recostaría en su bote y fumaría. Podía verse, solo, de noche, fumando bajo las estrellas. Pues toda la noche estuvo pensando cómo se vería a los ojos de estas personas. Le dijo a la señorita O'Keefe, encendiendo un fósforo con la suela de la bota, que nada le resultaba particularmente bello allí afuera.

—Tal vez —dijo ella—, no esté interesado en la belleza.

(Le había dicho que no había visto La Tempestad; que no había leído el libro; se veía descuidado, llevaba el bigote largo y una cadena de reloj de plata). No había que pagar un céntimo para disfrutar de eso, creía ella; ir a los museos era gratis, también la National Gallery, o ir al campo. Desde luego, conocía las

objeciones: lavar, cocinar, atender a los niños; pero la verdadera razón, lo que todos temían decir, es que la felicidad era algo fácil de adquirir. Puedes conseguirla por nada. La belleza.

Entonces Prickett Ellis le dio pelea, a esta mujer pálida, tosca y arrogante. Le dijo, pitando su tabaco barato, lo que había hecho ese día. Se levantó a las seis; tuvo reuniones; anduvo oliendo alcantarillas en un suburbio mugriento; después fue a tribunales.

Aquí vaciló un instante; deseaba hablarle acerca de su trabajo. Superado el trance, fue más mordaz aún. Le dijo que le repugnaba escuchar a mujeres bien alimentadas y vestidas (ella frunció los labios, pues era delgada y su vestido no era la gran cosa) hablar de belleza.

—¡Belleza! —dijo. Temía que no podía entender la belleza como algo independiente de los seres humanos.

Ella contempló el jardín; las luces se balanceaban y había un gato desconfiado en el medio que levantó la pata.

¿La belleza como algo independiente de los seres humanos? ¿Qué quería decir con eso?, exigió saber ella de repente.

Bueno, lo siguiente: Alterándose cada vez más, le contó la historia de los Brunners y el reloj, sin ocultar cuánto orgullo le provocaba. Fue bellísimo, le dijo.

Ella no tenía palabras para explicar el horror que le provocó la historia. Primero su engreimiento; después su indecencia al hablar de los sentimientos de las personas; era una blasfemia. Nadie en el mundo osaría contar una historia así para demostrar que quería al prójimo. Pero mientras Prickett Ellis lo contaba (la forma en que el anciano se puso de pie y habló), los ojos se le llenaron de lágrimas; ¡oh si alguien le hubiera dicho algo así a ella alguna vez! Pero después, otra vez sintió que era justamente eso lo que condenaba a los hombres para siempre. Nunca harían más que contar escenas sentimentales con relojes; Brunners agradeciéndoles a Pricket Ellises y Prickett Ellises diciendo siempre cuánto querían al prójimo. Siempre serían holgazanes, conciliadores y temerían a la belleza. De allí nacen las revoluciones; de la holgazanería y el temor, y de este gusto por las escenas sentimentales. Aún así, a este hombre le causaban placer sus Brunners y ella estaba condenada a sufrir para siempre por las pobres mujeres a las que se les prohibía la entrada a la plaza. Se quedaron en silencio. Los dos eran infelices. Pricket Ellis no

se sentía aliviado en absoluto con lo que había dicho; en lugar de extraer la espina la había enterrado aún más; su alegría de la mañana había sido arruinada. La señorita O'Keefe estaba confundida y enfadada; no podía ver nada claro.

—Temo que soy una de esas personas muy corrientes —dijo él poniéndose de pie—, que quieren al prójimo.

A lo que la señorita respondió casi gritando:

—Yo también.

Odiándose, odiando a todas las personas que los habían sometido a una noche dolorosa y desilusionante, estas dos personas que querían al prójimo se incorporaron y, sin decirse una palabra, se separaron para siempre.

El foco

La mansión del conde del siglo dieciocho había sido transformada en el siglo veinte en un Club. Y era agradable salir a la terraza con vista al Parque después de cenar en el gran salón con los pilares y las arañas bajo esa luz brillante. Los árboles estaban frondosos y, de haber habido luna, se habrían visto las flores rosadas y pasteles de los castaños. Pero era una noche sin luna; muy cálida, después de un bello día de verano.

Los invitados del señor y la señora Ivimey tomaban café y fumaban en la terraza mirando al Parque. Como para liberarlos de la necesidad de conversar y entretenerlos sin que ellos hicieran esfuerzo alguno, líneas de luz atravesaban el cielo. La guerra había terminado; la fuerza aérea realizaba maniobras, buscaba aviones enemigos en el cielo. Después de detenerse unos instantes para inspeccionar un punto sospechoso, la luz dio una vuelta, como las astas de un molino de viento o las antenas de un insecto, y reveló un frente de piedra cadavérico aquí y un castaño florecido allá. De repente, la luz dio directo a la terraza, y por unos segundos se vio un disco luminoso; tal vez era el espejo de mano de alguna mujer.

—¡Oh! —exclamó la señora Ivimey.

Las luces pasaron. Estaba oscuro otra vez.

—No imaginarán lo que esa cosa me hizo recordar —agregó.

Naturalmente, se imaginaban.

—No, no, no —protestó.

Nadie podía imaginarlo; sólo ella lo sabía; sólo ella podía saberlo, porque era la bisnieta del hombre en cuestión. Él le había contado la historia. ¿Qué historia? Si querían, podía intentar contárselas. Todavía había tiempo antes de ir al teatro.

—¿Pero por dónde comenzar? —reflexionó—. ¿Por el año 1820?… Debe

haber sido por ese entonces que mi bisabuelo era un niño. Yo misma ya no soy joven. (Era cierto, pero se conservaba muy bien). Era muy anciano y yo una niña cuando me contó la historia. Un anciano muy apuesto, con abundante pelo blanco y ojos azules. Seguramente fue un niño muy hermoso. Pero extraño… Naturalmente, teniendo en cuenta cómo vivían. Eran Comber de apellido. Una familia tradicional, que había tenido tierras en Yorkshire pero se había venido a menos. Cuando él era niño sólo quedaba la torre, y de la casa, tan sólo una pequeña granja en el medio del campo. Hace diez años pasamos por allí y fuimos a verla. Tuvimos que dejar el coche y caminar. No hay ruta hacia la casa. Está allí en el medio de la nada, el pasto crecido hasta la puerta. Había pollos adentro, yendo y viniendo por las habitaciones. Está completamente en ruinas. Recuerdo que una piedra se cayó de la torre de repente. —Hizo una pausa—. Allí vivían —siguió—, él, ella y el niño. Ella no era su esposa ni la madre del niño. Era tan sólo una criada, una joven que el anciano se había llevado a vivir con él cuando su esposa murió. Otra razón por la que nadie los visitaba, tal vez, por la misma razón que todo se había venido abajo. Pero recuerdo un escudo de armas encima de la puerta; y libros, libros viejos que se habían llenado de moho. Todo lo que sabía lo había aprendido de los libros. Leía y leía, me decía; libros viejos, libros con mapas. Los llevaba hasta lo alto de la torre (la soga todavía estaba allí y los escalones rotos). Junto a la ventana hay una silla a la que le falta el asiento; la ventana abierta, los vidrios rotos y una vista de kilómetros y kilómetros de los páramos.

Se detuvo. Como si estuviera en la torre mirando por la ventana abierta.

—Pero no pudimos encontrar el telescopio —dijo.

Detrás de ellos, en el comedor, el ruido de la vajilla se hizo más fuerte. Pero la señora Ivimey, en la terraza, parecía absorta, porque no había podido encontrar el telescopio.

—¿Por qué un telescopio? —le preguntó alguien.

—¿Por qué? Porque de no haber habido uno yo no estaría hoy aquí sentada —dijo riendo.

Y ciertamente estaba allí sentada; una mujer adulta, muy bien conservada, con algo azul sobre los hombros.

—Debe haber estado allí —resumió—, porque cada noche cuando los adultos se iban a dormir se sentaba junto a la ventana a mirar las estrellas con el

telescopio. Júpiter, Aldebaran, Cassiopeia.

Alzó la mano hacia las estrellas que comenzaban a aparecer entre los árboles. Estaba oscureciendo más. Y el foco parecía más luminoso, recorriendo el cielo, haciendo una pausa aquí y allá para observar las estrellas.

—Allí estaban —siguió—, las estrellas. Y él se preguntaba, mi abuelo, ese niño: «¿Qué son? ¿Por qué están allí? ¿Quién soy yo?», tal como uno lo hace, sentado en soledad, sin nadie a quién hablarle, mirando las estrellas.

Se quedó en silencio. Todos miraron a las estrellas aparecer de la oscuridad sobre los árboles. Parecían eternas, inmutables. El rugido de Londres se fue apagando de a poco. Cien años parecían nada. Sintieron que el niño estaba allí mirando las estrellas con ellos. Sentían que estaban con él, en la torre, mirando las estrellas sobre los páramos.

Una voz detrás de ellos dijo:

—Así es. Viernes.

Todos se volvieron, se inquietaron, se sintieron traídos de vuelta a la terraza.

—Oh, pero no había nadie que se lo dijera —murmuró la señora Ivimey.

La pareja se levantó y se fue.

—Estaba solo —siguió—. Era un bello día de verano. Un día de junio. Uno de esos días de verano inmaculados en los que todo parece inmóvil en el calor. Los pollos en el corral, el viejo caballo dando patadas en el suelo del establo, el anciano dormitando detrás de las gafas, la mujer con los cubos en el fregadero. Tal vez una piedra cayó de la torre. Parecía que el día nunca terminaría. Y no tenía a nadie con quién hablar, nada que hacer. El mundo entero se extendía ante él. El páramo subía y bajaba; el cielo se unía al páramo; verde y azul, verde y azul, por los siglos de los siglos.

En el resplandor, podían ver que la señora Ivimey estaba inclinada sobre la barandilla, con el mentón apoyado en las manos, como si mirara sobre los páramos desde lo alto de una torre.

—Nada más que páramo y cielo, páramo y cielo, por los siglos de los siglos

—murmuró.

Después hizo un movimiento como si acomodara algo.

—¿Pero cómo se veía la tierra a través del telescopio? —preguntó.

Hizo otro ligero movimiento con los dedos como si girara algo.

—Lo enfocaba —dijo—. Lo enfocaba hacia la tierra. Lo enfocaba hacia la oscura masa de bosque en el horizonte. Lo enfocaba de forma tal que pudiera ver… cada árbol… cada árbol por separado… y los pájaros… subiendo y bajando… un halo de humo… allí… en el medio de los árboles… Y después… más abajo… más abajo… (bajó la mirada)… había una casa… una casa de campo… con ladrillos a la vista… y tubos a cada lado de la puerta… con flores adentro, azules, rosas, hortensias quizás…

Hizo una pausa.

—Y después una joven salió de la casa… llevaba algo azul en la cabeza… y allí se detuvo… a alimentar a los pájaros… palomas… revoloteaban a su alrededor… Y después… mira… Un hombre… ¡Un hombre! Dobló la esquina. La tomó en los brazos. Se besaron… Se besaron.

La señora Ivimey extendió los brazos y los cerró como si abrazara a alguien.

—¡Era la primera vez que veía a un hombre besar a una mujer; a través de un telescopio, a kilómetros y kilómetros de distancia sobre los páramos!

Se quitó algo de encima, el telescopio probablemente. Se sentó muy erguida.

—Bajó corriendo las escaleras. Corrió por el campo; por los caminos, por la ruta; por el bosque. Corrió kilómetros y kilómetros; y cuando las estrellas comenzaron a aparecer sobre los árboles llegó a la casa… cubierto de polvo, empapado en sudor…

Se detuvo, como si lo hubiera visto.

—Y después, y después… ¿Qué hizo después? ¿Qué dijo? ¿Y la joven?… —Insistieron todos.

Un rayo de luz cayó sobre la señora Ivimey como si alguien hubiera

enfocado las lentes de un telescopio sobre ella. (Era la armada aérea buscando aviones enemigos). Se había puesto de pie. Llevaba algo azul en la cabeza. Había alzado la mano, como si estuviera parada junto a una puerta, sorprendida.

—Oh, la joven… Era… —dudó un momento, como hubiese estado a punto de decir «yo». Pero hizo memoria y se corrigió:

—Era mi bisabuela —dijo.

Se volvió para tomar su chal. Estaba en la silla detrás de ella.

—Pero dinos, ¿qué hay con el otro hombre, el hombre que dobló la esquina? —preguntaron.

—¿Ese hombre? Oh, ese hombre —murmuró la señora Ivimey, inclinándose, buscando a ciegas el chal (el foco ya no alumbraba la terraza)—, supongo que desapareció.

—La luz —agregó tomando sus cosas— sólo cae aquí y allá.

El reflector se había movido. Ahora iluminaba el Palacio de Buckingham. Y era hora de salir para el teatro.

El legado

«Para Sissy Miller». Gilbert Clandon tomó el prendedor de perlas que estaba entre el montón de anillos y prendedores sobre la mesita de la sala de estar de su esposa, y leyó la inscripción: «Para Sissy Miller, con cariño».

Era tan típico de Ángela, acordarse hasta de su secretaria, Sissy Miller. Pero qué extraño era, pensó Gilbert Clandon una vez más, que haya dejado todo en ese orden, un pequeño obsequio para cada uno de sus amigos. Era como si hubiera anticipado su muerte. Pero estaba en perfectas condiciones de salud cuando salió esa mañana, hace seis semanas, cuando bajó de la acera en Piccadilly y el auto la atropelló.

Esperaba a Sissy Miller. Le había pedido que fuera; sentía que le debía, después de todos los años que había estado a su lado, ese obsequio de consideración. Sí, siguió pensando mientras esperaba, era extraño que Ángela haya dejado todo ordenado de esa manera. Un pequeño obsequio para cada uno de los amigos por los que sentía afecto. Cada anillo, cada collar, cada caja china (le fascinaban las cajas pequeñas) llevaba un nombre. Y cada uno le recordaba algo. Éste se lo había regalado él; sobre éste (el delfín esmaltado con ojos de rubíes) se había abalanzado un día en un callejón de Venecia. Recordaba su grito de alegría cuando lo vio. Para él, desde luego, no había dejado nada en particular, a no ser que fuera su diario. Quince pequeños volúmenes forrados en cuero verde sobre el escritorio de Ángela enfrente de él. Durante toda su vida de casados ella había llevado un diario. Algunas de las pocas veces que —no podría decir «discutieron»— tuvieron pequeños altercados habían sido a causa de ese diario. Si entraba y la encontraba escribiendo, ella cerraba el cuaderno o cubría la página con la mano. «No, no, no», podía escucharla decir, «cuando esté muerta, tal vez». Y se lo había dejado, como su legado. Era lo único que no habían compartido mientras ella estaba viva. Pero él siempre había dado por sentado que ella lo sobreviviría. Si tan sólo se hubiera detenido un momento y hubiera pensado en lo que hacía estaría viva ahora. Pero había bajado a la calle sin mirar, así dijo el que conducía el auto en el interrogatorio. No le dio tiempo a frenar… Las voces en el vestíbulo lo interrumpieron.

—La señorita Miller está aquí —dijo la criada.

Entró. Nunca antes habían estado a solas; nunca antes, muchísimo menos, se habían visto llorar. Ella estaba terriblemente conmovida, y con razón. Ángela había sido para ella mucho más que un jefe. Había sido una amiga. En lo personal, pensó él mientras corría la silla para ofrecerle el asiento, no había nada especial en ella. Había miles de Sissy Millers. Mujeres pequeñas y algo insulsas con un maletín. Pero Ángela, con su facilidad para ver a las personas, había descubierto todo tipo de cualidades en Sissy Miller. Era la discreción en persona, tan silenciosa, tan confiable; uno podía contarle lo que sea, y así sucesivamente.

La señorita Miller no podía hablar al principio. Se sentó y se secó las lágrimas con un pañuelo. Después hizo un esfuerzo.

—Perdóneme, señor Clandon —dijo.

Él habló bajo. Desde luego entendía. Era normal. Sabía lo que su esposa significaba para ella.

—He sido tan feliz aquí —dijo mirando alrededor. Detuvo la mirada en el escritorio detrás de él. Allí trabajaban, ella y Ángela. Pues Ángela llevaba a cabo la serie de labores que recaían sobre la esposa de un político exitoso. Había sido de gran ayuda en su carrera. Solía verlas a las dos en ese escritorio: Sissy frente a la máquina de escribir, transcribiendo las cartas que Ángela le dictaba. Sin duda la señorita Miller también pensaba en eso. Ahora todo lo que tenía que hacer era darle el prendedor que su esposa le había dejado. Un regalo bastante extraño. Habría sido mejor dejarle una suma de dinero o incluso la máquina de escribir. Pero allí estaba: «Para Sissy Miller, con cariño». Tomó el prendedor y se lo entregó repitiendo el discurso que había preparado. Sabía, le dijo, que sabría valorarlo. Su esposa lo usaba mucho… Y ella respondió, tomándolo como si también hubiera preparado un discurso, que lo guardaría como un tesoro… Seguramente tenía, suponía él, otra ropa sobre la que un prendedor de perlas no se viera tan fuera de lugar. Llevaba la chaqueta negra y la falda que parecían el uniforme de trabajo de su profesión. Después recordó que estaba de luto, desde luego. Ella también había vivido una tragedia; un hermano al que adoraba había muerto tan sólo una o dos semanas antes que Ángela. ¿Un accidente fue? No lo recordaba; Ángela le había contado. A Ángela, con su facilidad para conmoverse con las personas, la había afectado mucho. Mientras tanto, Sissy Miller se había puesto de pie. Se estaba poniendo los guantes. Evidentemente sentía que no debía entrometerse. Pero no podía dejarla ir sin mencionar algo acerca de su futuro. ¿Qué planes tenía? ¿Podía

ayudarla de alguna manera?

Ella contemplaba la mesa, donde solía sentarse frente a la máquina de escribir, donde ahora estaba el diario de Ángela. Y perdida en los recuerdos, no respondió su pregunta sobre si podía ayudarla en algo. Pareció, por un momento, no entender de qué le hablaba. Así que repitió:

—¿Qué planes tiene señorita Miller?

—¿Mis planes? Oh, no se preocupe señor Clandon —exclamó—. Por favor no se preocupe por mí.

Entendió que no necesitaba ayuda económica. Sería mejor, comprendió, hacerle algún tipo de sugerencia de ese tipo por escrito. Todo lo que podía hacer ahora era decir, al estrechar su mano:

—Recuerde, señorita Miller, si hay alguna forma en que pueda ayudarla, será un placer.

Abrió la puerta. Por un momento, en el umbral, como si un pensamiento repentino la hubiera sobresaltado, se detuvo:

—Señor Clandon —dijo mirándolo fijamente a los ojos por primera vez (y él, por primera vez, se sorprendía con esa expresión compasiva pero a la vez inquisidora en su mirada)—. Si en algún momento —continuó—, hay algo que yo pueda hacer por usted, recuerde, por su esposa, será un placer para mí…

Dijo eso y se marchó. Sus palabras y su mirada habían sido completamente inesperadas. Era como si creyera, o esperara que él vaya a necesitarla. Una idea curiosa, incluso hasta fantasiosa, se le vino a la mente mientras caminaba de vuelta a la silla. ¿Podía ser que, durante todos estos años en los que él apenas si había notado su presencia, ella, como dicen los novelistas, haya albergado alguna pasión por él? Vio su propia expresión en el espejo al pasar. Tenía más de cincuenta, pero no podía dejar de admitir que, como le demostraba la imagen del espejo, todavía era un hombre muy distinguido y apuesto.

—¡Pobre Sissy Miller! —dijo, casi riendo.

¡Cómo le hubiera gustado compartir esa broma con su esposa! Tomó el diario instintivamente. «Gilbert», leyó abriéndolo en una página al azar, «se veía maravilloso…». Era como si hubiera respondido su pregunta. Desde luego, parecía

decir, a las mujeres les gustas mucho. Desde luego, Sissy Miller sentía eso también. Siguió leyendo. «¡Qué orgullosa me siento de ser su esposa!». Y él siempre se había sentido orgulloso de ser su esposo. Cuántas veces, cuando salían a cenar, había observado otras mesas y se había dicho: «¡Es la mujer más bella del lugar!». Siguió leyendo. Ese primer año se presentaba como candidato a parlamento. Habían estudiado sus posibilidades. «Cuando Gilbert se sentó hubo una explosión de aplausos. Toda la audiencia se puso de pie y cantó: 'Porque es un gran hombre.' Me emocioné mucho». Él también lo recordaba. Estaba sentada en la plataforma a su lado. Todavía veía cómo ella lo miró con lágrimas en los ojos. ¿Y después? Dio vuelta las páginas. Habían ido a Venecia. Recordaba esas vacaciones felices después de la elección. «Tomamos helado en Florians». Sonrió, seguía siendo una niña, le encantaban los helados. «Gilbert me hizo un relato de lo más interesante sobre la historia de Venecia. Me dijo que los Duques…», había escrito con su letra de niña. Lo mejor de viajar con Ángela era que siempre estaba tan dispuesta a aprender. Era tan ignorante, solía decir ella, como si eso no fuera uno de sus encantos. Abrió el siguiente volumen; habían vuelto a Londres. «Estaba tan ansiosa por dar una buena impresión. Usé mi vestido de novia». Podía verla sentada junto al viejo *Sir* Edward, conquistando a ese hombre formidable, su jefe. Leyó rápidamente, completando escena tras escena con sus fragmentos desordenados. «Cenamos en la Cámara de los Comunes… A una fiesta de noche en lo de los Lovegroves. ¿Comprendía lo que implicaba ser la esposa de Gilbert?, me preguntó *Lady* L». Después, con los años (tomó otro volumen del escritorio), su trabajo lo fue absorbiendo más y más. Y ella, desde luego, pasaba más tiempo sola. Había sido una gran tristeza para ella, aparentemente, no haber sido madre. «Cómo desearía que Gilbert tuviera un hijo», leyó. Él nunca se lo había reprochado a decir verdad. Su vida era tan completa, tan fructífera así como estaba. Ese año le habían otorgado un puesto en el gobierno, un puesto menor, pero ella decía: «¡Estoy convencida de que llegará a Primer Ministro!». Bueno, si las cosas hubieran resultado distintas ese podría haber sido el caso. Se detuvo un momento a pensar cómo podrían haber resultado las cosas. La política era un juego de apuestas, reflexionó, que no había terminado aún. No a los cincuenta. Leyó rápidamente unas páginas más, repletas de las naderías, las insignificancias, felices, cotidianas que constituían su vida.

Tomó otro volumen al azar. «¡Qué cobarde soy! Dejé que se me escapara la oportunidad otra vez. Pero me pareció egoísta molestarlo con mis asuntos cuando tiene tanto de qué ocuparse. Y tan pocas veces pasamos una noche solos». ¿Qué significaba eso? Oh, aquí estaba la explicación. Se refería a su trabajo en East End. «Tomé coraje y hablé con Gilbert finalmente. Fue tan bueno, tan generoso. No puso ningún reparo». Recordaba esa conversación. Le había dicho que tenía mucho tiempo libre, que se sentía inútil. Que deseaba tener un trabajo propio. Quería

hacer algo (se había sonrojado de forma tan bella al decirlo, sentada en esa silla, lo recordaba) para ayudar a los demás. Él se divirtió un poco con ella. ¿No tenía ya suficiente cuidándolo a él, cuidando a la casa? De todos modos, si eso la entusiasmaba, desde luego, él no lo impediría. ¿Qué era aquéllo? ¿Un distrito? ¿Un comité? Sólo debía prometerle que no se enfermaría. Cada miércoles entonces, comenzó a visitar Whitechapel. Detestaba la ropa que usaba cuando lo hacía. Pero ella se lo había tomado muy en serio, al parecer. El diario estaba lleno de referencias del estilo: «Vi a la señora Jones… Tiene diez hijos… El esposo perdió un brazo en un accidente… Hice lo que pude por encontrarle un empleo a Lily». Se saltó esa parte y siguió leyendo. Su nombre aparecía cada vez menos. Su interés decrecía. Algunas páginas no significaban nada para él. Por ejemplo: «Tuve una discusión bastante acalorada sobre el socialismo con B. M.». ¿Quién era B. M.? Las iniciales no le decían nada; alguna mujer que haya conocido en alguna de las comisiones, pensó. «B. M. criticó violentamente a las clases altas… Caminé a casa después del encuentro con B. M. y traté de convencerlo. Pero es tan testarudo». Así que B. M. era un hombre; sin duda, alguno de esos «intelectuales», como se llaman ellos, tan violentos y testarudos, como decía Ángela. Lo había invitado a la casa, aparentemente. «B. M. vino a cenar. ¡Le estrechó la mano a Minnie!». Esos signos de exclamación terminaron de completar la imagen que se estaba formando. B. M., al parecer, no estaba acostumbrado a las criadas; le había estrechado la mano a Minnie. Seguramente era uno de esos trabajadores obedientes que andan ventilando su ideología en las salas de estar de las mujeres. Gilbert los conocía, y no le agradaba este espécimen en particular, quien quiera que fuera B. M. Aquí estaba otra vez. «Fui con B. M. a la Tower of London… Dijo que la revolución está por estallar… Dijo que vivimos en un Paraíso de Idiotas». Era exactamente la clase de cosas que B. M. diría (Gilbert podía oírlo. Incluso podía verlo con bastante precisión): un hombrecillo regordete, de barba crecida, corbata roja, traje de *tweed*, como siempre, que jamás había dedicado un día de su vida a un trabajo de verdad. Seguramente Ángela se daba cuenta de eso, ¿verdad? Siguió leyendo. «B. M. dijo algunas cosas bastante desagradables sobre…». Había tachado el nombre cuidadosamente. «Le dije que no toleraría más insultos contra…». Otra vez el nombre había sido tachado. ¿Sería su nombre? ¿Era por eso que Ángela cubría la página de inmediato cuando él entraba? Pensar en eso hizo que creciera su antipatía por B. M. Había sido tan impertinente como para insultarlo en su propia casa. ¿Por qué Ángela nunca le había contado? Era extraño que le ocultara cosas; siempre había sido muy franca. Pasó las páginas, deteniéndose cada vez que nombraba a B. M. «B. M. me contó de su niñez. Su madre limpiaba casas… Cuando pienso en ello se me hace insoportable vivir entre tanto lujo… ¡Tres guineas por un sombrero!». ¡Si tan sólo hubiera discutido el tema con él en lugar de confundir su cabecita con preguntas que eran tan complejas para ella! Le había prestado libros.

Karl Marx, XXX. Las iniciales B. M., B. M., B. M. se repetían una y otra vez. ¿Pero por qué nunca lo nombraba? Había una informalidad, una confianza en el uso de las iniciales que era muy extraño en Ángela. ¿Lo llamaba B. M. cuando estaban juntos? Siguió leyendo. «B. M. llegó por sorpresa después de la cena. Afortunadamente estaba sola». Hacía tan sólo un año de eso. «Afortunadamente» (¿por qué afortunadamente?). «Estaba sola». ¿A dónde había ido él esa noche? Chequeó la fecha en su agenda. Fue la noche de la cena en Mansion House. ¡Y Ángela y B. M. habían pasado la noche solos! Intentó recordar esa noche. ¿Estaba esperándolo cuando llegó? ¿Algo no lucía como siempre en la habitación? ¿Había vasos sobre la mesa? ¿Las sillas estaban cerca la una de la otra? No recordaba nada, nada de nada; nada excepto su discurso en la cena en Mansion House. La situación se volvía cada vez más confusa; su esposa recibiendo a un desconocido sola. Quizás el siguiente volumen lo explicara. Rápidamente tomó el último de los diarios, el que había dejado inconcluso al morir. En la primera página aparecía ese maldito otra vez. «Cené sola con B. M.… Se alteró. Dijo que era tiempo de que empezáramos a entendernos… Intenté hacer que me escuchara. Pero no. Me amenazó con que si no…». Había tachado lo que seguía. Había escrito «Egipto. Egipto. Egipto» en toda la hoja. No podía descifrar una sola palabra; pero sólo podía haber una interpretación: el sinvergüenza se le había insinuado. ¡En su casa! El rostro de Gilbert Clandon se enrojeció. Pasó las páginas rápidamente. ¿Qué le había respondido ella? Las iniciales dejaron de aparecer. Ahora era simplemente «él». «Vino otra vez. Le dije que no podía tomar ninguna decisión… Le rogué que me dejara». La había presionado en esta misma casa. ¿Pero por qué no le había contado? ¿Cómo pudo dudarlo siquiera un segundo? Después, «Le escribí una carta». Después venían algunas páginas en blanco. Y después esto: «No me respondió la carta». Más páginas en blanco. «Cumplió su amenaza». Después, ¿qué sucedió después? Pasó página tras página. Todas estaban en blanco. Pero el día antes de morir escribió esto: «¿Tengo yo también el coraje de hacerlo?». Allí terminaba.

Gilbert Clandon dejó caer el cuaderno. Podía verla en frente de él. Parada en la acera en Piccadilly. Los ojos fijos, los puños cerrados. Aquí viene el auto…

No podía soportarlo. Debía saber la verdad. Corrió al teléfono.

—¡Señorita Miller!

Silencio. Escuchó a alguien moverse en la habitación.

—Habla Sissy Miller —contestó finalmente la voz.

—¿Quién es B. M.? —preguntó de golpe.

Podía escuchar el tic-tac del reloj barato sobre la repisa de la chimenea; después un suspiro largo. Finalmente ella dijo:

—Era mi hermano.

Él era su hermano; el hermano que se había suicidado.

—¿Hay algo que pueda explicarle? —preguntó Sissy Miller.

—¡Nada! —exclamó—. ¡Nada!

Había recibido su legado. Ángela le había dicho la verdad. Había bajado de la acera para reunirse con su amante. Había bajado de la acera para escapar de él.

Juntos y separados

La señora Dalloway los presentó; «te encantará» le había dicho. La conversación empezó minutos antes de que alguien dijera algo, pues ambos, el señor Serle y la señorita Anning, miraron el cielo y en sus mentes éste derramaba su sentido de modo muy diferente, hasta que la presencia del señor Serle a su lado se volvió tan notoria para la señorita Anning que ya no pudo ver el cielo, solo, en sí mismo, sino apuntalado por el cuerpo alto, de ojos oscuros y cabello gris, de manos apretadas, y dura melancolía en el rostro (pero le habían dicho «falsa melancolía») de Roderick Serle; y sabiendo lo tonto que sonaría, sintió el impulso de decir:

—¡Qué noche más hermosa!

¡Qué tonta! Pero si uno no es tonto a los cuarenta, en presencia del cielo, que vuelve imbéciles a los más listos (meras briznas de paja)… Ella y el señor Serle, átomos, motas, de pie junto a la ventana de la señora Dalloway; y sus vidas, a los ojos de la luna, tan corta como la de un insecto y no más valiosa.

—¡Bueno! —dijo la señorita Anning palmeando el almohadón del sofá.

Él se sentó a su lado. ¿Era en verdad «falsa melancolía» como decían? Otra vez bajo el impulso del cielo, que parecía volverlo todo un poco inútil —lo que hacían, lo que decían— entró en otro lugar común:

—Había una señorita Serle en Canterbury cuando yo era niña.

Con el cielo en la mente, las tumbas de todos sus ancestros se le aparecieron de inmediato al señor Serle en una romántica luz azul, y los ojos se le dilataban y oscurecían al decir:

—Sí. Somos una familia normanda, llegamos con el Conquistador. Hay un Richard Serle enterrado en la Catedral. Era un Caballero de la Orden de la Jarretera.

La señorita Anning sintió que había dado de repente con el hombre verdadero, sobre el que el falso señor Serle estaba construido. Bajo la influencia de

la luna (la luna, que simbolizaba al hombre para ella; podía verla a través de un resquicio en la cortina, y daba sorbos de luna) era capaz de decir prácticamente cualquier cosa, y se propuso desenterrar al verdadero hombre que yacía bajo el falso, diciéndose a sí misma: «Vamos, Stanley, vamos», que era una consigna suya, una secreta expresión de aliento, o un azote de esos que los adultos suelen darse para castigarse por algún defecto empedernido. Su defecto era una deplorable timidez, o pereza tal vez, pues no era tanto la falta de coraje como de energía, especialmente al hablar con los hombres, que la asustaban bastante; y tan a menudo sus conversaciones declinaban hacia aburridos lugares comunes, y tenía tan pocos amigos hombres… Tenía muy pocos amigos muy cercanos, pensó, pero después de todo, ¿quería más? No. Tenía a Sarah, a Arthur, la casita, el perro y, desde luego, eso, pensó, hundiéndose, empapándose, aún estando sentada en el sofá junto al señor Serle. En eso, como si pensara en algo que haya recogido por allí, un racimo de milagros, algo que, seguramente, otras personas no podían tener (pues sólo ella tenía a Arthur, a Sarah, la casita y el perro); pero se sumergió otra vez en la satisfactoria posesión, pensando que con eso y con la luna (era música, la luna) podía darse el lujo de dejar a este hombre y su orgullo por los Serles enterrados. ¡No! Ese era el peligro. No podía hundirse en el aletargamiento, no a su edad. «Vamos, Stanley, vamos», se dijo y le preguntó:

—¿Conoce usted Canterbury?

¡Si conocía Canterbury! El señor Serle sonrió, pensando en lo absurdo de la pregunta. Qué poco sabía, esta agradable y tranquila mujer, que tocaba algún instrumento y parecía inteligente, tenía bellos ojos y llevaba un lindo collar antiguo. Qué poco sabía lo que significaba que le preguntara si conocía Canterbury, cuando los mejores años de su vida, todos sus recuerdos, cosas que nunca podría haberle contado a nadie pero que había intentado escribir… Oh, había intentado escribir (suspiró). Todo giraba alrededor de Canterbury; le causó gracia.

Su suspiro y después la risa, su melancolía y su sentido del humor, hacían que todos lo quisieran; y él lo sabía. Y sin embargo, saberlo no compensaba su desilusión; y si se aprovechaba de la simpatía de los otros (haciendo largas visitas a agradables señoritas, largas, largas visitas), lo hacía casi con amargura, pues nunca había hecho ni la décima parte de lo que podría haber hecho y lo que había soñado con hacer cuando era un niño en Canterbury. Con los extraños renovaba sus esperanzas, pues ellos no podían decir que no había cumplido sus promesas; y ver que cedían a sus encantos le permitía empezar de nuevo, ¡a los cincuenta! Ella había dado en el clavo. Campos, flores y edificios grises comenzaron a aparecer en

su mente, formando gotas plateadas sobre los oscuros y demacrados muros de su memoria que se deslizaban y caían. Con una imagen así solían arrancar sus poemas. Sentía la necesidad de crear imágenes ahora, sentado junto a esta tranquila mujer.

—Sí, conozco Canterbury —dijo recordando con cariño, como invitando, sintió la señorita Anning, a hacer preguntas íntimas. Y eso era lo que lo hacía interesante para tantas personas; y esa extraordinaria facilidad y predisposición para conversar habían sido su perdición, solía pensar a menudo, quitándose los gemelos y dejando las llaves y el poco cambio sobre la cómoda después de alguna de esas fiestas (y salía prácticamente todas las noches durante la temporada). Pero por la mañana se transformaba; se volvía malhumorado, gruñón al bajar a desayunar con su esposa, que era inválida y no salía nunca; pero ella tenía amigos que la visitaban, mujeres en su mayoría, interesadas en filosofía india y médicos y curas alternativas, de las que Roderick Serle se burlaba con algún comentario sarcástico demasiado inteligente como para que ella pudiera rebatirlo, y entonces ella protestaba un rato y derramaba un par de lágrimas. Había fracasado, pensaba a menudo, pues no podía prescindir completamente de la sociedad y la compañía de las mujeres (tan necesaria para él) y la escritura. Se había involucrado demasiado en la vida. Y en este momento se cruzaba de piernas (todos sus movimientos eran poco convencionales y algo distinguidos) y no se culpaba, sino que culpaba a su gran potencial, al que comparaba favorablemente con el de Wordworth, por ejemplo. Y ya que había dado tanto a los otros, sentía, apoyando la cabeza entre las manos, que ellos en su momento debían ayudarlo; y éste era el preludio, trémulo, fascinante, emocionante, de la conversación. Las imágenes comenzaban a bullir en su cabeza.

—Es como un árbol de frutos, como un árbol de cerezas en flor —dijo mirando a una mujer de aspecto juvenil y hermoso cabello blanco.

Era una bella imagen, pensó Ruth Anning, muy bella. Aunque no creía estar segura de que le agradara este hombre distinguido y melancólico, ni sus gestos; y es extraño, pensó, cómo los sentimientos de uno se ven influenciados. Él no le agradaba, aunque sí le agradó la comparación de una mujer con un árbol de cerezas. Fibras de su ser volaban caprichosamente de un lado al otro, como los tentáculos de una anémona de mar: primero entusiasmada, después desilusionada. Y su cerebro, a kilómetros de distancia, frío y distante, en el aire, recibía mensajes que ella resumiría a tiempo, de modo que, cuando las personas hablaran de Roderick Serle (y se hablaba bastante de él), pudiera decir sin vacilar: «Me agrada», o «No me agrada». Y se formaría una opinión para siempre. Un pensamiento

extraño, un pensamiento solemne, que arrojaba una luz sobre la verdadera naturaleza de las relaciones humanas.

—Es extraño que conozca Canterbury —dijo el señor Serle—. Siempre me sorprende (la mujer de pelo blanco había pasado) conocer a alguien (es la primera vez que se veían) por casualidad que de justo en el clavo de algo que ha significado tanto para mí, de modo tan arbitrario, pues supongo que Canterbury no es nada más que un bello pueblo antiguo para usted. ¿Así que pasó un verano allí con una tía? (Es todo lo que Ruth Anning le contaría sobre su estadía en Canterbury). Y conoció sus atractivos turísticos, se fue y nunca más pensó en ello.

Dejaría que creyera eso. Él no le agradaba y quería que se hiciera una idea falsa sobre ella. Pues a decir verdad, los tres meses que había pasado en Canterbury habían sido asombrosos. Recordaba hasta el más mínimo detalle, aunque se trató de una visita más bien ocasional, cuando fue a ver a la señorita Charlotte Serle, una conocida de su tía. Todavía podía reproducir las palabras de la señorita Serle acerca del trueno. «Siempre que me despierto, o escucho un trueno por la noche, pienso que han asesinado a alguien». Y podía ver la alfombra rígida, peluda, con diseño de rombos; y los ojos marrones, brillosos, bañados en luz de la anciana, con la taza de té sin servir en la mano, mientras decía eso acerca del trueno. Y siempre veía Canterbury, las nubes tormentosas y los manzanos florecidos, y los costados de los edificios largos y grises.

El trueno la despertó de su plétora de indiferencia, propia de la mediana edad. «Vamos, Stanley, vamos», se dijo. Este hombre no se alejará de mí, como todo el mundo, llevándose una idea falsa; le diré la verdad.

—Adoré Canterbury —dijo.

Él se animó enseguida. Era su don, su defecto, su destino.

—Adoró Canterbury —repitió él—. Ya veo.

Los tentáculos le enviaron el mensaje que Roderick Serle era agradable.

Sus miradas se cruzaron; más bien se chocaron, pues los dos sintieron que detrás de los ojos, el ser solitario que se sienta en la oscuridad mientras su ágil compañero hace todas las morisquetas en la superficie para que el espectáculo continúe, de repente se puso de pie, se descubrió, enfrentó al otro. Era estupendo, maravilloso. Eran adultos y habían sido pulidos en una suavidad luminosa, de manera que Roderick Serle asistía, tal vez, a una docena de fiestas en una

temporada, sin sentir nada fuera de lo común, o tan sólo lamentos sentimentales, y el deseo de ver imágenes bellas (como el árbol de cerezas en flor). Y todo el tiempo, hundida en su interior, una sensación de superioridad respecto del acompañante, la sensación de no haber dado nada de sí, que lo llevaban de vuelta a casa insatisfecho con la vida, consigo mismo, bostezando, vacío, encaprichado. Pero ahora, de forma tan inesperada, como un rayo blanco en la neblina (pero la imagen se forjaba con la inevitabilidad del rayo y resultaba amenazante), había sucedido. El viejo éxtasis por la vida, su ataque invencible. Pues era desagradable, pero al mismo tiempo lo alegraba y rejuvenecía, y le llenaba las venas y los nervios con hilos de hielo y fuego; era aterrador.

—Canterbury hace veinte años —dijo la señorita Anning como quien cubre una luz intensa con una pantalla, o tapa un durazno radiante con una hoja verde, pues es demasiado intenso, demasiado maduro, demasiado lleno.

En ocasiones deseaba haberse casado. A menudo la fría tranquilidad de la vida adulta, con sus dispositivos automáticos para proteger la mente y el cuerpo de los golpes, le parecía, comparado con el trueno y el manzano floreciente de Canterbury, aburrida. Se imaginaba algo distinto, algo más parecido al trueno, algo más intenso. Se imaginaba alguna sensación física. Se imaginaba… Y resultaba bastante extraño, pues nunca lo había visto antes; y sus sentidos, los tentáculos, que se emocionaban o permanecían indiferentes, ya no enviaban mensajes; estaban inmóviles ahora, como si ella y el señor Serle se conocieran a la perfección. Como si estuvieran, en verdad, tan unidos que sólo necesitaran flotar, lado a lado, por este arroyo.

De todas las cosas, nada es tan misteriosa como la comunicación entre seres humanos, pensó ella; por los cambios que se experimentan, y por su extraordinaria irracionalidad. Su antipatía ahora se había convertido en el más intenso y repentino amor; pero ni bien se le ocurrió la palabra «amor», la rechazó, pensando otra vez cuán oscura era la mente, con tan pocas palabras para definir tantas sorprendentes percepciones, estos cambios entre placer y dolor. Pues, ¿cómo nombrarlos? Eso era lo que sentía ahora: el alejamiento del afecto humano, la desaparición de Serle, y la necesidad imperiosa de ambos de esconder todo lo desolador y degradante de la naturaleza humana que todo el mundo intenta siempre quitar con discreción de la vista. Buscando alguna forma de quitar de la vista este alejamiento y esta traición a la confianza, dijo:

—Desde luego, hagan lo que hagan, no podrán arruinar Canterbury.

Él sonrió; lo aceptó; se cruzó de piernas para el otro lado. Ella hizo su parte; él la de él. Así terminaron las cosas. Y sobre ambos cayó instantáneamente esa sensación de vacío paralizante, cuando nada brota de la mente, y sus muros parecen tan lisos; cuando el vacío casi lastima, y los ojos se detienen en un punto fijo (un dibujo, un carbón), con una exactitud que resulta aterradora, pues no hay emoción, ni idea, ni impresión de ningún tipo que la cambie, la embellezca; pues los manantiales de sentimientos parecen sellados y, mientras la mente se vuelve rígida, así también se vuelve el cuerpo, frío, estático. De manera que ni el señor Serle ni la señorita Anning podían moverse o hablar, y sintieron como si un hechicero los hubiera liberado, y la primavera les llenara cada vena con torrentes de vida, cuando Mira Cartwright, palmeando con arrogancia el hombro del señor Serle, dijo:

—Te vi en el Meistersinger y no me saludaste, sinvergüenza —dijo la señorita Cartwright—, no mereces que vuelva a dirigirte la palabra.

Y pudieron separarse.

Un resumen

Ya que se había vuelto caluroso y algo viciado adentro; ya que no podía haber peligro de humedad en una noche como ésa; ya que los pequeños faroles parecían frutos rojos y verdes colgando en lo profundo de un bosque encantado, el señor Bertram Pritchard condujo a la señora Latham al jardín.

El aire libre y la sensación de estar fuera desconcertaron a Sasha Latham, esa señora alta, guapa, de aspecto algo indolente, cuya presencia majestuosa resultaba tan imponente que nadie sospechaba de su inseguridad y torpeza al momento de decir algo en una fiesta. Pero así era; y le agradaba estar con Bertram, un hombre del que se podía estar seguro hablaría sin parar incluso al aire libre. Si estuvieran escritas, sus palabras resultarían increíbles, pues no sólo todo lo que decía era insignificante en sí mismo, sino que no había conexión alguna entre un comentario y otro. Es más, si alguien hubiera tomado un lápiz y tomado nota de sus palabras, en una noche habría escrito un libro entero; y nadie dudaría, al leerlo, que el pobre hombre era intelectualmente deficiente. Este era lejos de ser el caso, pues el señor Pritchard era un estimado funcionario y Caballero de la Orden del Baño; pero lo que era aún más extraño era que todos lo apreciaban. Había algo en el tono de su voz, un acento, un brillo en la incongruencia de sus ideas, alguna expresión de su rostro redondo y figura pelirroja; algo inmaterial, imposible de medir, que existía y se manifestaba y parecía separarlo de sus palabras e incluso hasta enfrentarlo a ellas. Así estaría pensando Sasha Latham mientras él hablaba de su viaje a Devonshire, de los hostales y las dueñas; de Eddie y Freddie; de vacas y viajes de noche, de crema y estrellas, de ferrocarriles continentales y de Bradshaw, la pesca del bacalao, de coger un resfriado, gripe, reuma. Y de Keats —ella pensaba en él en abstracto, como una persona cuya existencia era buena; y lo creaba a medida que él hablaba de un modo completamente diferente al que hablaba; y ciertamente era el verdadero Bertram Pritchard, aunque uno no pudiera probarlo. ¿Cómo podía uno probar que era un amigo fiel y comprensivo? Pero aquí, como pasaba tan a menudo al hablar con Bertram Pritchard, se olvidó de su existencia y empezó a pensar en otra cosa.

Pensaba en la noche, confundiéndose con ella de alguna manera, contemplando el cielo. De repente sentía el aroma del país, la sombría quietud del

campo bajo las estrellas; pero aquí, en el jardín trasero de la señora Dalloway en Westminster, la belleza —a ella que había nacido y se había criado en el campo— la llenaba de emoción, por el contraste seguramente; aquí el olor a heno en el aire, y detrás, las habitaciones llenas de personas. Caminó con Bertram —caminaba como un ciervo más bien— con los tobillos algo flojos, abanicándose, majestuosa, en silencio, con todos los sentidos alerta, los oídos despiertos, olisqueando el aire, como si fuera una criatura salvaje, pero una absolutamente mansa, caminando placenteramente por la noche.

Esto —pensó— es la maravilla más grande, el logro más supremo de la raza humana. Donde antes había piraguas remando a través de un pantano, ahora está esto; y pensó en la casa de paredes gruesas, llena de objetos valiosos, y en el murmullo de personas acercándose, alejándose, intercambiando miradas, animándose. Y Clarissa Dalloway había hecho levantar esa casa en medio del erial: había cubierto el pantano con piedras; y cuando llegaron al final del jardín (que era bastante pequeño, por cierto), y ella y Bertram se sentaron en las hamacas, Sasha miró hacia la casa con veneración, con entusiasmo, como si una flecha de oro la atravesara, y los ojos se le llenaran de lágrimas en profundo agradecimiento. Aunque era tímida y prácticamente incapaz de decir palabra cuando le presentaban a alguien —una persona humilde, fundamentalmente—, albergaba una profunda admiración por las otras personas. Ser como ellas habría sido maravilloso, pero estaba condenada a ser ella misma y sólo podía, de forma entusiasta y silenciosa, sentarse en el jardín y aplaudir a la sociedad de la que estaba excluida. Versos de admiración se le venían a la mente; eran buenos y agradables, y sobre todo, valientes, triunfadores de la noche y los pantanos; eran sobrevivientes, aventureros que se alzaban a la mar y se enfrentaban a los peligros.

Por alguna maldad del destino le era imposible unírseles, pero podía sentarse y admirarlos mientras Bertram hablaba. Bertram, uno de los viajeros, un camarero de a bordo o un simple marinero, el que sube los mástiles silbando alegremente. Pensando en ello, la rama de un árbol enfrente de ella se empapó de su admiración por las personas en la casa y comenzó a gotear agua dorada, poniéndose firme como un centinela. Era parte de la gallarda y alegre compañía, el mástil sobre el que flameaba la bandera. Había una especie de barril sobre la pared, y a éste también le dio vida.

De repente, Bertram, que era algo inquieto, quiso explorar el lugar, y subiéndose a una pila de ladrillos, miró hacia el otro lado del jardín. Sasha miró también y vio un cubo, o tal vez una bota. En un segundo la ilusión desapareció. Allí estaba Londres otra vez; ese mundo vasto, distraído e impersonal; autobuses;

tiendas; luces en los bares; y policías bostezando.

Satisfecha la curiosidad, y rellena luego de un momento de silencio, Bertram, su borboteante fuente de conversación, invitó al señor y la señora Fulano de Tal a acompañarlos, acercando dos sillas. Se sentaron otra vez, mirando hacia la misma casa, el mismo árbol, el mismo barril; sólo que habiendo visto del otro lado, habiendo visto el cubo, o más bien a Londres siguiendo su andar despreocupado. Sasha ya no pudo esparcir esa nube dorada sobre Londres. Bertram hablaba y los fulanos (por su vida juraba que no se acordaba si eran Wallace o Freeman) respondían, y sus palabras atravesaban una delgada nube de humo dorada y caían en la prosaica luz del día. Ella miró la sólida construcción de la casa al estilo Queen Anne; intentó recordar lo que había leído en la escuela sobre la Isla de Thorney y los hombres en las piraguas, las ostras, los patos salvajes y la neblina. Pero le parecía un asunto propio de desagües y carpinteros; y esta fiesta, nada más que personas vestidas de noche.

Después se preguntó, ¿qué vista era la verdadera? Podía ver el cubo y la casa, mitad iluminada, mitad a oscuras.

Se hizo esa pregunta sobre ese fulano al que, a su humilde manera, había construido a partir de la sabiduría y el poder de las otras personas. La respuesta solía venir por casualidad; incluso le había sucedido que su viejo spaniel le respondiera moviendo la cola.

Ahora el árbol, desprovisto de su brillo y majestuosidad, parecía darle una respuesta; se convirtió en un árbol de campo, el único del pantano. Ya lo había visto; había visto las nubes rojas entre sus ramas, o la luna dividida, emitiendo *flashes* plateados irregulares. ¿Pero cuál era la respuesta? Bueno, que el alma (pues era consciente de un movimiento dentro de su ser, de alguna criatura golpeando, intentando salir, y que, por el momento, llamaba el alma) es por naturaleza solitaria, un ave sin compañía; un ave solitaria posada en aquel árbol.

Pero entonces Bertram la tomó del brazo de ese modo tan familiar —pues la conocía de toda la vida—, y remarcó que no estaban cumpliendo con su deber y que debían entrar.

En ese momento, en algún callejón o bar, se oyó esa voz familiar, terrible, asexuada, inarticulada; un clamor, un alarido. Y el ave solitaria (lo que ella llamaba su alma), sobresaltada, salió volando, dibujando círculos más y más grandes hasta volverse tan remota como una corneja que, espantada con una piedra que alguien

le arrojó, se echó a volar.

ADELINE VIRGINIA WOOLF (Stephen de soltera; Londres, 25 de enero de 1882 – Lewes, Sussex, 28 de marzo de 1941) fue una novelista, ensayista, escritora de cartas, editora, feminista y escritora de cuentos británica, considerada como una de las más destacadas figuras del modernismo literario del siglo XX. Durante el período de entreguerras, Woolf fue una figura significativa en la sociedad literaria de Londres y un miembro del grupo de Bloomsbury. Sus obras más famosas incluyen las novelas *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927) y *Orlando* (1928), y su largo ensayo *Una habitación propia* (1929), con su famosa sentencia «Una mujer debe tener dinero y una habitación propia si va a escribir ficción». Fue redescubierta durante la década de 1970, gracias a este ensayo, uno de los textos más citados del movimiento feminista, que expone las dificultades de las mujeres para consagrarse a la escritura en un mundo dominado por los hombres.

Notas

[1] Versos del Adonais, poema de Shelley. <<

[1] Verso del Cymbeline, de William Shakespeare. <<

[3] Reina guerrera de los icenos; lideró varias tribus britanas durante el mayor levantamiento contra la ocupación romana entre los años 60 y 61 d. C. <<